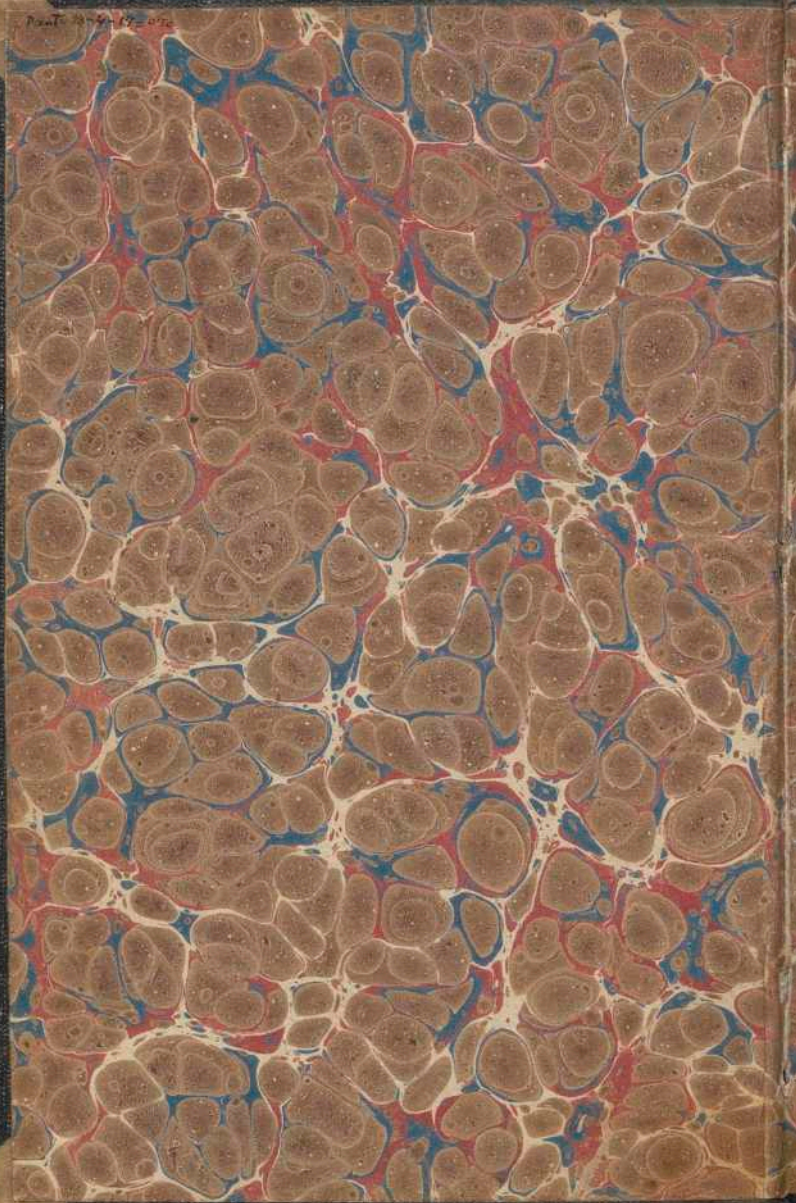
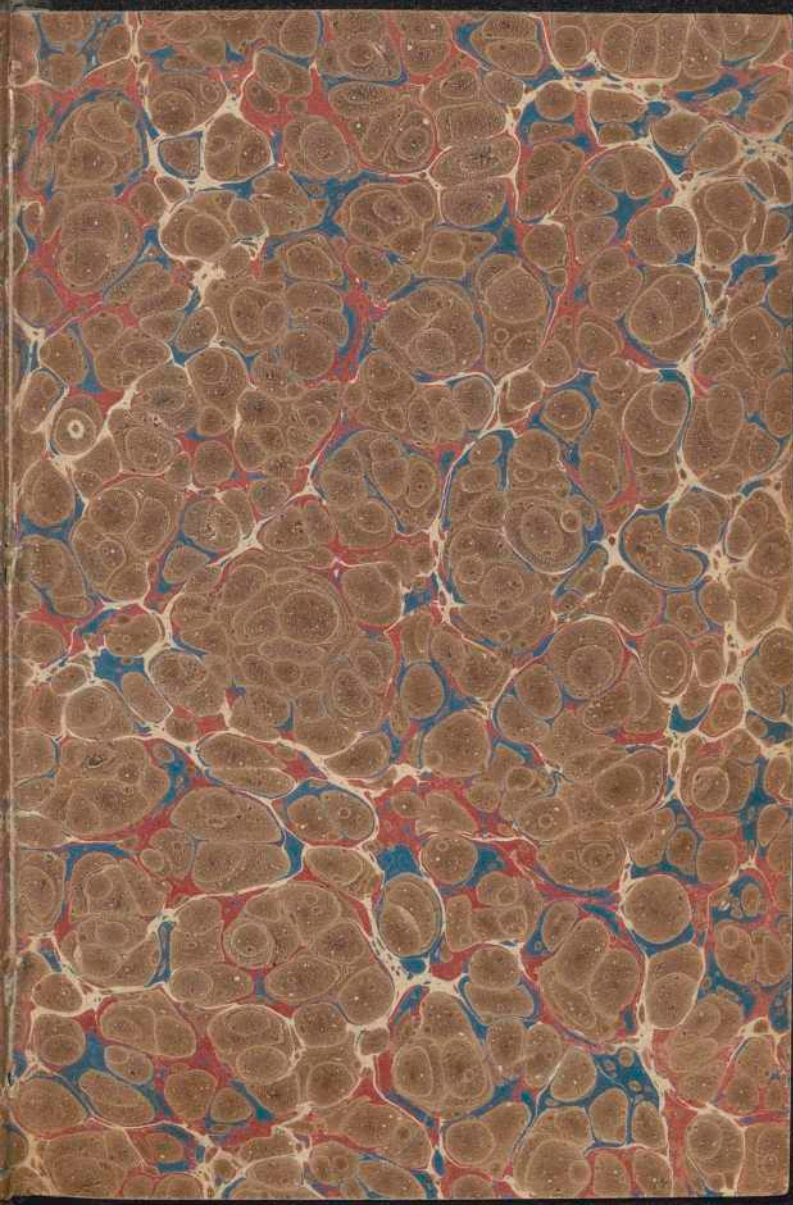


31





AP / 10-11

EL ORGULLO Y EL AMOR.

Reg. n.º 993

EL ORGULLO Y EL AMOR

EL ORGULLO Y EL AMOR.

NOVELA

POR

MANUEL IBO ALFARO.

PUBLICADA POR

EL INDUSTRIAL IBÉRICO.



MADRID:

Imprenta del VAPOR, á cargo de D. V. Maldonado,
calle de San Miguel, núm. 23, bajo.

1855.

R. 993



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

EL ORGULLO Y EL MIEDO

NOVELA

por

MARTÍN DEL VAL

PREMIADA POR

EL INSTITUTO LINGÜÍSTICO



MADRID:

Imprenta del Vapor, a cargo de D. V. Maldonado,
calle de San Miguel, número 23, bajo.

1855.

MINISTERIO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS
BIBLIOTECA



A MI QUERIDO PADRE:

Padre: Esta novela es el producto de los días mas bellos de mi juventud. Está concebida en las orillas del placentero Alhama; desarrollada entre las flores de mi jardín; escrita en el mismo gabinete donde se meció mi cuna.

Hoy, que por buscar la gloria, abandoné el lecho de mi infancia; hoy que me encuentro lejos de mi padre y de mi pueblo, siento estremecerse mi pecho cuando paso la vista por sus páginas.

Ella me recuerda con su estilo florido los gótos devaneos que recreaban mi mente en aquellas horas de felicidad; ella es mi consuelo, es mi obra predilecta, porque cada palabra es para mi alma un arrullo que brota lejano de las flores de mi jardín; es el recuerdo vivo de una ilusión pasada.....

Por eso, padre amado; porque esta novela, aunque en sí no valga nada, es la que yo prefiero entre todas mis producciones; por eso te la dedica tu hijo con el mas tierno afecto de que es susceptible su corazón.

Ya oigo, sí; ya oigo la voz de los críticos que gri-

tan desapiadados que hablo mucho para formar una dedicatoria; pero ah!.... desprécialos; el alma de los críticos cuando censuran está fría, y la mia cuando escribo está hirviendo..... Quisiera, si, quisiera que el critico hubiera nacido en las orillas del Alhama, como yo he nacido; quisiera que hubiera aspirado sus brisas como yo las he aspirado; quisiera que hubiera percibido un momento el aroma de sus florestas, y que al abandonar aquel Eden, hubiera dejado en él un padre idolatrado y un recuerdo seductor. Entonces callára el critico, porque entonces veria que es débil mi pluma para expresar las grandes emociones que yo siento abrazarme en este instante.

Adios; recibe el cariño de tu hijo

M. J. A.

INTRODUCCION.

CUANDO solo habian visto mis ojos las flores de veinte abriles, se me ofrecia el mundo como un panorama de delicias; mil gratas ilusiones recreaban mi mente, y mi corazon rendia ciego homenaje á tan bellos ideales. Incanta mariposa, tendia mi vuelo por la sociedad, y mi alma inocente gozaba en sus placeres. Extraño al vicio, me era imposible concebir feas pasiones en los hombres que me rodeaban: ¿cómo mi candor habia de suponer en el amigo que me apretaba la mano, en el amigo que me saludaba con la sonrisa en los labios..... una intención perversa, la disposicion al crimen mas horrendo?.... Entonces paseaba en la primavera de mi vida, y un prisma de encantadoras ilusiones me disfrazaba el color verdadero de las cosas. Hoy se ha deshojado el ramillete de mis quiméras, se ha desnudado la realidad, y mi espíritu ha gemido bajo un sentimiento profundo.

La mujer se me ofrece como la diosa del dolor, como una fantasía del Averno; y el hombre como el animal mas voraz que huella con sus pies la tierra: el reptil mortífero del Africa no le iguala en su veneno, ni en su ferocidad el oso que habita las montañas heladas del Polo. El hombre es el único que roba á sus semejantes la vida física y moral; el único que quebranta las leyes de la amistad, del deber y la virtud.

Veintidós años habia cumplido; mi alma se disponia á un placer puro, sublime.... el himeneo coronaba mi amor largo y casi divino. Vivía tranquilo; mis deseos, mi vida, eran los deseos, la vida de mi esposa: yo la amaba tiernamente, ella me correspondia con un cariño igual, y éramos felices. Retirados en una ciudad pequeña de Granada, admirábamos aquel mar cubierto de diamantes en la noche; aquellas dilatadas campiñas sembradas de bosques y naranjos, y aquel cielo sin igual. Mi sociedad era muy reducida: en mi esposa encontraba los anhelos de seis años: un íntimo amigo de mi infancia, á quien mi generosa caridad levantó del polvo en que yacia, habitaba con nosotros. Este jóven habia encubierto mis amores, habia velado mis serenatas, habia conspirado al logro de mi objeto; mi alma descansaba en su amistad.... ¡Oh Dios!.... ¡tiemblo al pensar en aquellos momentos de dolor!.... dejadme ya; bastante me habeis aflijido, recuerdos de crueldad.... ¿lo creereis? aquel amigo.... aquel deudo.... en prueba de su reconocimiento.... olvidó los deberes

de la caridad; violó las leyes del honor; violentó la virtud; profanó el tálamo nupcial, y marchó dejando en la vergüenza á su protector.

Una fatídica melancolía se apoderó del corazón de mi esposa, y víctima de crueles remordimientos, á los tres meses del horrendo suceso espiró en mis brazos aquel ángel de amor..... y en su postrer momento, en las últimas convulsiones de sus labios, aun parecía oírse la palabra ¡perdon!... La sociedad celebra este suceso, olvida las víctimas del adulterio y aplaude la intrepidez de un joven de resolución.

¿Tengo derecho para quejarme del hombre?... ¿Quién sino él es capaz de perpetrar un crimen tan horrendo?.... Desde aquel instante, aturdido en un principio, frenético despues, huyo de mi casa, altar del holocausto mas desgraciado. Mi alma se rehace, la sangre se inflama en mis venas, y ya no oigo sino el grito de la conciencia que me pide venganza. Errante como los nómadas del Asia, abandono mi patria: el agresor se sustrae á mis pesquisas, y mis pensamientos llegan á fijarse por último en proporcionarme un lugar tranquilo donde llorar la pérdida del ser que habia labrado mi dicha.

Las lagunas, las montañas de la Escocia aumentan el horror de mi existencia: los bosques, las florestas, los jardines de la Italia, donde tantas veces lloró el Tasso sus amores en versos divinos, no bastan á calmarme, y por fin regreso á mi patria.

Cuando un dolor prematuro contrae las arrugas de nuestra frente, se nos ofrece el recuerdo de la juventud como un sueño placentero del que hemos despertado, ó como una ilusion disipada por la realidad. No obedecemos entonces las bellas intuiciones, y un empirismo frio es quien guia nuestros pasos: empirismo que ofreciéndonos en su producto nuevas desgracias y reiterados desengaños, acaba por arrastrar nuestro espíritu..... ¿hacia quién? hacia el Eterno: él es el fin de tus acciones: á él te diriges, no cuando verdes fantasías agitan tu juventud, cuando el hielo de la muerte va sembrando de canas tu cabeza: Prostrado ante su altar, te aislas del mundo corrompido que te abruma: una luz clara, un destello celeste tranquiliza tu alma, alumbra tu mente y enciende tu corazon. Al despertar de este paraisismo ya te encuentras un poco mas cercano de la tumba. El tiempo no detiene su curso, y en su abismo sepulta lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, la felicidad y la desgracia, todo menos la virtud y el vicio; á estas moralidades espera un mundo sin fin.

Desde la crisis fatal de mi vida hasta los momentos en que esto escribo, han transcurrido veintiocho años: dias bastantes para surcar de arrugas mi rostro, para desnudar mi cabeza aflijida por el pesar; mas no para marchitar el religioso amor que profeso á un cadáver, no para apagar la venganza que mi honor reclama contra el doble asesino de mi esposa.

Tampoco me hallo desde entonces enteramente privado de goces; la naturaleza me brinda con aquellos que el hombre no puede proporcionar. No son estos placeres espúreos, no motivados por el sórdido interés, no fundados en las viles intrigas de lo que llaman brillante sociedad; mas magníficos, mas sublimes son los que á mí me deleitan: manifestados inmediatamente por el Criador á la criatura en la maravillosa máquina del universo, llenan nuestro corazon, sin que en él dejen huella dolorosa ni vacío alguno.

En los tres meses que hace me hallo establecido en Valencia, escojo donde mi buque ha sido arrojado por las veleidosas olas de la indecision, mi método es el siguiente: temprano, muy temprano, abandono un lecho que recuerdos tan crueles reproduce en mi memoria, y acompañado de siniestros pensamientos, y arrastrando el peso de mis infortunios, voy á colocarme en un escarpado yermo que vuela sobre el mar, desde donde observo el nacimiento del nuevo día. Asoma el Alba; giran los pájaros sobre sus nidos; pinta la Aurora su rosicler en el Horizonte y las aves tienden sus alas hácia el espacio: las brisas de la mañana ajitan las palpitantes agnas del mar, y olas mil vienen mansamente á estrellarse formando rizos de espuma en el peñasco que en aquel momento sirve de piana al hombre mas desgraciado. El sol alumbra la naturaleza, salta el pescador á s-lancha, mueve el remo, y ligero mas que el céu firo, se pierde entre los vapores del gran lago.

:

Empuña el labrador la esteva y sacude el látigo. Densas nubes de humo que se elevan de Valencia circumbalan los candentes chapiteles de sus minaretes y de sus torres. Esta claridad, esta luz, esta ajitacion acaba por presentarme la imájen de aquel dia brillante, luminoso, dia de placeres que espiró en el dolor para renacer jamás. Cargo entonces con mi situacion y espero la hora misteriosa en que el tiempo fulmina contra el nuevo dia la fatal sentencia que fulminó contra las anteriores. Embalsamada la atmósfera con las flores de los naranjos y limoneros, confundi-lo el relente con las brisas, multiplicadas las estrellas en el espejo del mar, ofrecen una nueva y seductora vida, un sistema nuevo de encantos á quien jamás ha gustado otras delicias que las emponzoñadas de las grandes poblaciones..... Abandonad por un momento, hombres de mundo, vuestras diversiones gastadas y metódicas; venid á estos májicos lugares donde se enagenará vuestra alma: vereis á Diana en las florestas, á Neptuno en las olas, y al Dios de los cristianos en la magnificencia de la creacion.

A otros ejercicios tengo tambien aficion desmedida, á visitar los cementerios: aficion nacida de la hipocondria y misterio que predomina en mi carácter. En e tós sitios todo es uncion.... Si se reflexiona sobre la existencia pasada de los espectros que allí habitan.... si se reflexiona sobre la vida de que al presente gozan.... si se dirige una mirada á aquel mismo porvenir que á nosotros nos

espera.... ¿quién no se anonada en tales meditaciones?

Al instinto que naturalmente me arrastra á estos lugares solitarios, únicos en el mundo donde no reina la falsía, debo la satisfaccion, querido lector, de poder referirte un cuento muy singular: no tengo en su composicion parte alguna; es de un caballero que ha tenido la bondad de cedérmelo, y que yo trascibo: préstame tu atencion.

«Retrogrademos idealmente al 15 de mayo del año 1855; tres meses hacia que habitaba en Valencia: la noche de este dia, despues de haber dado un paseo por las orillas del mar y por el corazon de las frondosas huertas, me dirijí al cementerio de Carraichet donde jamás habia estado: es nada opulento; cuatro paredes blancas, pero ya deslambiadas, circuyen aquella vasta sepultura. Penetré por una puerta entreabierta, y me arrodillé bajo un tilo que crecia magestuoso en uno de los ángulos opuestos. Varios árboles de esta especie coronaban el ámbito mezcladas con algunos lúgubres cipreses; el amarillo jaramago vejetaba sobre las losas mas antiguas: si crece sobre las ruinas de los edificios.... ¿por qué no ha de crecer tambien sobre la ruina de nuestros cuerpos?... un corto número de rosales casi marchitos y algunos huesos humanos esparcidos por el suelo formaban todo el adorno de aquel recinto, último suaré de las hermosas de Valencia. Un cúmulo de reflexiones profundas surjian de mi espíritu.... apenas tenia fuerza para latir mi corazon. Todos aquellos hue-

sos medio calcinados habian pertenecido á una
 alma, y esta alma existia aun: las ilusiones de
 Pitágoras, las quimeras de Cárlos Bonet sobre este
 punto, se ofrecieron á mi imaginacion: todo esto
 aumentaba al pavor religioso de mi alma, y las
 sombras de los árboles eran convertidas por mi
 fantasia en sombras remontadas de los sepuleros.
 La noche estaba clara, los insectos no molestaban
 con su zumbido, los pájaros dormian, el céfiro
 callaba, y nada.... nada interrumpia en aquel ins-
 tante el silencio de las tumbas.... De repente suena
 en la puerta un leve ruido, y veo entrar por ella
 una mujer vestida de negro con el rostro cubierto
 por un velo negro tambien: penetra hasta el cen-
 tro de aquel lugar, dirige los ojos al cielo, se en-
 juga las lágrimas y se arrodilla sobre una losa
 donde nacia una mata de alelíes blancos. Yo ob-
 servaba con el mayor cuidado esta escena estraor-
 dinaria: por vez primera veia en el mundo una
 persona de mis inclinaciones; debia ser tan des-
 graciada como yo. Lloro aquel ser desconocido,
 inclina al suelo su cabeza rendida acaso por el
 dolor, y besa la losa que tiene á sus pies. Ya no
 se oyen sollozos, son tristes gemidos los que salen
 de su pecho, gemidos sordos y profundos entre
 los cuales me parece oír las palabras de « ¡hija
 mía!... » A estas espresiones sigue un silencio mor-
 tal.... transcurren cuatro minutos en esta especie
 de agonía, y repentinamente se levanta aquella
 enlutada, corta un alelí de la mata que ya he di-
 cho crecia sobre un cadáver, lo coloca en su pecho,

dirije por segunda vez sus ojos al cielo, pronuncia frases inconexas con acento desgarrador, besa con despecho el sepulcro sobre que habia orado; y huye ligera entornando tras de sí la puerta.

....¿Quién era aquel ser misterioso? ¿quién era aquella diosa de las tinieblas?.... Un fantasma que se hubiese alzado de la tumba, no me hubiera sobrecogido con tal fuerza: esta era la vez primera que despues de veintiocho años sentia la curiosidad. Aquella mujer singular se habia apoderado de mi mente: era la única á quien, como yo, habia visto visitar los muertos.

Dando lugar á que se adelantase, y cuando ya la supuse á bastante distancia, abandoné este santo lugar, deseoso de encontrar quien me descifrara un enigma tan extraño. Aquel ser era madre, lloraba una hija, iba á conversar con ella en su lecho eterno velada por la oscuridad de la noche: la muerte de su hija no podia ser una muerte ordinaria; estas circunstancias le daban un aire de grandeza; algo de particular, algo de interesante debió ocultar aquella jóven.

Yo residia en Valencia, en el cuarto segundo de una casa bonita situada en una de las principales calles de esta ciudad. El cuarto primero lo ocupaba un caballero indígeno de allí con quien me unian relaciones de mera fórmula, las mas efímeras que existen en la sociedad, las mas estrechas que á mí pueden ligarme con el hombre. Lo visité al dia siguiente, referile el suceso y le pregunté si podia aclarármelo: mi vecino se sonrió,

abrió un estante, y entregándome un folleto manuscrito que sacó de él, me dijo:

—La mujer que de tal modo ha escitado vuestra curiosidad es la señora de Alpequera. Tomad, ahí teneis la solucion del problema que anhelais; una esposicion fiel de su conducta: estoy esperando el fin para concluir la historia: leedla; creo con seguridad que os entretendrá algunos momentos.

—Muy bien, le contesté; voy á hacerlo. Y me retiré á mi gabinete.

Acaso fuera la única produccion humana de que iba á ocuparme con placer. Desde el suceso deplorable que puso fin á mi juventud solo habia leído los libros que Dios escribe al hombre por conducto de los Profetas y de los Apóstoles. Me disponia á la lectura, cuando mi compañero de posada se presentó en mi habitacion llamándome á toda prisa.

—Mirad, mirad, me dijo, la mujer que visteis en el cementerio.

Los dos corrimos al balcon; y mi sorpresa fué grande al distinguir una señora gruesa, en traje de raso negro, con un lujoso velo sobre el rostro, muellemente recostada en un tilburí verde tirado por dos briosos alazanes elegantemente enjaezados.

Cuando una deidad del Olimpo implora proteccion al dios de las aguas, y Neptuno corre á aplacar las tempestades del otro Polo, no vuela tanto su concha como el ligero carruaje de esta enlutada.

Mi vecino se retiró; y yo di principio al folleto que literalmente copio.

EL ORGULLO Y EL AMOR.

I.

BURJASOT, pueblo pequeño distante media legua de Valencia; ocupa la posición acaso mas pintoresca de la Península: una colina inmediata sembrada toda de frondosidad, y cuya cúspide es una pradera cubierta de yerba, puede considerarse como atalaya encantado, ú observatorio dispuesto para admirar desde allí las bellezas mas grandes que la naturaleza recibió en su creación.

Los vastos arrozales que se descubren en su pie, y que mecidos por un suave céfiro, ondulan mansamente sus cabezas, imitando lagunas de esmeralda; los bosques de moreras contrastando con los jardines de naranjos y limoneros; los aloes, los sicómoros y los nopales formando prolongadas espalderas; la orgullosa Valencia, que remontando sus cúpulas, pinta sus veletas en el confin de los aires; y el mar que, cual espejo celeste ó en borrascosas olas, pone límites á tan májica floresta; todos estos cuadros de un pincel sobrehumano, producen á quien desde aquella colina los observa, impresiones sin cuento, que si-

multáneas y placenteras estasían el alma, arrebatan el corazon y los sentidos embriagan,

En el año 34 eran estos deliciosos campos el teatro de las tragedias mas sangrientas que la nacion ha observado. La esteva cedia su lugar al fusil, el estampido del cañon sustituia á las églogas que en aquellos jardines se cantaban, y el humo de la pólvora eclipsaba el sol puro de Valencia.

La mañana del 29 de marzo del año referido, un suceso verificado en Burjasot se ha abierto una página en la historia: suceso horrendo á quien los siglos venideros rendirán justo tributo de admiracion y de asombro.

Orgulloso el capitan Cabrera con la victoria que dias antes habia obtenido en el Pla del Pou, quiso celebrar su regocijo con un festin entre los oficiales de su ejército. La colina que llevamos descrita fue el punto escogido para la orgia, punto tan encantado y lleno de atractivos que en él debió servir en otro tiempo Eve la copa á los dioses. Los festejados se colocaron en la cumbre de este hermoso mirador, y maniatados y con centinelas, dejaron en las rampas suaves de sus laderas cohortes de prisioneros; jóvenes cadetes la mayor parte, recientemente salidos de los colegios; presa de la batalla del dia anterior, tiernas flores arrancadas del jardin maternal, iban á ver desprenderse las hojas de sus corolas arrebatadas por un furioso aquilon. El banquete habia comenzado pomposo, espléndido; los gritos de los brindis se confundian con las estrepitosas cargadas; el ruido de los sables con el ruido de las copas; y esta báquica algazara sofocaba con su alegre lamoreo, los tristes gemidos que salian de las faldas de aquella colina, gemidos de dolor que exhalaban los infelices prisioneros. Jóvenes todos, muchos de

noble nacimiento, é hijos algunos de las mismas aldeas que tenían á la vista, su situación era desesperada.

.... ¡Victimas inocentes!... ¡qué amargas son las efec-
ces de la copa que apurais!... mirad á vuestra frente
las aldeas que recibieron vuestra primera sonrisa....
mirad la graciosa Valencia desde cuyas torres tal
vez os contemplen vuestras aflijidas madres.... mirad
los deliciosos campos sembrados de flores que han
nutrido vuestra infancia... y mirad á vuestra espalda
el fiero berdugo... el mortífero plomo que va á hacer
botar vuestros cráneos!...

Mientras las orquestas marciales alhagan los sen-
tidos del crapuloso vencedor; mientras sus veloces
sonidos aumentan el placer de la terrible orjía, ven
los malhadados prisioneros deslizarse uno á uno entre
la agonía mas lenta los últimos momentos de su vida.

Este llora por su madre; aquel tiende los brazos
á su hermana, que cree que lo mira desde la ciudad,
y todos levantan sus ojos al cielo azul que les va á
servir de mausuleo.

Solo uno entre tantos permanece insensible: re-
tirado hácia el Oriente, sentado en lo mas frondoso
de la ladera, con los codos apoyados en las rodillas
y la cara oculta entre las manos, largo rato hace
que continúa abismado en sus reflexiones, abstraído
de la actual situación, y reconcentrado en sí mismo.

Manifiesta veintiun años de edad; su estatura es
regular y sus formas agradables: su rostro largo y
blanco; su hermosa cabellera y su bigote, que co-
mienza á insinuarse, de color oscuro; sus cejas ras-
gadas y negras, negros sus ojos, y una mirada es-
presiva á la par que fogosa, contrastan con el as-
pecto de su carácter dulce y tranquilo. La tersura
y delicadeza del cutis revelan á primera vista la bri-

lante cuna que lo ha mecido. Blandiendo el acero este jóven al defender una plaza, debia ser fiel imájen de París sobre los muros de Troya.

Dos subtenientes, jóvenes tambien, se acercan á él y le dicen ;

—Levarden, Levarden...

Levarden levantó su rostro sereno.

—¿Te hallas insensible á nuestra cruel situacion? repitieron con acento triste.

—Insensible... ¡ah! respondió Levarden con amarga sonrisa: me estraña que os admire mi serenidad á vosotros que no ignorais mi historia; á vosotros que me habeis visto arrojarne á las armas enemigas en busca de la muerte; á vosotros que sabeis lo odiosa que me es la vida....

—Cierto es, Levarden, dijo uno de ellos; pero la vida al tiempo de perderla ofrece tantos atractivos...

—Para el que tenga un hermano que lo ame.... para el que tenga una madre que lo acaricie.... exclamó Levarden fatigado; pero para mí, que solo en el mundo.... abandonado de todos.... arrastro una existencia llena de negros recuerdos.... sin padres, sin hermanos, sin parientes.... ¿en qué modo puede serme apreciable la vida?... no. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... prosiguió clavando los ojos en el cielo, el sepulcro es mi lecho de descanso... otorgadme pronto este favor.... retiradme, Dios mio, de esa ciudad cuya vista me despedaza el alma!...

Ninguno de sus amigos le contestaron: cada uno fijó el pensamiento en su dolor y la mirada en las torres de Valencia, que se dibujaban coronadas de gentes en la pureza de una atmósfera clara.

Las orquestas del vencedor insultaban con sus triunfantes sonidos la situacion del vencido.

Si queremos averiguar la desgracia que afligia al

infortunado Levardeu , objeto de nuestra novela; la desgracia que en la flor de su juventud le hacia aborrecer la vida ; oigamos su historia de su propia boca , para lo cual abandonemos un momento á Burjasot ; huyamos de la terrible bacanal que sobrecogió al país ; y dejando pendiente del licor la suerte de cien nobles vástagos , que aumentarían la gloria de su patria y harían la dicha de sus familias , coloquémos como punto de partida en la noche anterior á tales acontecimientos , en la noche que el coronel Cobos pasó con su regimiento en el Plá del Pou.

infinitas de lágrimas, objeto de nuestra gloria; la
degracia que es la flor de su juventud le llena ador-
tando la vida; oprimos a la gloria de su propia boca;
para lo cual abandonamos un momento a la luz;
nosotros de la terrible fuerza que sobreviene al
para; y dejando pendiente del fleco de su vida
nobles vestagos, que se convierten en la gloria de su
patria y herencia de sus familias, colopónmo-
nos como punto de partida en la noche anterior a
estas acontecimientos, en la noche más el coronel
López pasó con su regimiento en el 1.º del Por.

—Muy bien; en atorado mi pelición; pero sin embargo, me obliga a seguir con vosotros hasta las cercanías de Valencia desde donde tomare el camino de Sevilla.

—Oye, replicó el primero: mucho tiempo hace que vivimos en compañía, siempre te hemos estado oyendo hablar de la noche, siempre me has ido contando y siempre ha sido un misterio para nosotros. ¿No merecemos acaso la confianza, Levarden? ¿No nos separamos; tal vez sea esta la última noche que pasemos juntos; regresemos la historia por vía de despedida, y podremos discurrir unas horas más del lugar de los reñidos.

II.

—Te narraré a este favor, señores: la pregunta del otro.

—Yo, no me niego, contestó Henao: es verdad que por uno todos los asuntos de mi vida. Bien se

Era la noche del 28 de marzo.

En una habitación decente, alumbrada por un quinqué de bronce, acababan de cenar y continuaban sobremesa tres oficiales jóvenes á quienes ya conocemos: Levarden y los otros dos que en la prisión de Burjasot se han acercado á hablarle.

—Levarden, le dice el de mas edad apurando una copa: muy fundados deben ser los motivos que tienes para no entrar en Valencia, cuando solo por eso pides te trasladen de rejimiento, y abandonas tus amigos.

—En efecto, respondió Levarden palideciendo; grandes deben de ser para separarme de vosotros, á quienes tanto aprecio; pero hay úlceras que el tiempo no puede cicatrizar, y que hacen padecer mas que la muerte.

—Y ¿qué tal te ha recibido el coronel? le dijo el segundo.

—Muy bien; ha otorgado mi petición; pero sin embargo, me obliga á seguir con vosotros hasta las cercanías de Valencia desde donde tomaré el camino de Sevilla.

—Oye, replicó el primero: mucho tiempo hace que vivimos en compañía, siempre te hemos estado oyendo lamentar de tu suerte, siempre maldecir tu estrella, y siempre ha sido un misterio para nosotros tu vida. ¿No merecemos acaso tu confianza, Levarden? Mañana nos separamos; tal vez sea esta la última noche que pasamos juntos: refiérenos tu historia por vía de despedida, y así podremos disfrutar unas horas mas del placer de estar reunidos.

—¿Te negarás á este favor, Renato? le preguntó el otro.

—No, no me niego, contestó Renato: os referiré uno por uno todos los sucesos de mi vida. Bien sé que al recordarlos se renovará cruelmente la herida de mi corazón: no he hablado de ellos desde que salí de Valencia; pero es un deber mio referiroslos, ya por satisfacer el deseo que con tanto derecho me manifestais, y ya por esponer á mis amigos los poderosos motivos que me obligan á alejarme de ellos antes que entrar en esa ciudad.

—Te escuchamos con ansia, dijeron los dos.

Levarden se reconcentró un instante en sí mismo.

Se vió desaparecer la sangre de su rostro, y un calor morvífico arrugó su frente. Luego exclamó conmovido:

—«El mundo es un vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.» Estos aforismos leí en *El Figaro* el año pasado; aforismos que hirieron con fuerza mi ánimo, y cuya verdad

veo yo realizada en mi propia persona. El mundo es un cementerio grande, inmenso, que absorbe en su seno todos los acontecimientos del hombre, y el olvido es la tierra con que se sepultan estos acontecimientos.... Valencia.... esa ciudad de que hoy huyo aterrado, es la tumba de mis felices sucesos; abraza dentro de sus muros una casa, nicho sepulcral de un ángel sacrificado ante las aras del orgullo, y mi corazón es.... no la urna cineraria, no; la pira ardiente de mil esperanzas y de mil deseos ... Y ¿qué sería del hombre en su completa abyección si sobre el polvo del olvido no viera nacer el árbol de la esperanza?...

Levarden se ajitó al extremo: su palidez se convirtió en sufusión, y sus ojos brillaron con un fuego cristalino.

—Cálmate, Renato, le dijo uno de sus amigos, padeces demasiado.

—Sentimos haberte puesto en tal es ado, le dijo el otro: si has de referirnos tu historia has de hacerlo sin alarmarte, y nada mas que por un mero pasatiempo.

—Sí, ya estoy sereno, respondió Levarden. Dispensad los excesos de un amigo desgraciado.

Levarden se frotó la frente con la mano, y en tono mas tranquilo comenzó

Hijo de una familia ilustre, aunque sin fortuna, quedé huérfano cuando todavía pendían mis labios del pecho de mi madre. La señora de Alpequera, con quien la ligaba la mas estrecha amistad, me salvó del funesto porvenir que me amenazaba, entregado, como hubiera sido, á una nodriza cualquiera. Me hizo conducir á su casa, y estrechándome en su regazo y derramando tiernas lágrimas sobre mi rostro, exhaló un suspiro en memoria de su amiga.

Desde aquel momento me prodigó los cuidados mas asiduos que una madre puede proporcionar á su hijo: esta señora era viuda y tenia dos, signos constantes del amor conyugal. El carácter de mi protectora, alta, robusta y arrogante, era el de un ángel; la nobleza, el desprendimiento, la protección, la caridad y cuantas facultades embellecen la especie humana, tenian asiento en su alma, pintándose muy á las claras en su rostro tranquilo, de atractiva mirada y de noble sonrisa. Jefe su difunto esposo de una armada naval y miembro de varias corporaciones honrosas, habian aumentado estas dignidades el orgullo invencible que le era natural, única nube que empañaba el cielo de instintos puros en que nadaba su cándido corazon.

Un hijo fue el primer fruto de su matrimonio: siete años despues tuvo una niña. El suceso mas remoto á que alcanza mi memoria es el siguiente... pero quiero daros antes una ligera idea de la hermosa habitacion, propiedad suya, que ocupábamos en Valencia. Colocada en una de las mejores calles y con vistas al campo, estaba adornada con todo el lujo que la moda exigia.

La primera pieza que se encontraba en el entre-suelo era una antesala espaciosa y amueblada con decoro. Un magnífico péndulo colocado sobre un velador de caoba, entre otros muebles de esta especie, media las horas de nuestra felicidad, porque media las horas de nuestra existencia. Esta habitacion daba paso á un gabinete perfectamente cuadrado y cubierto de papel pintado. A la derecha de la entrada habia una consola con infinitad de figuras chinescas, á la izquierda un piano inglés.

Este aposento recibia la luz por una gran reja de bronce con puertas doradas, abierta en el centro

de la testera á poca distancia del suelo: por ella asomaban sus corolas las flores mas bonitas del jardín; por ella penetraba la armonia de los pájaros y el ambiente de la noche.

A los lados habia dos confidentes; un juego de taburetes de damasco con mullidos escabeles ocupaban los costados; una alfombra de seda cubria el pavimento; y del cielo raso pendia un quinqué cuyos globos de cristal estaban entrelazados con macetas de flores artificiales.

Ya conoceis el cuarto que habitaba la hermosa Carlota, linda decoracion donde se han representado las escenas mas agradables que han tenido lugar en mis dias de ilusion.

Una galeria secreta conducia desde la antesala al vergel, cuyo mérito quedaria bastante encomiado con deciros que era el sitio de recreo de una señora de gusto delicado, de grau sociedad y de bienes inmensos; pero quiero daros una explicacion mas detallada.

En él no brillaba el arte; la naturaleza estaba encargada de su arreglo: era cuadrangular, de vastas dimensiones y cercado por una alta muralla sobre cuyos bordes asomaban en hilera las robustas copas del tilo, del moral, de la lila, del desmayo, del cinamomo y de la elevada palmera: estos frondosos árboles circuian el vergel; y sus troncos pegados á la pared, se hallaban envueltos en los promontorios de yedra y jazmin que tapizaban la tapia, y cuyos flexibles tallos remontándose á las mas altas ramas, descendian despues en graciosas guirnaldas, labrando mil arabescos en el aire. Paralela á aquellos y á distancia de cuatro varas, destacaba una espaldera de naranjos, aloes, adelfas y nopales, formando el segundo lado de un paseo sombrío y en-

cantado, donde algunos poyos de piedra convidaban á pasar una tarde placentera de verano.

El interior del jardín era tan sencillo como variado : aquí se descubre una pradera de yerba, allí un bosque de camelias ; en este ángulo se acumulan las dalias, en aquel los pensamientos: el tímido lirio contrasta con la arrogante azucena, y todas las plantas mas bellas tienen lugar en este recinto. En el centro se levanta un grupo de cipreses, y á su pie brinda con sana frescura una gruta de enredadora zarzaparrilla : en uno de los senos mas profundos ha colocado su nido la oropéndola, y á su espalda nace un risueño arroyo cuyas aguas serpenteando mil veces amenizan aquella mansion de Diana.

A medida que Levarden recorría estos sitios con su espíritu, se arrebataba su alma con tan gratos recuerdos, y en su rostro lucía una agradable expansion.

—El primer suceso de mi infancia, prosiguió este jóven, que con claridad recuerda mi memoria, es el cumpleaños de Carlota. La señora de Alpequera, tierna amante de su hija, celebraba el aniversario de su nacimiento, no con opípara esplendidez, pero sí con la efusion de cariño propia de su carácter, y reuniendo el corto número de personas con quien la ligaba una amistad verdadera.

Eran las doce de la mañana, y aquel día se recibía en el gabinete de Carlota. La señora de Alpequera; su hija y yo ocupábamos un sofá; á nuestro frente se hallaba el señor Magistral en cuyo rostro lucía la candidez evangélica. En obsequio á las estrechas relaciones que lo unían con mi madre adoptiva, se habia encargado este señor de iniciarnos en las letras sagradas, el maestro de instruccion primaria estaba á un lado, y algunos caballeros de edad completaban nuestra visita.

Carlota y yo éramos el objeto de la conversacion. Aquella estaba muy linda: rebosando en el candor de una niña de ocho años, todas sus facciones revelaban la virginidad de su tierna juventud.

En su rostro largo aunque moreno, brotaban las rosas de la infancia: sus negros y grandes ojos casi eran cubiertos por las pobladas cejas: entreabiertos los labios descubrían sus dientes de perla, y los rizos de una negra cabellera oscilaban por su cuello terso como el de un cisne. Un pantalon blanco, una blusa azul y una cinta verde pendiente de la cintura hacían su traje.

—Vaya, hijos míos, dijo su madre con afectuosa sonrisa, es necesario que en presencia de estos señores arreglemos nuestras cuentas ya no ha de ser todo correr por el jardín de flor en flor como las mariposas; tú Carlota, cumples hoy ocho años; Renato ya ha cumplido nueve; el señor maestro de escuela viene á despediros habiendo quedado satisfecho de vuestra aplicacion: es preciso, pues, que su vacante la reemplace un profesor de francés. Un maestro de música comenzará á daros lección desde mañana, y cuando parezca al señor Magistral que os halláis bastante enterados en la ciencia divina, es necesario que os vayais preparando á recibir el gran sacramento de la Eucaristía.

Mi hermana, que así la llamaba en mi felicidad, me miró; se encogió de hombros y ambos nos sonreímos: yo le contesté con un signo igual, dándonos á entender mutuamente la gran tarea que se nos imponía.

—En cuanto á la primera parte, mi señora, dijo el Magistral mirándonos con amabilidad, la apruebo con el mayor placer; estoy muy contento con el despejo y aplicacion de mis niños. y me glorío con

la esperanza de que siempre honrarán á sus maestros. No soy del mismo parecer en cuanto á lo segundo, pues todavia son muy jóvenes para hacerles cumplir con el primer deber del cristiano, y sobre este punto mas quisiera esponerme á retrasarlo algun tiempo; que obrar acaso prematuramente.

En el reloj de la antesala sonó la una.

Aquellos amables caballeros despues de repetidas felicitaciones nos dejaron solos: nuestra madre subió á su dormitorio, y Carlota y yo nos sentamos en el alfeizar de la reja desde donde se veian los pájaros saltar de rama en rama en los árboles del vergel.

Hablábamos con timidez de las nuevas obligaciones que nuestros directores nos imponian, y dolíase mi hermana de que ya no tendríamos tanto tiempo para correr por el jardín; cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció en ella Juan, antiguo y leal criado de la casa, con una jaula en la mano que contenia un pájaro negro con pintas blancas.

Los dos nos precipitamos sobre él.

—¿Qué ave es esa? ¿Cómo se llama? preguntamos á un tiempo.

—Se llama Marica, contestó Juan, entregándonos la jaula. Este pájaro no canta, pero aprende á hablar como el papagayo, y podrá responder á lo que le pregunteis: además cuando ya se ha domesticado y anda suelto por la casa, tiene la propiedad de ocultar en su nido cuanto puede agarrar con las uñas y con el pico.

Esta relacion del criado hizo escesiva nuestra alegría.

Al dia siguiente dieron principio las nuevas faenas distribuidas de este modo: á las ocho de la ma-

fiana asistíamos á la misa que se celebraba en el oratorio de casa: á las nueve venia el maestro de francés: á las diez el de música: y á las once el señor Magistral nos hacia algunas preguntas en presencia de nuestra madre, usar   del language que entonces me era permitido, sobre la historia de Rebeca, de Ruth, de José, y demas héroes y heroínas de la Biblia; episodios que con su singular paciencia, y el color de poesia con que los adornaba aquel señor, habia logrado incrustar en nuestra mente.

Familiarizada con nosotros la marica al poco tiempo, se hizo el complemento de nuestras diversiones en las horas de recreo: ya pronunciaba el nombre de Carlota y de Renato, y suelta por el jardin corria á la par que nosotros por los acirates; se ocultaba en los grupos de flores, y cuando mi hermana    yo le ibamos á echar la mano, remontaba su vuelo á las mas altas ramas de alguna palmera, donde agitaba las alas y chicharreaba con desentonada voz, como si quisiera burlarse de nuestra impotencia para con ella.

  El mundo es un vasto cementerio que todo lo absorve!... y estos placeres infantiles, esta hermosa juventud, estos años de feliz ignorancia... fueron sepultados en su abismo para no renacer jamás.

Una fausta    inesperada noticia regocijó en extremo los ánimos de la familia: nuestra madre nadando en contento nos leyó una carta en que decia, que don Manuel Alpequera su hijo mayor, cursante de matemáticas en Madrid,    quien yo no habia llegado á conocer, era admitido en el colegio de artilleros de Segovia.

Ni Carlota ni yo entendiamos lo que es  o queria decir; pero participábamos de la alegria que    todos animaba. Luego que Juan nos hubo explicado que

de esa escuela salian despues á mandar una bateria de cañones; tendiéndome mi hermana el brazo derecho sobre el cuello con indecible ternura, me dijo mirándome atentamente al rostro:

—Si tu fueras artillero irias muy elegante, por que sobre tu uniforme de gala llevarias muchos cordones y un desmayo encarnado en el morrion: pero no. . añadió con un gesto de disgusto; entonces no querrias enredar conmigo por el jardin, ni con aquel trage te conoceria nuestra marica.

Arrebatado Levarden cual si una idea nueva é importante se presentara á su espiritu.

—Para que amigos míos, exclamó, detenerme en detalles que solo á mí pueden interesar?... Pasemos en silencio los encantos de una vida placentera y caminemos ligeros al desenlace de mi historia.

Sus compañeros lo escuchaban con suma atencion, y sin replicarle en nada

—Supongámonos en el mayo de 1834: prosiguió Levarden: Carlota frisaba en los diez y ocho años y yo en los diez y nueve: sus facciones habian recibido el último quilate, si ésta palabra cabe en un ser perfecto de suyo: pero un aire de tierna melancolía habia sustituido á la frescura de su semblante: aquel amor fraternal que veló nuestra infancia, llegó á apoderarse de nosotros; jamás ella paseaba sin mí ni yo sin ella, y nuestros pasos rara vez se extendian fuera de la muralla de nuestro pensil.

Un dia, pues, dia en que el sol de la felicidad se nubló para mí la vez primera, bajé por la mañana como siempre habia acostumbrado, á dar los nuevos dias á mi hermana; mas ¡cuál fue mi sorpresa cuando oigo que Zoa su doncella, me habla en estos términos:

—La señorita ha pasado mala noche; no ha que-

rdo, contra la voluntad de su mamá, que se llama se un facultativo; pero ha prohibido á todos la entrada en su dormitorio.

—¿A todos? pregunté admirado.

—Sí señor, á todos, respondió la doncella con intencion: á todos menos á su mamá.

Yo me bajé al jardin: la reja de su gabinete que, como recordareis, estaba en contacto con las flores, se hallaba cerrada; y al través de los cristales solo se oía la voz de una madre que consolaba á su hija. Aquella mañana la pasé en la mayor agitacion, revolviendo en mi mente ideas inconexas, reflexiones horribles que abatian mi espíritu. ¡Carlota enferma!... me decia á mí mismo; me niega la entrada y llama á su mamá!.... Estas anómalas determinaciones, la tristeza que se pintaba en su semblante y la reserva que entonces me figuré haber observado en ella poco tiempo hacia, produjeron en mi corazón un presentimiento siniestro que me llenó de inquietud.

Llegó la tarde: mi alma se disponia á pasarla en los insufribles tormentos de la mañana; pero Juan me avisó que la señorita se habia levantado y que deseaba verme. Cuál seria mi alegría, fácilmente se puede comprender.

....Al observar las emociones tan violentas que las diferentes fases de esta jóven producian en mí... ¿era solo amistad lo que le profesaba?... Yo mismo lo ignoraba entonces.

Corrí á su habitacion, y la encontré sentada ó mas bien reclinada en el confidente. Los síntomas de una enfermedad aguda, aunque momentánea, se pintaban en su exterior. Tenia la cabeza recostada en la pared, los párpados caidos, el color pálido, los brazos lánguidos, y su cuello no era el de un cisne arrogante, era el de un cisne al espirar.

Al verme pareció conmoverse. ¿Experimentaba ella acaso los mismos efectos que yo?..

Fui á dirigirle la palabra, pero entró su madre y nuestra conversacion rodó sobre objetos los mas indiferentes.

La tarde iba declinando, y los trinos de los pájaros anunciaban una noche serena. Carlota manifestó deseos de dar un paseo por el jardin, y su madre, despues de oponer algunos cariñosos obstáculos como la frescura del relente, etc., que no fueron bastantes á disuadirla, me encargó que la acompañase con el mayor cuidado.

III.

La tomé del brazo y penetramos en aquel paraíso rodeado de árboles frondosos y de variadas flores que abrian sus cálices en una atmósfera de perfumes, mecidas por un céfiro suave, regadas por un cristalino arroyo, y desarrolladas bajo un cielo azul esmaltado en brillantes estrellas.

—¿Quieres que nos sentemos en aquel grupo de azucenas? pregunté á mi hermana.

—No, me contestó con voz debilitada: la azucena es flor alegre y arrogante, y yo triste y abatida no podré estar bien á su lado.

—¿Iremos á colocarnos bajo aquella frondosa lila que siempre te ha agradado?

—Tampoco: su sombra me ha librado del calor en los días tranquilos de mi niñez, y esta noche padecería mucho bajo sus ramas.

—Pues dime tú, ¿dónde quieres que nos dirijamos? le pregunté enternecido por sus contestaciones.

—Vamos á la gruta, respondió conmovida: cuando niños jugábamos por aquí; la gruta nos daba miedo con su oscuridad, ¿te acuerdas? ahora estaremos muy bien en ese lugar sombrío: las fúnebres copas

de los cipreses se levantarán sobre nuestras cabezas.
Y exhaló un suspiro.

Efectivamente, nos sentamos en un poyo de piedra que habia en su centro. En mi vida, señores, he experimentado una situación mas agitada: Carlota dejó caer la cabeza sobre el respaldo de yerba y los brazos sobre sus muslos.

Desde allí solo se oía un ruido mágico y lejano producido por los insectos, por las brisas, por las hojas de los árboles....

—Antes labrabas coronas de flores que colocabas en mi cabeza, me dijo sonriendo con dulzura.

—Sí, contesté yo con fuego: y ahora voy á colocar una camelia en tu pecho.

—No, no, respondió; las camelias son las flores que hacen hoy el buen tono de las hermosas contentas y felices que cubren los paseos y conciertos: córtame un lirio; esa flor modesta será la única que no se marchite en mi pecho.

La presenté un lirio azul que recibió con cierta melancólica satisfaccion. Algunos minutos de pausa, que no nos atreviamos á interrumpir, hacian mas misterioso aquel lugar.

—¡Qué silencio reina en este jardin! exclamó mi hermana.

—Silencio que yo no me considero con derecho á quebrantar.

—¿Por qué? me preguntó alarmada.

—Sintiera ser te molesto.

—¿A mí? ¡por Dios, Renato, no aumentes mi afliccion! jamás has usado conmigo un lenguaje tan esquivo.

—En diez y siete años que hemos vivido juntos nunca se me ha negado tu presencia hasta esta mañana.

—¡Ay Dios mio! exclamó Carlota entre suspiros.

—¿He perdido acaso tu confianza, hermana mia? le dije tomándole la mano.

—No, Renato; y para darte una prueba de lo grande que te la profeso, te he traído al jardín, respondió sollozando.

—Pues ¿por qué no me has permitido la entrada?

—¿Tendrias gusto en agravar mi dolencia?

—¡A mí esa pregunta!...

—Pues mira, esta mañana podía haberme sido nociva tu visita. Oyeme: los síntomas exteriores de mi indisposicion á nadie se han ocultado; pero la causa todos la ignoran, todos, hasta mi misma madre: ¿lo creerás, amigo? esta es un sueño.

—¿Un sueño? la interrumpí admirado.

—Un sueño horroroso.... me contestó dando un suspiro.

Un ligero ruido producido entre la yerba llamó nuestra atencion, y al instante penetró en la gruta la marica alborotándolo todo con sus mal articuladas palabras; mas conociendo al parecer aquella avecilla nuestra triste situacion, brincó silenciosa á las faldas de Carlota, y meciendo blandamente sus alas, hacia mil caricias con el pico en las manos de mi hermana. Despues de apretarla esta contra su pecho, me dijo:

—Escúchame, amigo; anoche me acosté sin novedad, como tú sabes, cuando al entrar en la cama me sentí con un dolor de cabeza leve, pero bastante para no dejarme conciliar el sueño en cosa de una hora: lo conseguí al fin, y al poco rato siento un estremecimiento en todo mi cuerpo, y allá.... á una distancia inmensa descubro un mar de plata cuyo fin no distinguia: en medio de él se remonta un promontorio de flores azules, sobre el cual habia re-

costada una jóven mas hermosa que cuantas he visto en mi vida. Su rostro era largo y blanco como el alabastro, sus ojos negros y sus labios de coral. Una corona de jazmin sujetaba á las sienes su cabellera de asfalto que caía hasta su cintura, esparcida con desden por la espalda y por el pecho. Su traje era una blusa blanca muy larga con grandes arracadas en el borde de perlas, de rubíes y diamantes.

En la mano derecha levantaba una copa de oro y con la izquierda agarraba las cintas de su talle.

Esta diosa está sonriendo sin cesar, y en torno suyo mil cisnes blancos batian sus alas y zambullian sus cabezas en aquel lago de nácar. En los confines del Olimpo vislumbraba un trono de fuego con una figura que no podia percibir con claridad, porque un vapor á manera de gasa le rodeaba por todos lados, y solo distinguia ciertos globos luminosos de varios colores que por intervalos se desprendian de aquella alta region, y que la jóven del mar recibia con su cáliz.

A vista de semejante espectáculo no podia respirar, pero mi corazon gozaba en extremo, amigo Renato. De repente aquellos cisnes que agitaban los aires con sus alas de nieve, se hunden en las aguas: se convierten en una nube azul las flores que sostenian la diosa, y á espensas de un cófiro suave que esparce mil mágicos sonidos se eleva lentamente aquel ser encantado hasta llegar al cielo. El mar se trasforma en un vapor negro que todo lo invade.... que me priva el aliento.... y en lo mas alto de este caos vuelve á aparecer la jóven.... pero vestida de negro y con una corona de ciprés en la cabeza: tiende su mano.... va á alargarla á un gallardo mancebo que nace de aquella oscuridad: este se sonríe: se dispone á tomarla.... la toca.... pero suena un

retumbante trueno, y las dos fantasmas quedan sumergidas en el abismo. Yo doy un grito de horror y me despierto casi sin vida.

Calló Carlota; y aunque á la verdad me sobrecogió este ensueño misterioso, traté de desvanecer sus temores y tranquilizarla lo posible: mas fue inútil; ella prosiguió mas agitada todavía:

—Aquel ángel, aquella sombra, aquella vision que descubría en mis delirios, era la imágen de una jóven hermosa que ví el otro dia conducir al cementerio.... y aquel mancebo á quien tendia su mano, exclamó sobrecogida de pavor, aquel mancebo arrogante y gallardo....

—¿Quién era? la interrumpí alarmado.

—Éras tú: me contestó derramando una lágrima.

Yo quedé sorprendido. Procurando rehacerme:

—Ya sabes, le dije, que los sueños nada significan, y que considerarlos como avisos celestes ó como espejo de lo futuro, sobre ser un error que nuestra religion prohíbe, es un defecto grosero de que debe despreciar todo aquel que se precie haber recibido una educacion mediana. Con que así hermana mia, desecha esos pánicos temores ocasionados las mas veces por una ligera fiebre, y procura restablecerte ya por tu propia salud, y ya por desvanecer el cuidado en que tus dolencias han puesto á tu madre, hijo del excesivo cariño que te profesa.

—Bien lo conozco; esto mismo aumenta no poco mi dolor; bien sé que es hasta criminal, y sobre todo indigno de una alma noble, ocuparse un momento de los ensueños; pero este, Renato, se ha apoderado de tal modo de mi espíritu, me ha anonadado en términos que sucumbo á su fuerza: por todas partes se me presentan aquellos vapores; por todas

partes distingo aquella jóven fantástica; por todas partes te veo á tí agarrado á su vacilante mano.... qué quieres, amigo, conozco que es una frivolidad como toda ilusion; ¡pero, ah! una ilusion nos fascina á las veces.

—En fin, estás conmigo Carlota, y á mi lado nada debes temer.

—Esa idea me tranquiliza, el vivir siempre á tu lado: créeme amigo, créeme: sin tí no me atreveria á pasar de esta gruta á mi habitacion: estoy aterrada.... nunca, nunca nos separaremos uno de otro, ¿me lo prometes?

—¡Ay, amiga! le respondí conmovido, pues despertaba en mi mente pensamientos satidicos que alguna vez habian comenzado ya á atormentarme: lo que te prometo y juro, porque nadie manda en las afecciones de mi corazon, es amarte con sin igual cariño, Carlota; pero vivir á tu lado... ¡ah! esto no puede perpetuarse sino con nuestro mútuo enlace, y hora es de que levantemos el velo de nuestra infancia y te persuadas que aspirar yo á la mano de la hija del noble Alpequera es un delirio, y pretenderla fuera una osadia.

—Que estás diciendo Renato?... exclamó sofocada por los sollozos que no podia romper. ¿No somos hermanos?... no nos ha criado mi madre con la misma ternura? no nos ha mecido á los dos en una misma cuna?....

—Sí, Carlota: pero desde la cuna de la infancia al tálamo nupcial media un abismo: en aquella todo está confundido; en este todo se examina: á la primera la separa del segundo un escollo de opiniones, de clases, de riquezas y de orgullo; la suerte te ha colocado á tí, querida Carlota, en su cúspide, á mí en su base. Muchas circunstancias que en la cuna

permanecian amalgamadas y cubiertas con unos mismos pañales, hoy se separan, se someten al crisol mas delicado y á la crítica mas severa.... pero ¿qué es esto? exclamé asustado.

La sensible Carlota habia caído sobre mis hombros anhelosa, casi sin respiracion y bañada en el sudor frio que gota á gota se desprendia de su frente.

—¡Carlota!... ¡Carlota! gritaba fuera de mí: no daba señales de oirme: yo estaba apurado.

Por fin un mar copioso de lágrimas en que se bañaron sus ojos la sacaron de la situacion espuesta á que la habian conducido mis reflexiones acaso prematuras.

—¿Qué hablabas, Renato? dije despertando del letargo, y fijando en mí sus melancólicos ojos: este no es aquel lenguaje que usabas conmigo en nuestra infancia; volvamos á aquellos dias tan felices....

—No es posible, amiga mia, el tiempo corre; pero si el temor que te he manifestado ha podido disgustarte, perdóname por nuestro cariño: ojalá me engañe, ojalá tu madre corone gustosa este afecto tan puro y sublime que nos profesamos, nacido en este jardin, desarrollado entre sus flores, é inocente como los pájaros que en estos mismos naranjos confundian sus trinos con nuestros juveniles enredos.

—¿Dudas de mí madre, Renato? mírala con ojos mas benignos; te ama sobremanera: ¿no te ha formado á su gusto? ¿para qué habia de educarte con tal esmero sino para hacerte dueño de su hija?

Esta reflexion de Carlota hecha con todo el candor de una virgen, despertó en mi alma un rayo de esperanza.

—Puede ser que la bondad de tu madre, no con-

tenta con haberme sacado de la oscuridad en que sin ella hubiera caído, se estiende tambien á concederme tu mano, y de este modo elevarme al colmo de la dicha.

—¿Si? me dijo sonriendo: serias ¿dichoso teniéndome por esposa?

—Sí, mil veces sí, ángel mío, le contesté anegado en gozo y pretándole la mano, seria muy feliz.

—Y ¿qué es la felicidad? volvió á preguntarme.

—Sobre la tierra una ilusion, contestó una voz grave fuera de la gruta.

Los dos nos alarmamos; pero luego nos tranquilizó el señor Magistral presentándose en la puerta.

—¿Os he sorprendido, amados míos? dijo sentándose entre los dos, colocando el sombrero sobre las piernas y arrellanándose en los cogines de yerba. ¿Ola?... ¿tambien la marica está con vosotros? prosiguió pasándole la mano por el lomo.

—No se aparta un momento de mí, señor Magistral, respondió Carlota.

—Bien, hija mía; ¿con que deseas saber lo que es la felicidad? Pues ten entendido que se fatigará en vano el que se proponga explicarla como residente en este mundo. Vulgarmente se dice que hombre feliz es aquel que cuenta mayor número de placeres que de disgustos, y viceversa el desgraciado; pero estas definiciones son frases que nada nos enseñan. La felicidad, hijos amados, puede concebirse en el mundo que habitamos como, un fantasma de bellos colores que durante nuestra peregrinacion en esta vida camina un paso delante de nosotros. Hay circunstancias en que casi la tocamos, mas nunca la poseemos; hasta que por fin la vemos hundirse en el sepulcro donde poco despues vamos nosotros á encontrar nuestra última y mas tranquila morada.

No, hijos míos; la felicidad no puede existir sobre la tierra: nuestra alma se vé incesantemente agobiada por una multitud de deseos que la martirizan. Es una ley de nuestra naturaleza que solo hemos de desear lo bueno, ó al menos lo que reconozcamos como bueno: luego si tantos deseos agitan constantemente nuestro espíritu... ¿de cuántos bienes no nos hallamos privados? Y si por una suposicion imposible de realizarse, vemos alguna vez satisfechos nuestros deseos, sirven solo para encender otros nuevos mas vehementes, mas enérgicos, que nos hacen vivir en una continua zozobra. Siendo esta la condicion humana sobre la tierra.... ¿puede existir felicidad en este lugar transitorio?... ¡Desgraciados aquellos, hijos míos, que se apacan por acrecentar su fortuna en este mundo cual si fuera su único porvenir!... ¡Infelices! edifican un castillo sobre cimientos de arena; y cuando mas embebidos están en la codicia que absorbe su corazon, los asalta un momento que jamás han esperado: la muerte; pero una muerte llena de remordimientos, llena de horrores. No creais tampoco que en este destierro nos hallamos abandonados de la Providencia; somos sus criaturas y no puede olvidarnos sin perjudicarse á sí misma: así es que tiene dicho al hombre: «sé justo y serás feliz.» Aquel que conforma todas sus acciones con la conciencia moral, vive tranquilo y contento en medio de los torbellinos de este mundo, y goza de una paz envidiable, destello ó manifestacion anticipada de la paz, de la felicidad que nos espera en el cielo.

Un alboroto sucedido en la casa interrumpió al Magistral, cuya conversacion comenzaba á sernos tan agradable: saliamos alarmados y corriendo de la gruta, cuando Juan, que venia á nuestro en-

cuentro, nos dijo que acababa de llegar el señorito Manuel con otro militar amigo suyo. Mas tranquilos, y habiendo sustituido al temor la alegría, nos dirigimos á la habitacion de la madre de Carlota, donde la encontramos abrazada con su hijo, jóven gallardo de veinticinco años de edad, de rostro moreno, de ojos espresivos, de bigote negro y movimientos atolondrados. Asi que nos hubo visto preguntó con ligereza.

—¿Esta es mi hermana? y este Renato? y desha-ciéndola en besos y tendiéndome la mano nos hizo conocer á primera vista su desencuadernada cabeza.

El otro jóven, tambien en uniforme de artilleria, era mas fino, mas tímido, al parecer, y no menos elegante.

Manuel se dejó caer en el sofá haciendo sentar á su madre á la derecha y á la izquierda á su hermana: el otro militar, el Magistral y yo colocamos nuestras sillas en circulo.

—Mamá, comenzó por decir Manuel pegándole un golpe en el muslo izquierdo, ya has tenido el gusto de abrazarme; pero aun no sabes el objeto de mi venida, y por cierto que te va á estrañar, añadió con una estrepitosa carcajada.

—Yo creo, dijo la madre mirándolo con cariño, que únicamente te habrá traído el placer de pasar una temporada en el seno de tu familia, y reconocer todos estos señores á quienes de tantos favores eres deudor.

—Sí, ya recuerdo..... este sacerdote me parece que es aquel señor Magistral tan amigo de papá....

—El mismo, contestó haciéndole un saludo de cabeza.

—Pero mamá, te equivocas, continuó Manuel pegándole dos golpecitos en la barbilla: mi viaje ha

sido producido por un motivo distinto del que supones.

El otro militar se sonrió.

—Pues hijo, refierenoslo, dijo la señora de Alpequera.

—Voy allá, contestó su hijo prorrumpiendo en una fuerte carcajada. Pocos dias hace me hallaba jugando al billar con un títere de paisano : tiró doblete contra el mingo y dejó su bola en los palos: los tiro yo bastos y pide que son en seco : sostengo que son buenos, levanta la voz, la levanto yo mas: tiene el atrevimiento de decirme que los militares no tenemos otra cosa que viento en la cabeza; y para que aprendiera que yo soy algo mas que aire, doblo el taco, le doy con la maza y le abro la frente.

—¡Dios mio! gritaron Carlota y su madre.

El Magistral me miró é hizo un gesto de disgusto.

—Eeh..... no hay que asustarse, continuó Manuel con desprecio: cae debajo de la mesa, se alborotan los circunstantes, yo me pongo en guardia echando mano á la guarnicion de la espada resuelto á metérsela hasta el pomo al primero que me chistase; nadie me dijo una palabra, y entonces me diriji á casa del brigadier á pedirle licencia para pasar quince dias en Barcelona; me la concede, y la mañana siguiente parto con este amigo. A las dos jornadas me ocurre la idea de ver á Vds., franqueo á la izquierda y héme aquí tan contento. Mi viaje, como todas mis cosas, ha sido repentino, impensado.

—Pero hijo, exclamó su madre aflijida, ¿murió el herido?

—¡Va! contestó él riéndose á carcajadas; si murió lo enterrarían: *requiescat in pace.*

—Pierda V. todo cuidado, señora, dijo el otro militar; varios amigos quedaron encargados de noticiarme cualquiera novedad.

—Mamá, prosiguió Manuel echándose la mano al bigote y recorriendo con la vista los muebles que adornaban aquella habitación: estoy viendo que desde que yo marché de aquí se ha convertido esta casa en una cartuja; es necesario que renazca aquel boato que aquí reinaba; es preciso que la casa de Alpequera vuelva á dar el tono á la sociedad de Valencia.

—En efecto, hijo mio, dijo su madre dando un suspiro: despues que tú partiste para Madrid no se han abierto esos salones sino para llorar yo en ellos á un esposo envidiable, y para enseñar á tu hermana la cama donde murió su padre. Es imposible, Manuel, que tu madre pueda gozar ya los placeres de una vida opulenta.

—Ja, ja, ja, cualquiera diria, mamá, que te hallabas redactando un sermon: ¿aun ciñen tus sienes las tocas de la viudez, cuando hace diez años que debiste haberte quitado el luto? Ya me voy convenciendo de que la verdadera civilizacion está reconcentrada en la corte. ¡Cuán distinto hablarías si allá vivieras! allá se olvidan las pesadumbres para abrir el alma á las delicias, y el hombre vive en la completa libertad para que ha sido criado.

El señor Magistral, avergonzado sin duda de escuchar este cambio de afectos y semejante lenguaje de corrupeion, tomó el sombrero, y despues de un saludo frio, salió del gabinete.

—Ea, pues, mamá prosiguió Manuel dejándose caer sobre el respaldo del sofá: creo no serás tan exigente que nos obligues á este caballero y á mí á entrar en esa pesada vida de claustro que mala-

mente has adoptado, y en la que por desgracia se han educado á lo que pienso mi hermana Carlota y su amigo Renato. Es de necesidad, pues, y así lo exige el decoro de tu clase, que el jueves próximo nos brindes con un concierto, pero con uno de aquellos conciertos peculiares del buen gusto y esplendidez del señor de Alpequera; concierto semejante al que se ha dado ahora en la embajada de París, y en el que mi querida hermana, continuó exaltándose por grados y besándola con frenesí, pueda manifestar su superioridad á todas las hermosas de Valencia. Conque, mamá, es necesario buscar quien se encargue del arreglo de los salones.

Su madre, ciegamente apasionada de sus hijos, y movida por cierto impulso que entonces no podía yo imaginar, no supo ni pudo negarse á los deseos de aquel.

Juan entró á avisar que la cena estaba dispuesta, y todos nos dirigimos al comedor.

Al día siguiente ya se hablaba en la ciudad del gran baile que el jueves próximo se daba en casa de Alpequera.

¿Era posible que semejante tarambana fuese hermano de Carlota?.... Esta y yo estábamos aturridos; pero mi principal admiración la ocasionaba el que aquella señora que tan ejemplar educación nos habia procurado á mi amiga y á mí, no se contentara con no reprobar, si es que admitiera como otras tantas gracias las sandeces en que aquel autómatas se deshacia.

¡Tal es la obcecada intencion del cariño de una madre!...

IV.

El hermano de mi querida Carlota nadaba en contento: su orgullo se veía satisfecho. En los cafés, en las tertulias, en los paseos de Valencia no se hablaba de otra cosa que del suntuoso concierto que en los salones de Alpequera se iba á celebrar. Ya se sabia en todas las sociedades de la ciudad qué tapicero tenia á su cargo el adorno de las habitaciones, qué fonda el ambigú, y qué litógrafo las tarjetas, que habian de ser doradas en campo azul, emblema de la nobleza de esta familia. Por todas partes se aplaudia la elegancia, el despejo y buen gusto de don Manuel de Alpequera, y el jóven á quien se le concediera una tarjeta de combite se creia feliz.

Carlota y yo deseábamos con impaciencia concluir la agitacion que en toda la casa reinaba; anhelábamos aquella vida solitaria y tranquila que protejia nuestras veladas de verano en el jardín, donde cual tiernos hermanos paseábamos del brazo bajo las palmeras y las lilas, gozando los placeres

de un amor puro y encendido que sentíamos sin apercibirlo. Inocentes gacelas acostumbradas á correr libremente por el desierto de nuestras flores, no podíamos acomodarnos con el régimen violento de fórmula y artificial que el gran talento de Manuel nos habia prescrito.

Pero la viuda de Alpequera. ... aquella señora que desde la muerte de su esposo se habia reconcentrado en la vida de un cenovita, ¿cómo se entregaba abiertamente á esta profusion? ¿llevaba algun fin particular? ¿únicamente el de obsequiar á su hijo y á su huésped? Este capitán de artillería era sobrino del duque de Levanteamor, heredero de grandes haciendas, caballero elegante y fino: mas ¿por un simple obsequio era posible que se arriesgara á trastornar el orden tan metódico en que vivíamos?...

Llegó el jueves: á las nueve de la noche brillaba en el vestibulo la claridad del dia: mil torrentes de luz se chocaban en las escaleras, cual si un sol radiante penetrase por un prisma de májicos colores: el pavimento estaba cubierto de alfombras, y el techo bordado en arabescos de rosas.

Esta galeria tan lujosamente adornada conducia al primer salon de descanso. Dos lacayos con librea recibian las tarjetas en la antesala: un ujier anunciaba las notabilidades que iban llegando.

Sobre la puerta del salon de baile se ostentaban las armas de la casa tejidas de laurel, jazmin y palma con admirable artificio.

Describir el lujo y magnificencia de este salon fuera atibiar su mérito. La señora de Alpequera, Manuel, su huésped, ambos en uniforme de gala, y yo recibíamos los caballeros y señoras de que ya se cubrian las habitaciones.

Un lacayo entró á avisarme que la señorita Car-

lota descaba mi brazo para presentarse en el concierto. Yo, sin poder disimular mi alegría, corri á su gabinete. Me recibió con la sonrisa de su angelical corazón: su rostro estaba enardecido y su mirada melancólica.

—¿Qué te parece mi traje? dijo haciendo una señal á la modista para que se retirase.

—En otra, le contesté, resaltaria su brillo; en ti queda ofuscado por tu belleza.

Era de gró blanco, de manga perdida y bastante abierto para lucir su cuello satinado. Dos cintas azules pendían de su cintura, y tres plumas blancas colocadas en la cabeza formaban admirable contraste con el azabache de sus cabellos. Una aguja de diamantes brillaba en su pecho, y en los brazos dos pulseras de oro.

—Pronto ha producido en ti su efecto la sociedad, continuó poniéndose los guantes.

—¿Por qué?

—No hace una hora que estás entre elegantes y ya me diriges lisonjas estrañas al carácter de nuestro cariño.

—No: consiste en que el amor que yo experimentaba dulce y tranquilo lo siento hoy desarrollarse en fuego que me abrasa.

—Vaya con el apego que has descubierto hácia las beldades que ocupan las cámaras.... como que si no te llamo no te acuerdas de que yo existía en el mundo.

—Carlota no me martirices con tus chanzas: cierto es que no he bajado por tí; pero ¿sabía yo si tu madre tendria gusto en que gozara su hijo la dicha de presentarte en esa nueva sociedad, ú acaso acaso el capitán de artilleros?

Estas espresiones hicieron palidecer á mi amiga.

:

—Basta de bromas, me dijo: y tomando el brazo prosiguió con el mayor cariño: no me abandones en toda la noche, hermano: ¿qué he de hacer yo entre esa multitud de jóvenes que no conozco? ¿con cuánto mas gusto daría un paseo por nuestro jardín! si diriges una mirada fascinadora á las hermosas que habrá en el salon, dirije otra por lo menos á tu tierna Carlota....

Al cruzar aquellos corredores, la multitud de luces colocadas en todas partes, los perfumes de los grandes jarrones de rosas y claveles, los sonidos lejanos de la orquesta que se oian por intervalos cual si bajaran del paraíso, y el objeto de un cariño exaltado que se apoyaba en mi brazo, desarrollaron en mi alma un mundo de emociones las mas sublimes que jamás he experimentado.

¿Cuándo la amistad infantil que á Carlota y á mí nos estrechaba, habia tomado el carácter de un amor vehemente?... ni ella ni yo lo sabiamos; pero ambos sentiamos sus efectos desastrosos. Un amor tranquilo es una quimera: esta pasion tan dulce va siempre ligada á las mas crueles de nuestro corazón.

A medida que me iba acercando á los salones crecia la agitacion de mi espíritu: y á hablar con franqueza, me veré precisado á decir lo doloroso que me era tener que desprenderme de mi hermana y entregarla á las caprichosas fórmulas de la sociedad. Ella se hallaba no menos alarmada que yo, cuya situacion comunicaba á la mano que descansaba sobre mi brazo una convulsion lenta y continuada.

Un ujier anunció nuestra llegada.

Todas las damas se levantaron y Carlota las fue saludando una á una con amabilidad encantadora. Desde luego fue el objeto de las conversaciones de

los jóvenes: todos admiraban aquella belleza que habia permanecido oculta, y todos se agrupaban á pretender su mano para el primer rigodon; pero mi amiga, ella misma me lo habia dicho, no podia bailar con otro que conmigo.

Quien toda la noche me tuvo en tortura, pues no se apartó un momento de ella, fue el capitán de artillería: no conociendo este, ó fingiendo no conocer el disgusto que sus limadas frases producian en Carlota; se deshacia en piropos que hubieran sido mejor acogidos por cualquiera de las hermosas coquetas que nos rodeaban.

Esta me miraba con frecuencia y suspiraba: yo le manifestaba mi cruel situación.

Se hizo la señal, y ostentando aquella multitud sus esbeltos talles al compás de melodiosos sonidos, daba principio á sus tareas de amor, elemento constitutivo de los bailes.

En Carlota advertí algo de particular: su rostro, aunque encendido por el calor de la agitacion, carecia del rosado matiz de sus mejillas; su mirada era mas melancólica que de costumbre: nada me hablaba y respondia desacorde á las preguntas que yo le hacia.

—¿Estás enferma, querida? le pregunté.

—No: estoy fastidiada.

—¿No te gusta el baile?

—Me encanta: no sé qué poder oculto ejerce sobre mí la orquesta; me estasia, me conmueve y arranca de lo mas profundo de mi alma lágrimas que procuro contener. Pero ¿cómo no ha de molestarme la necesidad de recurrir á un rigodon para hablar contigo? ¡Esta es la libertad de la sociedad!... y su cultura consiste en que jóvenes á quienes no conozco tengan derecho á sofocarme con importunidades que

jamás he oído? ¡ay, Renato! ignoro lo que esta noche pasa por mí.

—Sí, hija mía, le dije afligido; tú encierras algún pesar que me callas: tú no tienes confianza conmigo.

—Si la tengo, muy grande: ¿quieres que te lo pruebe?

—Sí, pronto; dime....

—Pues mira, amigo, continuó suspirando; esta ajitacion que en mí observas eres tú quien la produce: esta noche te amo mas que nunca; esa orquesta celeste ha encendido mi amor.

—¡Oh delicia! exclamé enagenado; tú me amas, tú me amas mas que nunca, y yo creía que tu melancolía provenia de algún nuevo objeto de cariño.

—¿A quién puedo yo amar sino á ti? ¿no acusarían nuestra infidelidad los árboles, las flores y los pájaros de nuestro jardín? ¿no hemos nacido amándonos? nuestro amor debe acompañarnos hasta la tumba.

La resolucion con que Carlota hablaba me inspiró valor hasta el extremo de decirle:

—Llegó el momento, hija mía, de cimentar nuestra dicha: así que marche tu hermano enteraré al señor Magistral de nuestra pasión tan pura como antigua para que arranque de tu madre el beneplácito.

—Sí, Renato, mi madre nos dará su bendición y seremos felices.

Mientras nosotros formábamos estos aéreos castillos de placer, el capitán de artillería, sentado en el sofá junto á la madre de Carlota, sostenia con ella una interesante conversacion, y de vez en cuando nos dirigia alguna mirada escudriñadora. El cruel Pilosfemo contemplaba con ojos envidiosos las tiernas caricias de Acis y Galatea.

La noche habia llegado á su mayor altura, y el

ambigué se iba á abrir, cuando un lacayo de librea presentó á Manuel en una bandeja de plata una carta cerrada con laere.

Manuel la tomó despues de darle una ágría reprension por la falta de etiqueta que habia cometido.

—Señor, dijo el criado procurando disculparse, me han encargado que os la presente donde quiera que os halleis, pues os interesa bastante.

—¿Quién diablo la ha traído á tales horas?

—Un postillon.

—Dale estas monedas.

El hijo de Alpequera se retiró á la antesala á leer la carta.

Pocos momentos despues se dirigia con cierta agitacion á su madre.

—Mamá, le dijo, un asunto de estrordinaria importancia reclama mi persona en Barcelona; un amigo me escribe, y no puedo menos de obedecerle: la diligencia sale dentro de dos horas y es preciso que parta en ella.

—¡Hijo! exclamó la madre asustada: ¿qué novedad es esta?

—No te alarmes, mamá; no son asuntos de familia, son asuntos de amistad los que me llaman; pasados quince dias volveré á abrazarte.

—Pero hijo ¿no podrias esperar la diligencia del domingo?

—No, mamá; es indispensable que salga esta noche.

—El capitan de artilleros por lo menos se esperará aquí hasta tu vuelta, prosiguió la señora de Alpequera.

—Inevitablemente tiene que venir conmigo.

Durante esta conversacion habia cesado la orquesta: los concurrentes en misteriosas hablillas

formaban mil conjeturas sobre un suceso tan inesperado, y al poco rato se fueron despejando por grados los salones.

A la una sólo se oía en ellos las sordas pisadas de los lacayos que andaban de acá para allá arreglando las maletas de sus amos.

Media hora después la señora de Alpequera abrazaba tiernamente á su hijo en el bestíbulo: el capitán habló con ella aparte antes de marchar, y Carlota me dijo rebotando alegría:

—Todo conspira á nuestro fin: ya estamos solos; mañana es preciso comunicar nuestro pensamiento al señor Magistral.

Los salones del baile se cerraron: ya no se han abierto para mí jamás,

Aquella noche no pude conciliar el sueño: las emociones que habia producido en mí la angélica Carlota, y el paso tan aventurado que nuestro amor nos obligaba á dar el próximo día, eran bastante para hacer surgir de mi cabeza torbellinos de reflexiones.

Aquí comienza lo mas horroroso de mi historia; aquí comienzan las amargas de mi vida que no contraerán su fin sino en el sepulcro.

La espresada mañana, no bien me habia despertado, cuando sentí hablar en el dormitorio contiguo al mio, que era el de la madre de mi hermana. Me chocó en extremo, porque no acostumbraba á recibir visitas en este gabinete, y menos á tales horas; pero cuando la voz del señor Magistral me reveló que él era quien allí estaba; me dió un brinco el corazón; y lo confieso, movido por un impulso de curiosidad invencible, me incorporé sobre la cama con objeto de escuchar tan extraordinaria conversacion.

Vosotros, que ya estais en los anales de mi vida, me disimulareis por mi amor incentivo y por las circunstancias que me rodeaban, el mas feo, el mas vergonzoso de los vicios.

El silencio y la oscuridad de mi gabinete permitian enterarse con la mayor claridad de cuanto en el otro se decia.

—¿He incomodado á V., señor Magistral? comenzó por decir la señora de Alpequera.

—No por cierto, contestó el Magistral con dulzura; sabe V. el placer que tengo en estar á sus órdenes.

—Pues amigo, le llamo á V. para consultarle un asunto de interés.

—¿Alusivo?

—A mi Carlota.

—Ola.... ¿á mi querida niña? ya comprendo, añadió sonriéndose.

—Estoy sobresaltada: la resolucion que he tomado lleva consigo grandes dificultades que estoy decidida á superar por la felicidad de mi hija; espero que V. con sus saludables consejos coopere al logro de mi intento.

—Diga V.

—Yo creo que Carlota profesa alguncarño á Renato

—Puedo asegurarlo, señora.

—¿Os lo ha dicho?

—No; pero ¿qué importa? tengo bastante edad y experiencia para leer en el corazon humano, y el hecho de mis queridos ahijados es diáfano como la pureza de su pasion.

—Con él, Magistral, no debiera unirla sino una estrecha amistad.

—Señora, sus corazones han crecido simultáneamente: sus pasiones se han desarrollado á un mismo

tiempo. Que se amen enhorabuena; cuando el amor recae sobre almas tan nobles, llega á ser el matrimonio un modelo de virtud.

—Sí, creo que abandonada mi Carlota á sus infantiles deseos alargaria su mano á Renato.....

—Señora, no os entiendo....

—¿Amais á mi hija?

—Con efusion:

—Pues os llamo para que contribuyais al logro de su felicidad.

—Habladme con claridad: ¿qué me quereis decir?

—¿Conque V. cree que ama á Renato?

—Lo ama.

—Que se uniria á él.

—Sí señora.

—¿Qué me diria V. si yo me epusiera á sus designios?

—¿Señora! exclamó el Magistrat sorprendiéndose.

—No se sorprenda V. ¿qué me diria?

—¿Qué?

—Sí

—Pedir á V. una razon muy poderosa que haya motivado este cambio.

—La tengo, contestó la señora de Alpequera sonriéndose con satisfaccion.

—¿Cuál?

—La de unirla con un jóven elegante que la adora, de bienes inmensos, y sobre todo, con un jóven de una de las familias mas principales de Madrid: con el capitan de artilleros, amigo íntimo de mi hijo Manuel.

Un rayo fulminado sobre mi cabeza no me hubiera dejado mas yerto.

El señor Magistrat guardó silencio.

—¿Qué me contestais? preguntó la señora de Alpequera.

—Que sois vos su madre.

—Lo sé; pero tengo amigos cuyo dictamen debo respetar y quiero consultarles: ellos por su parte están en la obligacion de ilustrarme con sus consejos.

—¿Qué quereis que yo os diga?

—El punto cardinal. Cómo me he de dirigir para que Renato, único obstáculo á mis planes, se ausente de Valencia.

—Eso es lo mas sencillo, señora; á Renato lo he criado yo y lo conozco bien: vos le conocéis tan bien como yo, y estoy seguro que la menor insinuacion hecha á ese jóven, basta para que reprimiendo su pasion huya al punto de esta ciudad, de España del Continente.

—No deseo yo tal cosa: quisiera mandarlo á dirigir mis posesiones de Sevilla: ¿qué os parece?

—Señora, puesto que á ello me precisais, y pues que he merecido ser vuestro consejero, voy á deciros francamente cuanto siento.

—Sí, habladme sin reparo.

—Ocupémonos de vuestra hija y no de Renato: ¿qué os proponéis al enlazarla con ese jóven capitán?

—Labrar su felicidad, pues la ama con ternura.

—¿No la habia visto antes de venir con Manuel?

—No la conocia.

El Magistral estuvo pensativo un momento.

—¿Cuánto tiempo ha permanecido aquí? preguntó despues.

—Seis dias, respondió la señora de Alpequera.

—¿Y en seis dias se puede cobrar un amor tierno? De ningún modo: el fuego de una bárbara pasion

Mirad, señora, cuando dulcemente arrullábais á Carlota en la cuna, me dijisteis una noche: «Mi amigo Levarden ha muerto y ha dejado un hermoso niño que perecerá sin mi apoyo: es de noble nacimiento, y como mis ideas difieren tanto de las reinantes en el siglo, quiero educarlo conforme á mis deseos para dar á mi hija un esposo á mi gusto.» Entonces no obrasteis del todo bien, y disimuladme que os lo diga, porque ya pretendiais unir dos corazones cuyos afectos desconociais aun. Estos niños han crecido tan hermosos como las flores de su jardín, y tan puros como el éfiro que los ha vivificado: incrustadas en sus almas unas mismas máximas, encerrados en un mismo vergel, no han reconocido otros amigos que los pájaros, ni otro mundo que el cielo azul que desde allí distinguían. En este paraíso terrenal, V. y yo, señora, hemos mirado con gusto desarrollarse por grados sus pasiones; hemos visto nacer insensiblemente un afecto sublime; nosotros hemos protegido su cariño, y antes de que ellos advirtieran sus propios sentimientos ya conocíamos nosotros el amor que los ligaba. A vista de esto, señora, me estraña que vuestro talento trate de separar dos jóvenes prendidos con tan estrechos lazos. ¿Habeis reflexionado con madurez las consecuencias de esta determinacion, que no puedo menos de calificar de indiscreta? ¡Ay señora! son horribles los estragos de una pasión vehemente reprimida.

—No, lo interrumpió la madre de Carlota con cierto aire de desden: esa pasión tan exaltada que pintais, creo yo no sea la que existe entre Carlota y Renato; sí es un cariño débil, ligero como su juventud, y motivado por la necesidad de tener que verse juntos á todas horas del día. Separándose Renato, quedando sola Carlota, bien pronto se estin-

guirá esta efímera llama á que tal importancia dais. Por lo demás, si un tiempo obré obcecada, hoy debo reparar mi yerro; hoy debo procurar á mi hija un esposo que labre su felicidad y aumente sus intereses; un esposo que al lustre de su familia dé nuevo lustre y esplendor.

—¡Por Dios, señora! ¿en el interés material.... en el brillo de un blason fundais la felicidad de un matrimonio? Dos esposos deben encontrar sus timbres en su propio corazón, y su brillo en la pureza de la pasión misma.

—Muy enérgico me parece ese lenguaje, señor Majistral, en boca de un sacerdote, dijo la señora de Alpequera fingiendo sonreirse.

—Un sacerdote, señora, conoce mejor que nadie las diferentes fases del mundo privado: á él acuden en su desgracia los padres, los hijos, las viudas y los esposos, y entre todos le ofrecen un inmenso campo donde dibujar el sinuoso camino de las pasiones humanas. Seguid mis consejos, señora; ¿qué sucede cuando se opone resistencia á un caudaloso torrente? que rebienta el álbero bramando y asuela los campos inmediatos. Unid á Carlota con Renato y los hareis felices: el amor es desinteresado: en ellos tendreis un báculo inflexible para vuestra vejez; y los tiernos renuevos, fruto de su cariño, aumentarán el raudal de vuestras satisfacciones: en ellos tendreis un signo perpétuo de la caridad ejercida con un desgraciado, y de la condescendencia con una hija querida. Por otra parte, Carlota es de un temperamento nervioso, capaz de profundas impresiones y de firme resolución...

—La sabré vencer, contestó con entereza la señora de Alpequera: y si dando su mano á Renato tendré un báculo en mi vejez, casándose con el ca-

pitán, prosiguió con irónica sonrisa, será este háculo de mayores intereses, mas brillante, y mis nietos serán sobrinos del duque de Levanteamor.

—Señora, repuso el Magistral levantándose y tomando el sombrero, me marchó afligido, lloro la suerte de Renato y de Carlota: os he dicho cuan'o creia; me labo las mangs en este asunto; sois su madre, á ellos y al cielo respondereis de las consecuencias de vuestra determinacion.

Y cerró tras de sí la puerta.

Dijo estas últimas palabras con un aire tal de inspiracion, que dejaron inmóvil á la señora de Alpequera.

Yo quedé desfallecido; no podia dar crédito á lo que acababa de oir: todo cuanto por mí pasaba me parecia horrorosa pesadilla: no, me decia á mí mismo, no es posible que la madre de Carlota haya formado tal proyecto acerca de mí: son fantasmas de horror que una próxima enfermedad enhiesta en mi mente azorada.

Sin fuerzas y próximo á una catástrofe lamentable, caí, privado el sentido, sobre la cama.

Este desmayo fue el telon corrido á la primera parte de la comedia que he representado en el mundo: fue la muerte de mi vida, de felicidad y de goces.

A los pocos momentos recobré la accion: los placeres, los deseos, las pasiones de mi tierna infancia quedaron sepultados en aquel letargo, y al volver á mi segunda existencia, solo encontré á mi lado el esqueleto de la alegría, un ramo deshojado de ilusiones y un mar de tempestuosas calamidades.

Salí arrastran'o de la cama, tomé un tintero, y con pulso vacilante me dirijí al señor Magistral, única persona que, fuera de mi Carlota, me conservaba algún afecto. Le hablé en estos términos:

« Mi estimado señor y dueño absoluto de todas mis atenciones: acabo de escuchar desde mi dormitorio la conversacion que con vos ha sostenido la señora de Alpequera, y en medio de la agitacion de la fiebre violenta que en mí ha producido, y que por momentos me debora, tomo la pluma para implorar de vos, señor, el último consuelo y en los momentos mas criticos de mi vida. No intento daros las gracias por los favores que en mi ausencia me habeis prodigado; consignar este encargo en los rasgos de una pluma seria debilitar las efusiones mas grandes de un corazon agradecido.

« En medio de los horrores que me abruma, me siento orgullecer al poder confirmar la aventajada opinion que de vuestro discípulo habeis formado, haciendo ver al instante á la señora de Alpequera que menos de la lijera insinuacion que vos le habeis dicho, una leve sospecha, ¡ay! es demasiado bastante para que al punto huya de su lado, y no la moleste mi presencia en el cruento sacrificio que sobre la victima mas inocente se propone consumir.

« Afligido mi corazon por la desgraciada suerte que lejos de mí espera á la angélica Carlota, acudo á vos, señor, fiado en vuestra bondad y cariño, á suplicaros me proporcioneis los medios necesarios para entrar en la carrera de las armas, porque solo, sin estudios, abandonado de todos, y de todos aborrecido, ¿qué otra cosa puedo desear sobre la tierra que una espada? ¿para qué me levantó esta orgullosa señora del polvo que me confundia en mis primeros dias?... para hacerme conocer la felicidad en su hija, y sepultarme despues en la desgracia, obligándome á renunciar á ella.

« He determinado, mi querido protector, merecida

que sea vuestra aprobacion, hablar con la mayor franqueza á esta señora: hacerle saber que estoy enterado de sus pensamientos sobre el asunto en cuestion, y que para darle una prueba de mi nobleza voy á partir tan luego como me lo permita la calentura. ¡Qué momentos tan crueles aquellos en que me separe de mi Carlota! ¡en que dirija la última mirada á esa criatura celeste en cuya compañía ha trascurrido como un soplo mi juventud placentera!....

»Disimuladme, señor, si mi cabeza próxima al delirio falta un instante al respeto que os es merecido, y admitid en recompensa los mas tiernos afectos de un corazon que todo es vuestro, y la alta consideracion en que os tiene vuestro humilde y S. S. Q. S. M. B.

LEVARDEN.»

Cerré la carta; en ella cerraba tambien mis alegrías: le puse oblea, y al escribir el sobre se abrió la puerta y apareció Carlota que me cogió in fraganti. Jamás me ha parecido mas hermosa: jamás ha escitado con mas vehemencia mi amor.

—¿Estás enfermo? me preguntó sonriendo y sentándose á mi cabecera.

—He pasado una mañana fatal.

—¿Te cansaste en el baile?

—No fue cosa.

—¿Has tenido algun ensueño tan horroroso como aquel mio?

—No, Carlota; á mí solo me afligen las realidades: estoy escribiendo al señor Magistral.

—Ya lo he supuesto: ¿está cerrada la carta?

—Sí, con oblea.

—¿Qué desconfiado eres! me dijo sonriendo. Y

mirándome al rostro, no me he equivocado, prosiguió luego en tono sério: viendo que tardabas á levantarte te he creído indispuerto y he bajado á darte los buenos días: con efecto, estás pálido; ¿te has desayunado?

—No tengo gana, contesté articulando apenas.

Aquella jóven en mi cabecera tan candorosa y tan llena de atractivos, me hacia daño. Si para siempre la habia perdido, ¿por qué la suerte adversa la llevaba á mi lado?

—Voy á mandar que te bajen una taza de té, me dijo dirijiéndose á la puerta.

—No te incomodes, Carlota, le contesté.

—Sí, sí, quiero servírtela yo misma, añadió con lijereza, y salió de la habitacion.

—¡Infeliz!... exclamé para mí: será el último obsequio que dispenses á tu amigo.

Nunca se presenta la felicidad con tan bellos colores como en el momento cruel de perderla.

V.

Una entrevista habida con el señor Magistral en su propia casa, donde él me habia llamado enterado de mi carta, determinó la conducta que yo debía observar en las pocas horas que me restaban de permanencia entre las personas que me habian visto nacer.

No creimos prudente hablar á la señora de Alpequera con una franqueza y resolucion desmedidas: su mano generosa habia protegido mi infancia, y estaba en el deber de mirarla con algun respeto en memoria siquiera de sus beneficios. Empero de quien me proponia separarme entre engaños y ficciones por evitar un desenlace horrendo, era de mi querida Carlota, que á causa de su carácter nervioso, susceptible de fuertes impresiones, y acostumbrada á confiar sus deseos únicamente á mí, este lance presentado sin disfraz y con toda la estension de su rigor, era muy bastante para abrirle por sí solo las puertas de la sepultura.

Aquel dia lo pasé entero en la cama, á excep-

cion del momento que sali en busca de mi protector: motivos por los que traseurrió sin ver á la señora de Alpequera. Carlota, afligida por mi abatimiento, no se apartó un momento de mi cabecera prodigándome los mas asíduos y últimos cuidados con un aire de dulzura angelical.

La mañana siguiente supliqué la entrada en el gabinete de la madre de Carlota, y admitido con fria amabilidad, me senté á su lado.

Esta señora estaba triste y meditabunda desde la conferencia que sostuvo con el señor Magistral.

—Señora, le digo con humildad despues de un breve silencio; estrañareis acaso que pase á hablaros de sucesos que el tiempo ha colocado ya á larga distancia de nosotros, pero que siempre están presentes á una alma reconocida.

—No entiendo, Renato, á qué pueda aludir tu conversacion; pero sabes que jamás he dejado de escucharte con el mayor placer.

—Me refiero, señora, á aquellos dias que me apretabais en vuestro seno, y en que me prodigabais las atenciones de una madre.

—Y ¿á qué fin recuerdas ahora los pequeños favores que dispensé al hijo de un amigo?

—Para haceros ver que este hijo en nada desmerece la nobleza de su padre.

—¿Qué quieres decir con esto? esplicáte, exclamó alarmándose.

—Me esplicaré, señora, pues que lo deseais, respondí bajando la cabeza. En aquellas horas de mi infancia, repito, en que á un tiempo mecian vuestros brazos á Carlota y á mí; cuando mas despues corriamos por los bosques de naranjos, al paso que unos mismos maestros labraban nuestra educacion.... no os irriteis, señorá, yo me creia igual á ella: no

contrariado mi orgullo infantil por la razon que entonces no podia despuntar en mi espíritu; yo la llamaba hermana, yo os llamaba madre, y desapercibiendo el abismo que de vos me separaba, yo me hacia miembro de vuestra propia familia. Hoy felizmente he sacudido aquella obcecacion, hoy he reconocido mi error; y despues de dirigir á vos y á mí una mirada; ya siento, señora, los momentos que pierdo en vuestra casa.

Durante mis palabras palideció su frente, y su rostro ofreció los síntomas de una lucha enérgica de las mas violentas afecciones.

Pasado un corto instante:

—Renato, me dijo, ¿Qué piensas hacer?

—Dejar de seros gravoso, señora, y buscar mi suerte en las banderas de nuestra Reina. Yo no puedo permanecer un instante en vuestra casa.

Aquella señora reflexionó entonces; debió convencerse de que me hallaba enterado de su conversacion con el señor Magistral. De repente cubrió su semblante una fuerte sufusion, y se veia atada sin encontrar espresiones con que replicarme.

—¿No quieres permanecer un instante mas en mi compañía? me preguntó con voz estinguida.

—Señora, me lo prohíbe mi honor, respondí con entereza.

—Pues bien, partirás á dirigir mis posesiones de Sevilla.

—Imposible.

—¿Quién te lo impide?

—Señora.... vacilé un momento, mi delicadeza.

—Tú no tienes intereses ni carrera científica...

—Gracias á quien me ha hecho semejante servicio.

—¿Con qué esperas subsistir en este mundo?

—Con el fuego de las armas.

—Renato, sigue los prudentes consejos que voy á darte, hijos del afecto que siempre te he profesado, repuso con cierta dulzura: no te acuerdes de la carrera militar; vé á Sevilla, habita mi grande quinta, y goza allí los placeres de una vida tranquila. Antes de resolverte reflexiónalo bien.

—Ya está reflexionado, señora, contesté irritado por sus últimas palabras, y mi resolución ya está tomada: yo no quiero ni puedo vivir tranquilo, y entre soldado y colono me decido por soldado.

Involuntariamente me levanté de la silla.

—Oye, volvió á decirme deteniéndome del brazo: veo que eres inflexible en tus determinaciones; y ¿cuándo partes?

—En la diligencia de esta noche.

—¡Tan pronto!

Algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

Esta señora me apreciaba, sí; pero su orgullo la obligaba á enlazar su hija con el capitán de artilleros.

—Toma, prosiguió abriendo una gabeta.

—¿Qué vais á darme?

—Una letra de cuarenta mil reales para Madrid.

—Os la agradezco, señora, pero no puedo recibirla.

—¿Por qué?

—Porque bastantes son los favores que os debo.

—Recibe este obsequio, es bien reducido.

—Imposible.

—¡Renato!...

—Hasta la noche, señora. Y cerré tras de mí la puerta del gabinete.

¿Debió yo permanecer un momento en una casa donde ya era extraño... y al lado del ángel de

quien para siempre tenia que separarme?... De ningún modo.

Para realizar mi proyecto me ví precisado á enganar á Carlota con la verdad, pero con una verdad horrenda; pues le dije que si ella me daba su permiso, creia muy oportuno irme ese día á comer con el señor Magistral, á fin de establecer el plan mas cómodo de llevar á efecto cuanto le insinuaba en la carta que habia de fijar la suerte de ambos. Ella se manifestó muy contenta: una ráfaga de amor iluminó su semblante, y me despidió con una sonrisa llena de dulzura. ¡Desgraciada.... qué diferentes emociones agitaban nuestras almas!...

Hasta el oscurecer no volví á casa: cuando pisé aquel vestibulo gimió mi corazon bajo el peso de un dolor profundo, y un instinto poderoso me dirigió al jardin. En esta misma hora paseaba yo en él con mi amiga todos los dias.

Al tímido ruido del frágil quicio de la puerta, corrió á mi encuentro Carlota, y echando su mano derecha sobre mi hombro y sosteniendo con la otra la marica que aleteaba sobre su pecho, me dijo con una sonrisa que solo puede comprender quien haya conocido aquella vírgen.

—¿Es hora de volver á casa, amigo mio? Ya me tenias con cuidado.

—¡Con cuidado! respondi abatido.

—Sí, en mas de diez y ocho años que hace vivimos juntos, jamás nos hemos hallado separados tanto tiempo. Y apoyándose en mi brazo me condujo á un poyo debajo de una lila, donde nos sentamos.

La noche correspondia á los impulsos de mi corazon. Estaba oscura, porque grandes nubarrones cargados de electricidad impedian que los rayos de la luna llegasen al suelo; el huracan que comenzaba

á sentirse, producía un ruido solemne en las copas de los árboles, sacudía con ímpetu las flores y sacudía los cabellos de Carlota.

Cuanto mas triste estaba yo, cuanto mas violentaba mis sentimientos por aparecer sereno, mas alegre se manifestaba mi amiga. Aquella noche no se apartaba de sus labios la sonrisa del pudor y del placer.

—Cualquiera diría que te ha causado disgusto el paso que acabas de dar con el señor Magistral, me dijo colocando su mano entre las mias.

—¿Tengo motivos para ello?

—Creo que no.

—Pues entontces....

—Es que los hombres sois de naturaleza tan perversa, que cuando llegáis á persuadiros de que una mujer os ama.....

—Le entregamos abiertamente nuestro corazón.

—Os complacéis en atormentarla.

—¡Carlota!...

—Advierte que es chanza, añadió prorrumpiendo en una inocente carcajada. Pero vaya ahora de formalidad: dime, Renato, ¿qué ha resuelto nuestro protector sobre el asunto en que se cifra nuestra dicha?

—Para qué quieres que yo te lo diga; mañana á estas horas te habrá enterado él mismo de cosas que no sabes.

—Y qué tal satisfaccion me causarán.

—¿De veras?

—Sí, amigo, de veras: no me castigues con represalias por mi pasada broma.

En el reloj de uua parroquia inmediata sonaron las nueve. Este sonido que tantas veces habia oido desde aquel mismo poyo, me sobrecogió esta noche:

aquella campana que en otro tiempo habia contado mis horas de felicidad, me anunciaba entonces los cortos momentos que el hado me concedia pasar en compañía de mi amiga. Daban las nueve: á las diez en punto partia la diligencia que para siempre me iba á separar de Carlota.

Hay situaciones tan críticas en el hombre, que cualquiera simpleza atormenta su sensibilidad. El suceso menos importante me traia entonces á la memoria los dias pasados de mi vida tranquila: los hechos mas ordinarios me parecian avisos de la naturaleza.

Como yo no pudiera vencer mi situacion, como la ficticia serenidad de que me revestia se desplomaba sin advertirlo, no pude ocultar á los ojos de Carlota, penetrantes como el amor, que mi espiritu se hallaba azorado: empero ella lo atribuia al temor que me inspiraba la necesidad de hacer semejante declaracion á su madre, y empleaba para distraerme todos los medios que su ternura le sugeria.

—Vamos, amigo, prosiguió tomando mi brazo, vamos á cortar las adelfas mas hermosas del jardin para que labres un ramillete á mi madre, que nos ama mucho: dentro de pocos dias se lo labrarás á tu esposa.

La mayor parte de las flores estaban marchitas, efecto sin duda de la noche: ¿sentian mi partida? La marica misma, que al levantarse su dueña habia dejado caer al suelo, voló á mi hombro: tambien se despedia de mí.

Luego que hubimos llenado su falda de azucenas, claveles, adelfas y camelias, nos sentamos en un acicate cubierto de yerba, al pie de dos frondosos naranjos: y mientras ambos nos ocupábamos en aquella malograda y última labor, me preguntó sonriendo:

—¿No te acuerdas cuánto hemos enredado entre estas yerbas cuando éramos muy niños?

—Y ¿no observas cuánto ha crecido nuestro cariño desde aquel tiempo?

—¡Qué dulce es el amor!

—Es la vida de los dioses.

—Oh! si.... y qué desgraciadas deben ser aquellas infelices á quienes por razon de estado, ó por aumentar sus intereses, enlazan sus padres con un hombre á quien no aman ni pueden amar.

Esta reflexion me dejó petrificado: un profundo suspiro se escapó de mi pecho.

—¿Suspiras? nosotros felizmente no nos hallamos en esta situacion: nuestro amor es puro y vehemente.

—Divino y eterno: ¿me lo juras?

—¿Dudas de mí? pues bien: te juro por el Dios que preside esta sublime tempestad, que mi corazon te será fiel mientras vivamos; y si en la muerte es posible amar, tambien te amaré; y si te sobrevive, hermano mio, mis manos y no otras han de cerrar tus párpados. Tu cadáver me causaria melancolía, no terror.

—¿Y si una larga distancia me separase de tí en aquel momento?

—No puede ser muy grande la que separe á dos amantes esposos.

—Un viaje.... un suceso inesperado....

—No temas, Renato: una fuerza oculta me diez con imperio que el uno hemos de espirar al lado del otro.

—Es tan frivola toda existencia, hija mia: todo tan contingente, que cuando mas segura creemos tener la dicha, mas veloz se escapa de nuestras manos.

—Eso mismo nos dijo una tarde el señor Magistrál, ¿recuerdas? que la felicidad sobre la tierra es un fantasma de engañosos colores: que solo reside esta en un mundo que nos espera; y que para gozarla en él, es necesario practicar aquí la virtud. Mas á pesar de todo, yo soy feliz porque estoy á tu lado; y esta felicidad no es un fantasma que se me escapa.

En el relój de la parroquia sonó el cuarto.

¡Qué rápido marchaba el tiempo aquella noche! Mi situacion era semejante á la de un rico avariento, que desde el lecho mortuario dirige las últimas miradas á sus arcas de oro cuyo brillo fatídico le insulta al espirar. Yo iba á perder el único tesoro que poseia.... yo lo hallaba tanto mas dulce la noche de que hablo, cuanto mas cortos eran los momentos que podia estar á su lado.

Carlota se deshacia en alhagüenos coloquios, y yo gemia sordamente bajo la penuria de mis tormentos: Carlota trazaba encantadores planes de una felicidad duradera: y yo revolvía en mi mente los medios de separarme de aquel ángel de amor, instante el mas cruel de mi vida.

Ambos nos hallábamos sentados sobre una alfombra de yerba; ambos respirábamos una atmósfera embalsamada por los naranjos; una tempestad rujía sobre nuestras cabezas, y sin embargo ella tan contenta y yo tan abatido....

—Cuando haga tiempo que la bendicion del señor Magistrál haya autorizado la union de nuestros corazones hablaremos con placer de esta noche, ¿verdad, Renato? de esta noche en que damos el paso que decide nuestra suerte.

Iba á contestarle, pero me lo impidió un alboroto estrraordinario que se oyó en la casa, sobre el

cual salían los lamentos de una voz desconsolada.

—¡ Es mi madre!... exclamó Carlota, y echó á correr: yo corrí tras ella. Cuando entramos en el gabinete de la señora de Alpequera quedamos asombrados: los criados despavoridos andaban sin dirección fija y sin hacer nada; la señora desmayada en una butaca daba hondos suspiros: una carta abierta tenía á sus pies.

—¡ Madre mía!... exclamó Carlota arrojándose á sus brazos.

Los sollozos de la madre se confundían con los gritos de la hija.

Yo tomé la carta del suelo, y quedé sin fuerzas al verla firmada por el capitán de artilleros. Ajitado y sin poder resistir á un impulso interior que me impelia á ello, me apresuré á leerla. Decía así:

«Barcelona.—Señora de todos mis respetos: Aunque con la mayor pesadumbre, tomo la pluma para evacuar un encargo, repugnante es cierto, pero que miro como un deber en toda persona que pueda gloriarse con la amistad de V.

» Urjente era en extremo la presencia de su hijo Manuel en Barcelona, pues sin ello desgraciadamente hubiera sido víctima de su genio acalorado. No se alarme V., señora: la herida que un acceso de cólera le hizo ocasionar en la cabeza de un joven paisano, según él mismo refirió á Vds., fue grave: el herido murió, y la fatalidad ha querido que fuese de noble familia. Sus padres han promovido la causa con energía, y el consejo de guerra ha pronunciado contra Manuel una sentencia horrorosa.

» El motivo de la premura con que un amigo sayo lo llamaba, fueron los edictos que en su busca se fijaron en esta ciudad. No tema V. por él, está

seguro: habíamos determinado que marchase á la Habana; pero en un momento de frenesí, hijo de su genio vehemente y enérgico, se ha alistado bajo las banderas del Pretendiente después de jurar venganza á sus parciales jueces.»

Carlota, atenta á mi lectura, cayó sin sentido sobre su madre: semejante escena presentaba todos los horrores de un lance desesperado.

Yo callaba y presenciaba estos sucesos con estúpida tristeza. De repente se ofrece á mi espíritu una idea aterradora: se apodera de mi cuerpo un frío glacial; arde mi corazón en un volcán de morvífico fuego, y llamando á parte á Juan:

—Si preguntan por mí, le digo, responded que he ido en buaca del señor Magistral.

—Está muy bien, señor.

Aprovecho el desmayo de Carlota; dirijo á esta víctima una mirada de compasión, un recuerdo á todo lo pasado; y con despecho febril cierro á mi espalda la puerta de aquel gabinete que jamás se había de abrir para mí.

A los pocos momentos subía las escaleras del señor Magistral, que me esperaba con dolor.

—Id, señor, á socorrer á aquella familia, le digo con voz ahogada por los sollozos.

—¿Qué ocurre? me preguntó alarmado.

—Una carta fatal ha sembrado la desolación en toda la casa: Carlota está sin sentido; su madre casi desmayada.

Luego en pocas palabras lo enteré de lo sucedido.

—Corre, hijo, me dijo estrechándome entre sus brazos y casi con lágrimas en los ojos; van á dar las diez, corre á la diligencia que salva tu honor. Toma, prosiguió entregándome una cartera: ahí tienes lo necesario para el viage.

—Mi querido protector, exclamé apretándole la mano : escribidme cuanto le ocurra á la desgraciada Carlota.

—Bien, hijo ; descansa en mi cariño.

—Adios, señor Magistral.

—Adios.... gritó volviendo la cabeza por no verme : adios, hijo mío, salud y resignacion.

Cuando las ruedas de la diligencia me avisaron con su sordo ruido que habiamos salido de Valencia, creí que se me extinguia una vida que ya me era odiosa.

Trece meses han trascurrido despues de esa noche de cruel recuerdo, desde cuyo momento no he vuelto á ver esa ciudad.... ¿Tengo, amigos míos, tengo razon para evitar á todo trance entrar en ella?... ¿tengo razon para maldecir mi suerte?...

Levarden calló, y sus compañeros trataron de consolarlo con las espresiones mas tiernas que les dictó su cariño ; pero él, cual si no los oyera, cual si estuviera fuera de sí, exclamó enagenado :.

—¡Ay, amigos míos!... ¡vosotros no habeis amado como yo amo!... Sí, Carlota mia.... yo te profeso un amor mas puro que el de los ángeles, y aunque condenado á vivir lejos de tí.... este amor mantiene mi existencia ; él es mi faro, es mi vida : él bajará conmigo al sepulcro.

Levarden reclinó los codos sobre la mesa y dejó caer la frente sobre las manos. Pasado un momento, cuando á ruegos de sus amigos, pudo calmarse algun tanto, y levantó la cabeza ; se vió que la sangre habia afluido al rostro, que los ojos estaban arrasados en lágrimas y que su mirada era vacilante.

—Amigo Renato, le dijo uno de ellos, no te deses vencer por el dolor : sobrados motivos tienes para lamentarte, es cierto, pero en semejantes oca-

siones es cuando el hombre despliega la fuerza de su espíritu. Descansa, amigo, descansa; nos ha interesado vivamente tu relacion.

—Todavía no ha concluido, respondió Levarden. Ya os dije al principio que el recuerdo de los sucesos de mi vida renovaría mis llagas, y por ello os suplico, amigos, que disimuleis los amargos escesos de un desgraciado..... sí, de un desgraciado.

Luego prosiguió:

—Si mi narracion no os importuna voy á dar fin á mi historia.

—Al contrario, contestaron á la vez los dos oficiales: tenemos suma complacencia en escucharla.

Entonces Levarden se enjugó los ojos con el pañuelo, y continuó de este modo.

There is a certain amount of...
in the...
...
...

...
...
...
...
...
...
...
...

...
...
...
...

...
...
...
...
...

VI.

Dos meses y medio despues de mi llegada á la corte recibí una carta de mi protector. Al ver su letra, al leer su firma gozó mi ánimo una indecible expansion: sucumbo por un instante á una poderosa fantasia de placet. Creo cambiar el cuarto de una patrona por mi gabinete; creo aspirar los perfumes de aquel májico jardin, y entre sus grupos de flores me parece distinguir la mas hermosa, la mas modesta de las criaturas.

Nadando en este golfo de ilusiones, abro la carta precipitado, derramo dos ardientes lágrimas, y leo lo que vais á oir.

Héla aquí, señores, continuó llevándose la mano al bolsillo; no la he apartado de mí un momento: es el único talisman con que en el mundo puedo hacer frente al infortunio; dice de este modo:

• Querido Renato: He creido conveniente no escribirte antes por esperar algunos sucesos alusivos á la familia de Alpequera, y de los cuales puedo hoy comunicarte minuciosas noticias; pero como son tantos y para tí tan interesantes, aunque no debieras ya ni recordarlos, te los escribo en forma de diario sin otro objeto que el de su mayor claridad.»

«Día 15 de setiembre.

«Al momento que me dió tu último adios, me dirijí veloz á consolar aquella familia como tú me suplicaste; y á pesar de la tétrica pintura que me hiciste de su dolor, quedé pasmado al contemplar un cuadro tan lamentable. La señora de Alpequera ya estaba en cama y un facultativo á la cabecera: Juan con otros criados se ocupaba en dar fricciones en los pies y manos de Carlota, á quien un accidente con síntomas apopléticos hacia tres minutos que tenia privada. La carta fatal, causa de tamañas desgracias, estaba arrojada sobre una silla.

—«¿Qué es esto? exclamé al entrar.—¡Piedad... socorro! señor Magistral, gritó Juan con las lágrimas en los ojos: nuestra señorita no vuelve; ¡Carlota es muerta!—¿Qué dices? contesté yo levantándola la cabeza.—Renato, prosiguió Juan.»

Este criado los trataba con la mayor familiaridad, como que los habia visto nacer.

—«Renato, que ha ido en busca de V., ha leído la primera mitad de esa carta; Carlota ha seguido leyendo despues de marchar este, y cuando su madre comenzaba á tranquilizarse y ella acababa la carta, ha dado un grito de horror y ha caído en la disposicion en que ahora la veis, señor, pues aun no ha hecho movimiento alguno.

«Entonces dirijiéndome al facultativo:

—«No descuidemos esta niña, le dije con cierto aire de reprension.—Caballero, me contestó encogiéndose de hombros, por ahora no puedo proporcionarle otra cosa que esas fricciones: si el accidente continuase tan cerrado algunos momentos mas, le aplicaremos un par de sanguijuelas tras de las ore-

jas.—¿Podría convenir variarla de postura?—No perjudicaría.

El se ocupaba con todo su ahinco de la madre, yo de la hija.

Toméla de medio cuerpo, tirada como se hallaba en el suelo, y la coloqué sobre una silla. A este movimiento dió un suspiro: era el suspiro de la vida.

El médico pulsaba con interés á la señora de Alpequera: los criados y yo nadábamos en alegría al ver que volvía en si nuestra Carlota. En aquella casa tremolaban dos banderas: unos seguían la del poder, nosotros la del infortunio y el candor.

—Esa carta. . . leed esa carta, fueron las primeras palabras que articuló. —Traiga V. ese misterioso papel, díge á Juan sin abandonar la cabeza de la infeliz que descansaba sobre mi brazo. —Hasta aquí ha leído Renato, respondió Juan señalando el tercer período. Ha salido despues en busca de V., y ya tarda mucho. —¿Cuánto padecerá el pobre cuando lea la segunda parte! exclamó Carlota con estinguida voz. —¿Cuánto padecerás tú, víctima del orgullo, al saber que lo has perdido para siempre! dije para mí.

Leí en seguida en voz baja, amingo mio, y decia así:

«Manuel está libre: no le vereis en algun tiempo; pero volverá á abrazar su querida mamá.

«Presupuestas tan consoladoras seguridades que habrán de tranquilizaros, paso á hablar del asunto que me ocupa todo entero.

«Desde la noche en que conocí á vuestra hija, ha cambiado mi vida. Los grandes conciertos que en la corte se celebran nada son comparados con el que tuvimos en vuestra casa: en los primeros no preside

Venus, Eve no sirve la copa á los dioses: vuestra hija reúne la arrogancia de Venus, la dulzura de Eve.

»Desde que la conozco no gozo placeres lejos de ella, no tengo deseos, no tengo existencia. Su imájen divina profundamente esculpida en mi corazón, es una flor de preciosos esmaltes, es una luz de celestes colores que oscurece cuanto le rodea. El amor que le profeso enciende mi alma; él me ha hecho despreciar el gran mundo, el aborrecer cuanto no es Carlota.

»Supongo, señora mía, que Levarden, único obstáculo á nuestros bellos planes, ya habrá salido de vuestra familia, y que mi hermosa, privada de su vista y amonestada por su tierna mamá, pronto dirigirá benignos ojos á su mas fiel apasionado.

»Espero vuestro aviso, señora, para volar en alas de mi pasión á firmar los capítulos matrimoniales.

»Os ofrece entre tanto su humilde consideración vuestro etc., etc., etc.»

«A pesar del lance en que me encontraba, no pude reprimir, amigo mío, una sonrisa de desprecio al concebir en esta lectura un amor cortesano tan gongóricamente espresado; y mi corazón se enterneció doblemente recordando vuestro cariño puro, constante, sublime, vilmente contrariado por el orgullo de una madre engañada.

»Carlota suspiraba profundamente: la víctima condenada á muerte aun no había escuchado la sentencia. Yo tomaba á mi cuenta este doloroso encargo; y ¿cómo no? solo su madre y yo éramos sabedores de tu separación. Determiné que se acostase: Juan y Zoa la condujeron á su dormitorio. Pasados cuatro minutos me hallaba sentado en su cabecera.

»Esta escena tenia lugar en el silencio de la noche. Carlota estaba medio incorporada; su cabellera suelta cubria las almohadas; la serenidad de su rostro me causó pavor.

—»¿Cómo te sientes? le pregunté.—Muy tranquila: ya no lloro.—En las adversidades es necesario conformidad, hija mia.—Estoy muy resignada, ¿no lo veis? ¿dónde teneis la carta, mi único padre?—En el bolsillo.—Entregádmela.

»Y la colocó debajo de la almohada.

—»¿Para qué la conservas?—Para que la lea Renato. Y tiró el cordon de la campanilla.

»Zoa se presentó al instante.

—»¿Qué hora es? preguntó Carlota.—Las once, respondió la doncella.—¿Ha venido el señorito Renato?—No señora.—¿Cuánto tarda! Así que venga condúcelo aquí.

»La doncella salió de la habitación. Yo padecía demasiado.... me resolví á dar el golpe.

—»Carlota, le dije con voz mal sostenida, ¿tendrás valor para sobrellevar una desgracia?

—»¡Ay Dios mio! ¿qué decís?—Sí, hija mia, tengo que comunicarte una infausta noticia.—Decídmela, señor, decídmela. Y se sentó sobre la cama.

—»No quisiera quebrantar de nuevo tu salud.—No la quebrantareis. Vos, que habeis participado de mis placeres, participais tambien de mis penas, ¿no es cierto?—Sí, hija mia.—Renato me ama mucho, también él me ayudará á soportarla: una desgracia dividida entre tres no puede hacerse muy sensible.

»En este momento sonó la campanilla del vestíbulo. Carlota se alarmó y tiró el cordon de la suya.

—»¿Quién ha llamado? preguntó á la doncella.—El cochero, señorita.—¿El cochero!... murmuró entre dientes: id con Dios.—Volvamos, hija mia,

al asunto.—En vuestros ojos veo pintada la pesadumbre, señor Magistral.—Es tanto mayor, querida Carlota, cuanto que yo soy el único que puede contribuir á hacerla mas llevadera.—¿Qué decis?... ¿y Renato?—Renato... es tan delicado... que si tiene noticia de esa carta....—Oh! no ha leído sino la mitad; no sabe nada.—Ya... pero si por otro conducto se halla enterado de las crueles determinaciones de tu madre, su honor...—¿Por cuál? no es posible.—Si, infeliz criatura: ¿á qué tenerte mas tiempo engañada? él mismo las escuchó.—¡Suerte impia! y ¿dónde está?—Ha marchado.—¿A dónde?—A Madrid.—¡Piedad! piedad! socorro!

»Carlota cayó privada sobre la cama. Yo llamé con fuertes campanillazos. Juan, Zoa y los demás criados bajaron al momento. Agua.... agua para mi Carlota, grité asustado. Su respiracion se apagaba por instantes. Los Criados volaban en su socorro.

»No era el respeto, no era el temor, era el cariño quien conducia sus pasos.

—¿Qué es esto? se preguntaban unos á otros con asombro.—¿Quién ha causado este nuevo insulto? exclamó Juan.—Su madre, le contesté sin poder reprimir mi cólera.—¿Su madre? volvió á preguntar aténito.—Sí, su madre; ya no puede ocultarse: su madre, cuya errónea conciencia ha labrado la ruina de Carlota y de Renato.—Pero el señorito....—Ha marchado.—¡Virgen santa! ya comprendo, repuso Juan frunciendo las cejas.

»En medio de semejante cuadro en que todo era dolor, una de las cosas que mas conmovieron mi espíritu, fueron las gruesas lágrimas que en silencio se desprendieron de los ojos de aquel rnciano criado.

»Este accidente no fue tan largo como el pri-

mero, aunque dejó á la paciente en extremo mas abatida. Cuando hubo recobrado su pleno conocimiento, y encargada que fue al cuidado de la leal servidumbre, me retiré á mi casa á descansar, conmovido por las terribles escenas que acababa de presenciar; empero algo tranquilizado á causa de haber dado el golpe que con tal respeto miraba. Al salir yo de la alcoba exhaló Carlota un profundo suspiro. »

«Día 16.

« Las ocupaciones inherentes á mi prevenda no me han permitido visitar hoy á la pobre Carlota. Harto doloroso me ha sido por la situacion tan crítica en que anoche la dejé. El eriado que he enviado á informarse de su salud me ha traído el siguiente billete, letra de su propia mano: »

« Mi estimado señor: ¡Cuánto siento que no haya podido V. acercarse á mi cabecera esta mañana! pero me consuela la esperanza de que lo hará tan luego como le sea posible. He llevado una noche fatal; en toda ella he podido dormir: ¡hasta el sueño abandona al desgraciado! A eso de las tres ha embotado mis sentidos un estupor febril, durante el cual ensueños horribles han acabado de abatir mi espíritu. Veia á Renato elevarse en un globo de fuego: al principio lloraba; cuando ya se confundia con el azul del cielo se sonreia: yo observaba este espectáculo sentado sobre un ataúd. Al despertarme ha dejado el sueño el carácter de ilusion para tomar el mas cruel de realidad.

« Juan estaba á los pies de mi cama; no me ha abandonado en toda la noche: se lo agradezco mu-

cho; pero me temo no poder pagárselo. Acaba de bajar la doncella de mi madre á preguntar por mí en su nombre: ella ha gozado algunos momentos de un sueño tranquilo. Ya he oido las ocho, hora en que Renato entraba á darme los buenos dias: hoy no ha parecido. ¿Pensais escribirle? Estoy muy abatida; la pluma se me cae de las manos á cada instante; cuando vuelvo á tomarla me siento con menos fuerzas que antes. Hoy padezco las consecuencias del lance cruel de anoche. Venid tan pronto como os dejen libre vuestras ocupaciones; me sois muy necesario: no abandoneis en tan triste estado á vuestra humilde y desgraciada servidora—Carlota.»

«La adjunta esquila desarrolló toda mi ternura, mas á pesar de mi empeño no pude visitarla hasta el dia siguiente.»

«Dia 17.

«A las nueve de la mañana abria los cristales de la alcoba de mi hija patronímica. Estaba dormitando, lo que me llenó de placer: mandé que no se la despertase; pero su descanso era efimero, y mi voz bastó á disiparlo.

—» ¿Sois vos? preguntó con regocijo y levantando la cabeza.—Sí, hija mia, yo que me intereso con el alma por tu salud.—Veinticuatro horas hace, añadió suspirando, que no os he visto á vos, y cuarenta y ocho á Renato, y sin embargo este corto tiempo me parece un siglo. ¿En qué consiste que desde el instante que me acosté se me figura que han transcurrido quince ó veinte dias?—En muchas razones: cuando nos sobreviene un lance extraordi-

nario, y más si nos afecta en demasía; altera nuestra vida física é intelectual: por otra parte, los sueños interrumpidos, la debilidad, la cama, todo esto produce una revolucion en nosotros que á veces nos hace perder la memoria.—Es verdad: ¿qué hora es? —Las nueve.—¡Las nueve! Si creia serian las siete. Hacedme el favor de abrir la ventana; cuando vivia el pobre Renato él tenia el cuidado de despertarme todos los dias: ahora....—Tambien ahora vive, querida Carlota.—Sí, pero no para mí.

»Abrió las ventanas doradas: un sol claro dirigiendo sus rayos al través de las cortinas de damasco encarnado, iluminaba esta habitacion con la luz misteriosa de una aurora boreal. Las flores del jardin asomaban sus cálices por las rejas de bronce; y el canto de los pájaros arrullaba aquella criatura que yemía en el lecho del dolor.

»Esta escena tan patética de la naturaleza, y la sublime sensacion que en el alma de Carlota produjo, me enternecieron de un modo muy superior. Yo admiraba la grandeza de ánimo que en esa jóven comenzaba á despuntar, y me admiro cada dia mas al ver la resignacion con que soporta el horrendo sacrificio que en ella se ha consumado. El sonido de su piano, la vista de la marica, los aromas del jardin, la cosa mas leve le produce recuerdos devoradores que por grados marchitan su juventud: mas todo lo calla; á nadie importuna con sus quejas, y todo lo sepulta en el arcano de su noble resignacion.

»Sentáos á mi cabecera, señor Magistral, me dijo con dulzura. Se incorporó sonriéndose sobre la cama, y retirando de sus ojos los negros cabellos que la sofocaban.—Escuchadme, prosiguió con serenidad. Como que sois mi ángel tutelar, bien enterado estais de mi suerte desgraciada: sobre ella

he reflexionado toda la noche, y de mi vigilia no he deducido otra cosa con claridad, si es que se han chocado dos enérgicas pasiones, y la victima de esta lucha estupenda soy yo. El orgullo arrastra ciegamente á mi madre, absorve toda su atencion, y un amor puro, invencible, se ha hecho dueño absoluto de mi alma. Fluctuante entre estas olas encontradas, ¿qué debo hacer, señor Magistral?—Dirijir los ojos al cielo: él protege la inocencia, él premia la virtud. Tus dolores son de naturaleza tal, que solo un objeto pudiera calmarlos sobre la tierra; este objeto no existe para tí. Yo he defendido abertamente tu pasion; yo he puesto todos los medios posibles para que no llegase este momento; el Altísimo lo ha querido así. No miremos á lo pasado; aumentará nuestro sentimiento: no dirijamos los ojos á la causa de tus tormentos, es tu madre: acaso se arrepienta; su determinacion sin duda ninguna es hija de un afecto mal entendido. Ocupémonos únicamente en dulcificar tu desgracia.—; Pluguiera á Dios, señor Magistral, que no tuviese la suficiente luz para conocer toda su intension! Si esta fuera hija de la casualidad, prosiguió afectándose, podria sobrellevarla; pero la idea de que mi madre la ha tramado, y nada menos que desde los primeros dias de mi juventud, ¡ah! me hace padecer mucho. ¿Quién me juntó á Renato? ¿quién me enseñó á amarlo? ¿quién protejió mi amor? y ¿quién lo arranca de mi lado?... Esta situacion escepcional, esta agonía tan lenta no es bastante, señor Magistral, para hacerme olvidar los deberes que la Providencia ha impuesto á una hija; pero quiero evitar un segundo sacrificio que me amenaza. Retirarme de una persona á quien adoro, es cruel; pero me ha ob'igado una madre: unirme, pues, á un hombre que aborrezco, no consiento:

descargue el cielo sobre mi su ira. — ¿Qué dices, hija mia? no creas que tu madre intente obligarte á ello. — Sí señor; estoy muy segura: una voz celestial me lo dice, y esto es lo que anhelaba preguntaros. Estoy resuelta á desobedecerla: me haré criminal. — No llegará ese estado. — No importa para que respondais á mi pregunta: mi resolución está formada, debe estar sancionada por el cielo.

» Esta jóven se presentaba superior á sí misma: me tenia anodadado: Su lenguaje no era propio de su edad; y en medio de sus padecimientos brillaba un respeto, un cariño á la autora de su existencia, que yo admiraba.

» En mi opinion, su madre era responsable de todo; y despues de pesadas todas las circunstancias, no incurria Carlota, segun mi juicio, en crimen alguno por desobedecerla en su nuevo propósito; empero este parecer no debia manifestárselo abiertamente, y le concedia tan solo lo que creia indispensable.

— » Si señor, prosiguió con acento que me asustó: aquí teneis la carta del capitan de artilleros, y la sacó de debajo de la almohada; volved á leerla, y vereis en ella como sus planes son los de enlazarme con ese hombre á quien no puedo amar como esposo, y á quien profeso un ódio sin límites como promovedor de los infortunios que esperan y que ya está sufriendo mi Renato. — No lo dudo; pero á vista de los estragos que en ti ha producido este paso, creo que tu madre desista de su empeño. — No: pronto os convencereis de lo contrario. — Quién sabe.... Bien; pero llegado ese momento, señor Magistral, sedme franco, ¿seré culpable si desobedezco á mi madre? — Hija mia, contesté sin poder reprimirme, una madre no tiene derecho á exijir tanto sacrificio de

su hija.—Basta; mi desgracia encontró sus límites: viviré amando á Renato; él me corresponderá desde lejanos países, y ambos nos formaremos un mundo de fantasías, de cuyos soñados placeres nos arrancará una muerte prematura: ¿no nos digisteis á los dos una noche que la felicidad sobre la tierra es una ilusion? pues bien, viviremos en esta ilusion hasta bajar á la tumba.—Carlota, y si mi conciencia me hubiese dictado que el respeto á tu madre te obligaba á suscribir al matrimonio del capitán de artilleros, ¿qué hubieras hecho?—Lo mismo: mi resolucion ya estaba formada: ligada á ese hombre no podia satisfacer los deberes de mi nuevo estado, y me hubiera hecho seguramente acreedora á las iras de la justicia divina: por otra parte, yo juré á Renato ser suya, ¿quién puede obligarme á quebrantar un juramento?...—Pues entonces, ¿por qué me lo preguntas con anhelo?—Por proporcionar á mi espíritu si era posible la indecible tranquilidad que goza con la contestacion que le habeis dado.

Se abrió la puerta del gabinete, y aparecieron el facultativo y la señora de Alpequera. Esta se tiró á los brazos de Carlota: Carlota se deslizo en lágrimas; era la vez primera que se veian madre é hija despues del infausto suceso. Permanecieron largo rato abrazadas, y los sollozos de ambas quedaron confundidos.

Yo me lisonjeé con un cambio de conducta de parte de la madre.

Por fin el médico pulsó á Carlota, y mandó que se vistiera aquella tarde y diese un paseo por el jardín. La señora de Alpequera me saludó con amabilidad, y ella, el médico y yo nos retiramos para que la doncella ayudase á salir de la cama á la señorita. Con placer llegué á persuadirme que en el

corazon de la viuda de Alpequera se habia obrado una revolucion favorable; y contento en extremo y lleno de esperanzas, me retiré á mi casa.»

«Día 18.

» Sabedora Carlota de que hoy no puedo pasar á hacerle la compañía que acostumbro, me dirige con Zoa el siguiente billete: »

«Jueves tres de la tarde.—Mi estimado protector: Ayer á las cinco salí de la cama, donde han quedado sepultados los sucesos mas terribles de mi vida. Cuando me acosté en ella, todavía estaba Renato cerca de Valencia, cuando me levanté ¿dónde estaría?

» Al oscurecer bajé al jardin con la doncella; nada habia variado durante mi enfermedad; las flores tan hermosas, los naranjos con su fruto de grana, la marica á mi lado. Las emociones que este sitio produjera en mi espíritu las puede V. concebir con mas enerjia que yo espresarlas. Para engolfarme abiertamente en ellas mandé á la doncella que se retirase.

» La luna apareció en el Oriente; este astro que tantas veces me habia sorprendido con mi hermano, me encontró sola esta noche; la marica, corriendo entre los aloes y los nopales, pronunciaba el nombre de Renato: su voz traspasaba mi corazon.

» Cuando mas embriagada me hallaba en esta melancolia celeste, en estos placeres de recuerdo, únicos que ya puedo experimentar en el mundo, bajó Juan á llamarme, pues mi madre decia que el relente podia serme nocivo. Al salir del jardin dirijí una

miraba á aquella sepultura de todos los goces de mi infancia.

»Hoy á las diez de la mañana ha entrado en mi gabinete; estaba yo sentada en el alfeizar de la reja oyendo cantar los pájaros del vergel: me ha abrazado con gran cariño, me ha besado con efusion de amor, y dándome muestras de la mayor ternura me ha instado á que me sentase al piano, porque me traia nuevas composiciones que me enviaban de Madrid: ¿quién me las mandaria si á nadie conozco allí? La he suplicado me dispensara: la música desarrolla los mas profundos sentimientos, y es capaz de devorar una alma delicada.

—»Hija mia, me ha dicho sentándose á mi lado; como la mayor satisfaccion de tu madre es verte feliz, y estos dias te encuentras tan abatida, he resuelto para reponer tu salud partir á Niza en este mismo otoño; es el pais mas bello de la Italia, el paraíso de la Europa: allá se ven realizadas todas las fantasías con que la fábula engalana la naturaleza; y sobre aquel suelo privilegiado, y bajo aquel cielo de encantos, muy pronto adquirirán vigor tus nervios, renacerá tu antigua hermosura, y harás los placeres de tu madre que te adora.

»Estas palabras produjeron en mí una sensacion de disgusto que no fui dueña de reprimir, y con un gesto de indiferencia, culpable acaso, le respondí de este modo:—Agradezco mucho, madre, el interés que V. se toma por mi salud; pero si me lo permitiera no saldria de Valencia; para mí es mas hermosa que toda la Italia, y en este reducido jardin encuentro mas delicias que en el paraíso del mundo. Sin embargo, soy vuestra hija y debo obedeceros: viviremos donde querais.—No hija mia, se hará lo que tú gustes; pero el facultativo ha dis-

puesto curarte así, y....—Escúcheme V., madre, le interrumpi; si un tórmo de arsénico cayese á la fuente de nuestro vergel, ¿cómo se manejaría V. para evitar el daño? Mi madre me miró un momento.—Respondedme, madre: estrayendo el veneno de la fuente, ¿no es esto?—Sí.—¿En vano se cansaría en purificar las aguas del arroyo?—Es claro: tras unas saldrían otras siempre inficionadas.—Pues bien, madre, diga V. á ese facultativo que si desea curarme arranque el veneno que me devora sin piedad; y que no se canse en estudiar mis dolencias, ni me moleste con un viaje tan inútil como limpiar las aguas ya esparcidas para acrisolar la fuente.

«Mi madre quedó pasmada: despues de un instante me dijo al marchar:—Tu propia enfermedad te ofusca la razon, hija mia; euando te halles mas aliviada tú misma conocerás lo fructifero que te seria en viaje de esta especie

«Dudo en verdad, señor Magistrál, si el afecto que hoy me manifiesta mi madre es sincero en el fondo, ó si es preludio de alguna nueva tormenta. Dispensadme no sea mas larga: ni escribir puedo; pero disponed siempre del tjerno cariño que os profesa vuestra humilde y servidora—Carlota.»

«Día 19.

«Con esta fecha le dirijo á las once de la noche la siguiente esquila:»

«Recibí, amada Carlota, tu billete de ayer, sobre el que he reflexionado detenidamente. Si fuera una estraña la que te habló, te emitiría mi parecer sobre la conversacion que me trascribes; pero es tu madre y yo su amigo; no quiero aventurar un juicio en asunto tan delicado: esperemos que pase algun

tiempo y que se explique con mayor claridad. Te escribo á estas horas, porque un suceso inesperado, un negocio importante á mi hermano el brigadier, me obliga á ausentarme unos días de Valencia. Mañana temprano tomo la diligencia de Barcelona: despidete en mi nombre de tu madre, y si algun nuevo incidente apremiase mas tu situacion, comunícamelo al punto para correr á aliviarla en lo posible: quedando segura que donde quiera que me halle dirigirá al cielo sus ruegos por tu salud y bienestar, tu apasionado amigo—El Magistral.»

« Octubre 31.

» Mi viaje ha sido mas largo de lo que creia; me ha durado cerca de dos meses y medio: ya tenia cariños de mi huérfana desgraciada: hoy se ha satisfecho el deseo de abrazarla.

» A las tres de la tarde me he apeado en la administracion de diligencias, y á las seis entraba en casa de la señora de Alpequera. Un criado jóven y nuevo ha salido á recibirme, y habiéndole preguntado por las señoras, me ha contestado que la mayor habia salido, y que la señorita estaba en el jardín. Conociendo sin duda que lo miraba con sorpresa, me ha dicho que hacia unos días habia entrado á sustituir á Juan, á quien una ligera enfermedad, agravada por el peso de los años, tenia en cama dando poca esperanza de remedio. ¡ Ya se va hundiendo la primera y ejemplar sociedad de la viuda de Alpequera.

» Penetré en el vergel: Carleta se hallaba sentada bajo una lila: sus manos descansaban en las rodillas, su cabeza estaba reclinada con languidez sobre el tronco del árbol; las lágrimas habian for-

mado dos surcos brillantes en sus pálidas mejillas; el céfiro de la noche ondulaba sus cabellos descuidados; un libro abierto se veía sobre la falda del vestido, y á su lado estaba muerta la marica, compañera de vuestros primeros años.

»Yo miraba á esta jóven con un respeto aumentado por el silencio mágico en que reposaba la naturaleza: un cielo azul donde se reflejaban los últimos rayos del sol Poniente servían de dosel á ésta imájen del dolor en la agonía.

»El ruido que mis pasos hacían en la arena del paseo no bastó á despertarla del parasismo: cuando mi voz hirió sus oídos, lanzó un grito de sorpresa y fue á levantarse, pero se lo impedi sentándome á su lado. Me anegó la mano en lágrimas, y mi admiración llegó á su colmo al contemplarla de cerca.

»El infortunio reprimido en su corazón que devora un amor funesto, y aumentado por la naturaleza misma de sus desgracias, ha cambiado completamente el aspecto físico de esta jóven. No es ya Carlota aquella niña de aire esbelto, de cutis lustroso, de rosadas mejillas, de ojos animados, de mirar penetrante, no es, en fin, aquella criatura que por todas partes derramaba animación; hoy está melancólica, pálida, sus tímidos ojos apenas se levantan del suelo, sus párpados los cubren con frecuencia, sus movimientos son todos de disgusto, en resumen, su presencia es la de una vida cansada luchando con los primeros impulsos de la muerte.

—«¿Por qué lloras? le pregunté conmovido.— ¡Qué otra cosa puedo hacer ya que llorar! ¡qué otra compañía he tenido mientras os habéis hallado forastero que las lágrimas de mi dolor y una sombra de la pasada felicidad!—Armáte de fortaleza y resignate, hija mía; todos los disgustos tienen fin en

este mundo.—Los míos lo encontrarán en la muerte: ¿no veis que hasta la naturaleza conspira contra mí? Juan, á cuya existencia se hallan unidos para la infeliz Carlota recuerdos de placer, está en momentos de espirar, y le ha sustituido un nuevo criado que desprecia mi jardín: ¿no veis todo qué descuidado? los aciratos llenos de piedras, los paseos sin arena, los naranjos cubiertos de yerba, la gruta medio arruinada, y hasta la marica, este inocente pajarillo que hace dos días andaba mantudo, lo he bajado hoy á tomar el sol y ver si se alegraba con las flores donde tanto tiempo ha corrido... pero se ha muerto el pobrecillo en mi regazo. ¿Qué nos resta ya de aquellos días en que érais nuestro maestro?... nada: Renato ¿vive aun?—Sí, hija mia, aun vive.—Dios quiera que sea mas feliz que Carlota.—Cómo ha de serlo abandonado de todos...—¿De todos?—Sí, hija mia.—Hacedme mas justicia, señor Magistral.—Bien; seguro estoy que tú no lo has olvidado; pero tu cariño acaso sirva únicamente para aumentar sus penas.—¡Cómo ha de ser!—Resignacion. Carlota, sigue los pasos del paciente Job.—¿Os ha escrito?—Todavía no.

»Carlota dió un suspiro y volvió á tomar maquinalmente el libro que se habia caído al suelo.—¿Qué libro es ese?—Uno que toca mi alma muy de cerca, pues está escrito para mi situacion.—¿Su título?—PABLO Y VIRGINIA. Cuando os habeis llegado á mí, acababa de leer estas palabras que me han penetrado el corazon, y con las cuales Mad. de Lattour quiere calmar los dolores de su hija Virginia: «Dirijete á Dios, hija mia, le dice, que es quien dispone á su arbitrio de la salud y de la vida de los mortales, y quieré experimentar hoy tu constancia para premiarla mañana: acuérdate que no hemos

venido á este mundo sino para ejercitar la virtud.» —Palabras de consuelo que Seint-Pierre pone en boca de esa respetable señora para estimular á la paciencia á cuantas infelices se hallen en estado semejante. — ¡Oh Dios mio.... Dios mio! señor Magistrat; Virginia era desgraciada; pero en medio de la desgracia debia encontrar un placer: su madre empleaba todas las reflexiones, todos los medios que le eran posibles para aliviar la suerte de su hija: la mia ¡por el contrario! ella es quien ha fraguado mi infortunio, y mientras habeis estado ausente se ha complacido en hacerme padecer. — ¿Ha insistido en sus proyectos? ¿Te ha manifestado claramente sus deseos? — Del modo menos considerado: una noche bajó á mi gabinete y me dijo con semblante de furor: «Es necesario, Carlota, que destierres ya las ilusiones de la niñez que tanto daño te causan; es necesario que mires tu porvenir de un modo serio; y pues que te se ofrece la brillante proporcion de un capitán de artilleros, sobrino del duque de Leventeamor, decano de la diputacion de la grandeza de España, es necesario, repito, que no hagas la tonta: te hablo de este modo y sin prevenirme antes, porque sé que leiste aquella carta que á una niña menos insensata hubiera llenado de alegría: y ten entendido, Carlota, que tu conducta en estos últimos dias ha sido bastante á promover mi enfado; yo te he hablado con la amabilidad de una madre cariñosa, y me has respondido con una indiferencia que rayaba en desprecio; yo he tratado de conducirte á Niza con el único objeto de distraerte y reponer tu salud, y te has negado; te presento la mano de un capitán de artilleros, joven gallardo, de ilustre familia, apasionado de tí con delirio, y nos desairas á ambos abiertamente: ¿qué piensas

hacer? ¿de qué proviene semejante obcecación?»

—» Qué contestaste, hija mia, le dije sorprendido, á estas preguntas tan estrañas al carácter antiguo de tu madre?

—» No creais que me aterrè: me es ya todo indiferente; así es que con aire tranquilo le respondí: sois mi madre, soy vuestra hija; llevadme á Niza, á Nápoles, donde se os antoje: el sacrificio á que me habeis sometido ha embotado mi sensibilidad...— ¿De qué sacrificio hablas?—No sé; acaso vos podais responderos mejor que yo: haced de mí, iba á decir, lo que mejor os parezca; pero casarme con el capitán de artilleros es imposible.—¿Qué dices? gritó levantándose del asiento.—No os alarmeis, madre: mi corazón no puede ser suyo, es de otro.—¿De quién? exclamó furiosa y derramando cólera por los ojos.—Lo ignoro.—Tu alma se halla pervertida, tú insultas á tu madre.—Perdonadme.—Hija detestable, conozco tus pésimos sentimientos; leo todos tus deseos; pero acuérdate de lo que te digo: aunque el cielo se junto con la tierra no te unirás á Renato; fuerzas tengo para impedirlo.

» Y salió de la habitacion dando tras sí un fuerte portazo.

» Presenció esta escena con una serenidad tan indolente, que yo misma me admiraba. Ya todo pasa por mí desapercibido; ya no tengo apego al mundo; mi existencia es de recuerdos; y si alguna vez creo gozar los placeres de la esperanza, se hunde este alhagüeno presentimiento en el abismo de mis desgracias.

» Yo la consolé empleando todos los medios que á mis alcances estuvieron; yo le he hablado de la misericordia de Dios, todo es inútil, todo lo mira con una indiferencia que me es muy temible. Carlota

es un mar de aparente calma, en cuyo seno se está fraguando una tempestad horrorosa: ¡plegue al Altísimo amparar á esa desgraciada, y alumbrar el entendimiento ofuscado de su madre! Mis cortas oraciones versan sobre este objeto; y si mis preces son dignas de llegar al cielo, no dudo que una ráfaga de la bondad divina calmará algun día nuestros padecimientos.

» Por largo rato estuvimos ocupados Carlota y yo en esta conversacion, de que nada nuevo puedo decirte. Una noche placentera nos habia cubierto con su oscuridad sin casi advertirlo; y al punto que nos dirijiamos á casa, llegó en mi busca el nuevo criado en nombre de la señora de Alpequera. No dejó de admirarme, porque dicha señora evitaba mi encuentro desde la conferencia que con ella sostuve el día antes de marchar tú de Valencia: ¡día aciago para todos, y sobremanera para la infeliz Carlota que á nuestra presencia se marchita como la tierna flor á quien se arranca del arroyo que la alimentaba.

» Me vi, pues, con su madre, y me dijo que el día siguiente deseaba oír mi opinion sobre un asunto que me iba á consultar. ¡Qué ideas tan lisonjeras se ofrecieron á mi mente! ¡Habria variado de conducta aquella señora?...

» Esta carta, amigo mio, se ha prolongado mas de lo que yo deseaba, y voy á cerrarla, porque te supongo impaciente por tener noticias nuestras: no me ha parecido oportuno decir á Carlota que te escribia, pues en su delicada situacion temo producir cualquiera impresion fuerte. Los dos sois muy desgraciados en la actualidad, lo creo; pero, hijo mio, paciencia: hay un Dios eterno y justo que premia la virtud: el paralítico de la piscina creyó en sus mise-

ricordias; á los cuarenta años de lenta agonía cargó al hombro con su propia cama. ¿Quién lee en el libro del porvenir?

»Adios, Renato: tan pronto como reúna materiales para una nueva carta, que ojalá sean mas alhagüenos que los de la presente, volverá á dirigirte su pluma tu amante padre y verdadero amigo —El Magistral.»

El jóven Levarden dobló el papel y suspiró profundamente. Luego prosiguió conmovido:

—En medio de la corte, en medio de sus delicias, los únicos momentos en que gocé algun a isvo de placer fueron los que dediqué á la lectura de esta carta.

Creia entonces, como llevo dicho, hallarme en el jardin de Carlota, creia ver sus floridos naranjos y aun disfrutar sus aromas; me parecia escuchar la voz amiga y respetable del señor Magistral, me parecia estar en compañía de mi querida hermana.... Cuando retiraba los ojos de esta carta, cuando en mi loco delirio iba á tender mi vista por aquellos objetos que moraban en mi fantasia, y se estrellaba contra las paredes del miserable sotabanco de una patrona, pasaba de un sueño placentero á una realidad árida y terrible: mi alma parecia huir del cuerpo. Me disponia anheloso á contestar al señor Magistral, cuando nos sacaron de Madrid, y con la vida agitada que hemos sufrido últimamente, no he podido verificarlo aun con la amplitud que yo deseaba.

Ya conocéis mi vida, amigos mios; ya teneis un motivo para compadeceros de mí..... exclamó con amargura.

Los dos oficiales le manifestaron su interés, y conmovidos los tres se retiraron dormir.

La mañana siguiente salía del Plá del Pou la columna del coronel Cobos. Renato Levarden marchaba todavía en su compañía, mas para abandonarla antes de llegar á Valencia; cuando al dar vista á la venta del Pou el ejército desprevénido carga sobre él de improviso la division de Cabrera apostada en las cuevas y barrancos, y en pocos instantes de refriega desbarata aquella gran masa sorprendida. La caballería de Isabel huye arrollando en su fuga la infantería; el campo queda cubierto de cadáveres; y todos los oficiales, jóvenes del país recientemente salidos del colegio la mayor parte, son hechos prisioneros.

El vencedor, orgulloso con su triunfo, quiere celebrar el día de su Rey; pero quiere celebrarlo del modo mas espantoso; quiere celebrarlo salpicando de sangre inocente los manteles de la orgía.

Elegan á la colina ya descrita, situada entre Burjasot y Valencia; plantan allí sus reales; levantan en la cumbre del promontorio las mesas del bacanal, y en una de sus laderas, frente por frente á la ciudad, frente por frente á sus madres que los llaman con los brazos abiertos, son colocados con centinelas de vista los infelices prisioneros.

Ya los hemos visto al principio de la narracion.

Dos horas llevaban en tal estado, gimiendo cada uno bajo sus propios sentimientos; dos horas de la mas cruel agonía.... cuando en medio del banquete resuena el grito de—¡ Viva Carlos V.!..

Y á este grito terrible.... grito espantoso.... señal de muerte que sujiere el infierno, se levantan ruiendo los crapulosos vencedores del Plá del Pou; y anhelando coronar cuanto antes su festin con el sacrificio de cien víctimas indefensas, se dejan caer cual tigres hambrientos del cúspide de la colina, y

en medio de los aullidos de furor que exhalan, y á la presencia misma de la ciudad, cuyas torres y azoteas aparecen cubiertas de gente, son fusilados en grupos aquellos malaventurados prisioneros.

Las terribles detonaciones que cortan la vida á los hijos de tantas nobles familias se oyen desde Valencia, resuenan en todos los oídos de la comarca, y de corazon en corazon los conduce un eco pavoroso por la Europa entera.

No se contentan los verdugos con el crimen perpetrado; desean immortalizar su hazaña: recogen los cuerpos desangrados de los cadáveres y erigen con ellos una pirámide de cuyo centro parece oírse todavía los últimos gemidos del moribundo... corre, danza y grita aquella orda de salvajes en torno de este monumento, que aunque pequeño en la forma, llega su cúspide á la mansion del Eterno; pirámide mas célebre que las edificadas por Faraon en Egipto; pirámide que aunque de construccion débil, será eterna en las páginas de la historia; pirámide que al través de los siglos mirarán con respeto las generaciones venideras.

Los brindis de los gefes se confunden con las risas del soldado, y aun insultan desalmadamente el pálido eadáver que sirve de cimiento al de su hermano. ¡Miserables.... obcecados! el Dios de las justicias escribe vuestras acciones desde el cielo!...

VII.

La noche se habia apoderado de este espectáculo; pero las tinieblas mas profundas no son bastantes á ocultarlo en su seno. Una luna pálida se asoma medrosa en el horizonte azul del mar; los soldados duermen diseminados en la floresta; la pirámide se remonta misteriosa en aquella soledad; destaca su sombra en un lago de sangre que gota á gota se desprende de su cúspide, y los vapores que exhala suben lentamente al trono del Altísimo. Nada dá muestras de vida en sus contornos: ¡todo ha muerto! y en este fatidico silencio parece oirse la terrible voz del Criador, que cual en otro tiempo el asesino de Abel, dice al autor de este crimen nefando: «¿Qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra.» (1) Nadie responde.

Pero dejemos el campo del dolor y dirijámonos á Valencia: las puertas están cerradas, los faroles apagados, las calles abandonadas; aterrados sus habitantes yacen en sueño medroso, y el «alerta...» del centinela es lo único que dá señales de vida en

(1) ¿Quid fecisti? vox sanguinis fratris tui, clamat ad me de terra.
— *Genesis*.—Cap. IV, Salmo 10.

tan populosa ciudad.... me equivoco, al través de los árboles de un jardin se descubre una luz: observémosla; una reja baja donde se aglomeran mil flores permite distinguir un gabinete bien adornado.

Una joven de veinte años, alta y de pálido semblante está arrodillada ante la imájen de la Purísima Concepcion de María: sus ojos clavados en la esfigie derraman lágrimas que caen hasta el suelo; sus manos cruzadas sobre el corazon, y los sollozos que hacen palpar su pecho revelan en ella un recogimiento, un fervor celestial.

Solo una situacion rara, eminente, puede arrancar del lecho á tales horas una jóven en la primavera de su vida; solo una inspiracion divina puede hacerle despreciar los placeres del descanso, las delicias de una noche serena entre las flores que la saludan, para incarse de rodillas ante la imájen de la Madre de Cristo.

Está inmóvil; sus entreabiertos labios no pronuncian espresion alguna; sus negras pupilas permanecen fijas en el rostro de Maria.

La pavesa de la bujía, agitada por el céfiro que penetra del jardin, ya esparce una ráfaga de claridad sobre el semblante de la jóven, ó ya estingue la luz dejando por intervalos la habitacion en una oscuridad imponente.... misteriosa.

En el reloj de una parroquia vecina suenan las doce. Se aumentan las lágrimas de esta criatura, crecen los sollozos, levanta los brazos al cielo, y con el acento del dolor y la resolucion mas completa, articula las siguientes frases: «Llegó la hora, Purísima Concepcion, os lo pido por la sangre derramada de vuestro Hijo: sédme propicia, amparo de los aflijidos.» Aquella jóven se levanta, enjuga su llanto y cierra las ventanas de la reja. Por las juntas

de los ventanillos aun se percibe el último fulgor de una luz vacilante.

Volvamos á la campiña de la desolacion.

En medio de la monotonía de la muerte ha llegado la luna á su mayor altura: ya no dibuja su sombra la inmortal pirámide, porque el astro de la noche en su apogeo dirige sus rayos perpendiculares; empero se ven con claridad los semblantes lívidos de los cadáveres. Este catafalco, aunque plantado en un campo solitario; es acompañado por la memoria de todos los españoles: no necesita cirios, porque le alumbran los astros del firmamento.

Mil sombras negras atraviesan la atmósfera; son multitud de buitres que atraídos por el olor de la carne muerta, vuelan por el aire sin atreverse á caer sobre la presa,

Escuchemos: un ruido lento y pausado interrumpe la calma del gran cementerio: á lo lejos se descubre un ser animado envuelto en un sudario blanco que con aire abatido dirige sus pasos hácia el lago de sangre.

—¿Quién es este fantasma que abandona las comodidades de un lecho tranquilo? ¿es acaso la justicia divina que viene á juzgar ya el crimen y la inocencia?...

Al acercarse al gran holocausto, retrocede involuntariamente, dá un profundo suspiro y queda inmóvil. Pasado un instante recobra sus fuerzas, marcha con movimientos tímidos, se acerca y se hinea de rodillas ante aquel promontorio de cadáveres. Una de las nubes que vagan por el aire cubre la luna; la naturaleza queda sumergida en las mas espesas tinieblas.

Aquel fantasma permanece dos minutos fijo como una estatua: luego, con la voz mas agitada y dulce

de una mujer, recita las primeras estrofas del *Misere-
rere*. Cuando sus labios pronuncian el *tibi soli pecavi*,
un sordo gemido lanzado á su espalda la despierta
del éxtasis religioso en que ha caído.

— ¡Quién, quién está ahí! pregunta alarmada y
volviendo la cabeza.

— Un infeliz soldado, contesta el estinguido eco
de un moribundo.

La jóven se levanta, cubre su rostro con el su-
dario, y se dirige al sitio donde ha oído los lúgubres
lamentos; no bien ha andado ocho pasos, cuando
siente pisar un cuerpo humano tirado en la frondosa
yerba de una ribacera. Ella se sorprende; él exhala
un suspiro de consuelo.

— ¿Quién sois vos que á tales horas os encontrais
en el lugar del dolor?

— Soy una desgraciada que aborrecida de los vi-
vos viene á buscar consuelo entre los muertos.

— Prestadme vuestra proteccion, si os compade-
ceis de un moribundo.

— Ojalá que con mi apoyo pudiérais volver á la
vida.

— La aborrezco : solo deseo vivir diez horas.

La desconocida lo asió de la mano ; mas cómo él
estaba débil por la desanguificacion y las fuerzas de
ella fueran escasas, al emplearlas para levantar un
cuerpo casi inerte, desfalecieron del todo y caye-
ron ambos en un pozo de sangre.

— ¡ Señor !... gritó la disfrazada derramando tor-
rentes de lágrimas; infundid valor en esta débil mu-
jer para socorrer la desgracia.

Las nubes que oscurecian la luna corrieron im-
pelidas por un céfiro sutil, y este astro difundió
una luz pálida sobre aquella escena de espanto y de
terror.

Ella se incorpora, fija involuntariamente la vista en el semblante del herido que tenía á sus pies; le mira con atencion; vuelve á mirarlo asombrada; se le acerca de nuevo, y acaba por distinguir en aquel lívido rostro unas facciones demasiado conocidas.

—El es.... ¡Renato! esclama sobrecogida, y cae sin sentido.

—Cielos.... esa voz.... sabe mi nombre.... será posible....

Y rehaciéndose el herido cuanto le permite su fatal estado, levanta la parte del sudario que cubre la frente de aquella mujer.

—No hay duda, es ella. ¡Carlota!... y hace un esfuerzo inútil por levantarse.

—Renato!.. balbucea Carlota saliendo del desmayo.

—Se cumplieron mis deseos... venga la muerte cuando quiera.

—Y cójame á tu lado.

Estos gritos lanzados en medio de la noche y en el silencio de un campo cubierto de cadáveres, cunden sin obstáculo en todas direcciones, y llegan á despertar algunos militares facciosos que duermen á distancia. Se aperciben del ruido, y cual los torrentes impetuosos que tras un fuerte aguacero se desploman de las montañas, bajan corriendo ocho soldados precedidos de un capitán con sable en mano, ansiosos quizá de acabar la víctima que un descuido haya librado. A pesar de la ferocidad que impele sus movimientos, quedan estáticos un momento al contemplar de cerca la pirámide siempre quieta, siempre inmóvil, cortando con su cúspide el aire infestado por los vapores de la sangre. Buscan la causa del ruido, y se dirijen á nuestros malhadados jóvenes, ocultos casi, por los crecidos matorrales de la yerba.

—Fusiladlos, manda el capitan; pero el eco de Carlota lo detiene.

—¡Es mujer! vuelve á esclamar el mismo.

—Sí, piedad.... piedad! soy una infortunada que vengo á socorrer á este desgraciado.

—¿Quién eres tú? ¿qué derecho tienes para pedir por un hombre que debia estar muerto?

—¡Perdon! es mi hermano; es mi Renato; soy su Carlota....

—Renato dices.... Carlota.... esa voz.... es creíble.... no, no eres su hermana, eres la mia....

Y se arrojó á sus brazos.

—Yo soy Manuel.

—¡Dios mio! Manuel...

—¡Carlota.... Renato!...

Manuel hizo retirarse á los ocho militares que lo acompañaban, los que retrocedieron con torba mirada y sañudo ceño al ver que marchaban sin ensangrentar de nuevo sus bayonetas.

—Esto es un delirio, prosiguió el capitan; yo no doy crédito á lo que veo: no puedo persuadirme, hermana mia, que te halles en este lugar.

—No lo extraño, Manuel; pero si tú hubieras pronunciado un juramento ¿lo cumplirias?

—A costa de mi vida.

—Pues bien; yo juré solemnemente una noche en nuestro jardin cerrar los párpados de Renato aunque á su muerte me separase de él un mundo impenetrable: ¿te acuerdas? continuó dirigiéndose á este.

—Me acuerdo, contestó con voz conmovida.

—Esta noche me disponia á cumplir mi juramento.

—¡Infeliz! dijo Manuel poniendo el brazo derecho sobre el hombro derecho de su hermana; ¡lo que puede el amor de una mujer!

—Cuando la virtud es su norma, respondió Carlota dejándose caer sobre Manuel.

Renato permanecía envuelto en su sangre: Carlota y Manuel tomaban medidas para incorporarlo con su menor incomodidad, al tiempo que llamó su atención un grupo animado que á cierta distancia se percibía en el camino de Valencia.

—¿Qué es aquello? preguntó Carlota nuevamente alarmada.

—Parece gente, contestó Manuel.

Renato apenas podía hablar, y si pronto no se le cubrían las heridas, su vida estaba en un riesgo muy grande.

—Escuchemos, prosiguió Manuel.

—Serán valencianos que vienen á inspeccionar el campo, contestó Carlota.

El grupo, aunque con temor, se acercó á ellos hasta dejar oír su conversacion.

—No se vé nada, decia uno; solo el monton de muertos, que está imponente.

—Manuel, Manuel, murmuró Carlota azorada: ¿conoces esa voz?

—Yo.... no por cierto.

—¿Y tú, Renato? volvió á preguntar.

—Sí, sí, la conozco, y dió un suspiro: es la del antiguo criado Juan.

—Voy á verlos, repuso Carlota echando á andar.

—No, respondió Manuel deteniéndola; yo les saldré al encuentro.

Al distinguir los emisarios un hombre en uniforme de carlista, se alborotaron sobremanera; pero Manuel los tranquilizó diciendo:

—No temas, Juan: yo te entregaré la persona á quien buscas, y otras que no esperas encontrar; yo

soy tu señorito Manuel: Carlota está á mi lado y Renato vive todavía.

Juan, seguido de cuatro robustos jóvenes, se acercó á Manuel. Un cariño sin límites hácia sus amos le habia hecho marchar al campo de las venganzas, superando todo temor y arrastrando el peso de ochenta y cuatro años de edad. Manuel le presentó á Carlota y Renato.

Cuáles fueran sus emociones recíprocas al reconocerse, el lector sensible las podrá concebir.

Al cuarto de hora, reclinado Renato en una especie de hamaca de ramas y hojas secas, y cubierto con la sábana que habia servido de disfraz á Carlota, era levantado en hombros de los cuatro jóvenes: Juan estaba detrás y su señorita al lado. Cuando todos se disponian á romper la marcha, exclamó Manuel abrazando á su hermana con ternura:

—Adios, amigos míos, adios.

—¿Dónde vas? gritaron sorprendidos Carlota y Renato.

—No puedo acompañaros: si fuera á Valencia me fusilarían: estoy sentenciado á muerte.

—Por Dios, Manuel...

—No sé qué revolucion habeis obrado en mi espíritu. Esta tarde miraba con indiferencia ese golfo de sangre, ese escollo de cadáveres: despues que os he visto, esa misma sangre, esos mismos cuerpos me hacen temblar, me causan horror.

—Calla, hermano mio, calla y no nos abandonas, gritó Carlota llorando y asiendo del brazo á Manuel.

—Querida Carlota, suéltame; no aumentes mis sufrimientos. Idos: llevad á mi mamá mi corazón; decidle que perdone mis extravíos; que esta noche mismo arrojaré la espada y que mañana partiré sin

falta á lejanos países donde espie las locuras de m juventud. Andad con Dios, hermanos.

Y se perdió en la oscuridad.

Cuando esta caravana entraba por las puertas de Alpequera ya se pintaba el rosicler de la Aurora en las veletas de las torres de Valencia. Dejémosles descansar en el vestíbulo, y dirijamos una mirada á la habitacion de la madre de Carlota.

Alumbrada por la ténue luz de un quinqué al apagarse, presentaban un aspecto sombrío todos los objetos que habia en derredor. La señora de Alpequera estaba en cama con principios de un fuerte delirio; á su cabecera se hallaba el médico, á sus pies el Magistral.

—Qué resolucion tan extraordinaria en una jóven, dijo el facultativo á media voz.

—A mí no me admira, contestó el Magistral en el mismo tono, porque la conozco bien: es un ángel; pero si una pasion violenta se reprime en ella, es capaz de cualquier cosa. Hace tiempo que la vida le es indiferente; que todo lo mira con desprecio, y me temia con harto fundamento un desenlace de esta especie.

—Y ¿cómo ha sido descubrirse el punto á donde ha ido?

—Por una casualidad: la doncella ha oido ruido á media noche en su dormitorio: ha bajado y lo hai encontrado solo: ha alborotado la casa, ha salido á preguntar á los centinelas, y el de la puerta de Serranos ha dicho, que á lo lejos y entre la espesura de la campiña ha visto un objeto blanco que se dirijia á Burjasot.

—¿Será ella?

—Es creible, porque falta una de las sábanas de su cama. Cuatro criados han salido en su busca, y el anciano Juan se ha empeñado en acompañarlos.

—Ya tardan.

—Dios dirija sus pasos.

La señora de Alpequera, en medio del estupor de una fiebre cerrada, pronunció las siguientes palabras:

—Carlota, hija mia, vuelve á los brazos de tu madre; yo soy la responsable.

En este momento se abrió la puerta y apareció Juan tan agitado, que no podía hablar.

—¿La habeis encontrado? gritaron á un tiempo el médico y el Magistral lanzándose de la alcoba.

Juan trató de responder, pero el sobresalto no se lo permitía.

—Ahí.... ahí bajo.... Y tuvo que sentarse y respirar con fuerza. Ahí bajo estan Carlota y Renato herido.

El médico y el Magistral, impelidos por noticia tan inesperada, corrieron escaleras abajo con la velocidad del rayo. La señora de Alpequera brincó de la cama, se asomó á la puerta de la habitacion, é indudablemente hubiera llegado al vestibulo si no la detiene una doncella diciéndole que ya subian.

En efecto, los hermanos perdidos fueron introducidos en el gabinete. ¿Qué sucedió en aquel momento? El desarrollo mas completo de todas las emociones del corazon humano. El llanto, la alegría, la admiracion, la sorpresa, los sollozos, los gritos, los abrazos; todos los caractéres de un placer exabrupto y excesivo se confundieron en este gabinete aquella noche. En medio de esta alharaca, y satisfechos los primeros é invencibles impulsos del ánimo, fue acostado Renato en el dormitorio de su dulce infancia; y por órden del médico se llamó á toda prisa un cirujano que lo curase.

Carlota estaba mas triste y distraida que nunca.

VIII.

Ocho dias habian trascurrido despues de la noche arcano de tales sucesos; durante este tiempo no se habia separado Carlota un instante de la cacerera de Renato, prodigándole incansable la asistencia mas asidua, los mas tiernos cuidados.

A nuestro enfermo le bastó para la mas pronta curacion la vista de su antiguo gabinete, la compañía de su maestro, de su protector el señor Magistral, la amabilidad de la señora de Alpequera, y las tan cariñosas como lánguidas miradas que á cada momento recibia de los ojos de su querida hermana; ambrosia celeste, bálsamo eficaz para un corazon por largo tiempo aflijido.

Asi como una revolucion cambia enteramente las ideas de un siglo, un suceso grande hace variar la opinion de una porsona.

Las escenas tan sangrientas representadas en Burjasot, y el arranque de Carlota que las enlazó con la señora de Alpequera, dieron una vuelta á su ánimo y lo presentaron con aquella ternura, con aquella sinceridad, con aquel cariño escesivo para sus hijos que tan ejemplar la hacian en los primeros años de su viudez. El cielo por medio de este aviso

:

habia abierto los ojos de dicha señora. Semejante suceso fue muy ruidoso para dejar de ser el objeto de las conversaciones de los saraos, de las tabernas de Valencia; y la sociedad, que considerada en masa siempre vé las cosas conforme á sus deseos, ya se ocupaba en los grandes conciertos que habian de solemnizar las bodas de los hijos de Alpequera.

Este dia era para dicha familia dia de placer; los cirujanos habiau declarado que las dos heridas de Renato estaban perfectamente cicatrizadas; que se hallaba en disposicion de levantarse por la tarde y, aunque con moderacion, hacer algo de ejercicio,

Esta y cualquiera otra noticia alhagüena que en toda la casa producía un contento general, arrancaba suspiros del pecho de Carlota, lágrimas abrasadoras de sus ojos.

Eran las seis de la tarde, cuando el Magistral, la señora de Alpequera y Renato penetraban con paso lento en el jardin.

El descuido en que esta bella floresta habia caído la hacian mas amena por admirarse en ella las galas de una naturaleza libre. Yerba de flexibles tallos abrazaba el dorado fruto de los naranjos, y la enredadora zarzaparrilla de la gruta, medio hundida, se habia encaramado hasta la cima de los ancianos cipreses.

Las flores de este vergel exhalaban de su cáliz recuerdos de dulce melancolía para Renato y Carlota, que en medio de su madre y el Magistral se habian sentado en un poyo á disfrutar los encantos de una tarde de primavera, bajo un cielo benigno esmaltado de rizadas nubes.

Renato corrió la vista por estos sitios que tanto le decian en su silencio; Carlota la fijó con intencion en un ángulo de la muralla donde con mas

fuerza se agrupaban las guirnalda de yedra. Aquel era el punto por donde huyó de casa la noche en que un amor frenético guió sus pasos al gran holocausto de Burjasot.

¿Podían llamarse completamente felices estas cuatro personas?... No: sentían la ausencia de Manuel; pero en su placentera situación se ofrecía la suerte de aquel joven, cual verdadero reflejo de un tenue vapor que solo algunos instantes oscurece los rayos del sol claro.

—Hijos míos, dijo el Magistral uniendo las manos de Carlota y Renato, dad gracias al Todopoderoso, que padre de las misericordias, se compadece ya de vosotros, premia el valor que en la desgracia habeis manifestado, hace reconocer su error á vuestra madre, y os enseña el semblante alhagüeño de la felicidad.

Renato no podía ocultar su gozo: Carlota se echó á llorar abiertamente.

¿Eran hijas estas lágrimas del placer sin límites que en su sensible corazón producía esta esperanza? ¿Del rubor que en su delicadeza ocasionaba el paseo á Burjasot?... ¿ó de un íntimo convencimiento de que su madre no podía acceder á sus deseos?....

Tales reflexiones asaltaron el espíritu del señor Magistral. La señora de Alpequera la estrechó en su regazo: Renato la contemplaba sin soltar su mano.

—Depon el llanto, hija mía, le decía su madre dándole muestras de la mayor ternura: el extravío va unido á nuestro fragil naturaleza; todos estamos espuestos á deslizarnos en este mundo; y el mío hubiera sido muy trascendental, lo conozco, si el Omnipotente no hubiese conservado por un milagro



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

la vida de Renato. Pero olvidemos este pasado de dolor y acudamos al presente: nos hallamos reunidas las cuatro personas que han formado mi única sociedad desde la muerte de vuestro padre; y vosotros, á quienes hemos visto en los inocentes juegos de la adolescencia, vais á ser unidos por la bendición de un sacerdote: recibid la mía con anticipación; vuelve á llamarme madre, querido Renato: ningún suceso infausto te lo impedirá en lo sucesivo, y á tu amor, á tus nobles cualidades entrego mi hija, único tesoro que aprecio, para que labres su felicidad.

Este jóven fue á arrodillarse embriagado en gozo ante la madre de Carlota; pero lo detuvo la sorpresa que en él, como en todos, produjeron las palabras de la última, que con voz abatida dijo al señor Magistral:

—Escuchadme un momento, señor: con permiso de mi madre y de Renato quiero hablaros aparte un instante.

Asunto misterioso sería el de aquella niña, cuando para confiarlo á un consejero se apartaba de personas tan apreciadas. Era la vez primera que guardaba secreto á su hermano. Este y la señora de Alpequera quedaron algún tanto sorprendidos; pero lo atribuyeron luego á inocentadas propias de su carácter particular. Tan pronto como quedaron solos:

—Renato, le dijo su futura madre, cada vez que reflexiono me parece mas imposible que te hayas librado de las manos del enemigo.

—Ha sido una gran casualidad, señora: fui del último grupo á que dispararon: al golpe de la bala caí sobre una hondonada cubierta de yerba; ocupados los feroces tigres en acabar á bayonetazos

los desgraciados heridos, no llegaron á descubrirme. Lo sucedido en la noche.... ya lo sabeis: á Manuel debemos Carlota y yo la vida.

— ¡Hijo mio!...

— Llegó á conmoverse hasta el corazón.

— Lo creo: no hablemos de él: me aflijo cada vez que lo recuerdo. El Todopoderoso, volviendo á la conversacion, te ha sacado de la muerte con un rasgo de su poder; este hecho ha cambiado mi opinion: precisamente te tenia reservado para mi hija, y en este concepto debeis ser muy felices.

— Señora, respondió Renato con enagenamiento, si un cariño puro, verdadero, profundo, hace la felicidad de un matrimonio, os lo juró con orgullo, seremos muy dichosos.

La señora de Alpequera se sonrió con satisfaccion.

A este tiempo ya han llegado el Magistral y su discípula al gabinete: escuchemos su conversacion desde el principio.

El primero se ha sentado en el sofá y Carlota á su lado.

— Vaya, hija mia, comienza por decirle, ¿qué tienes que comunicarme? ¡Qué momentos tan diferentes estos de aquellos en que mandé te acostaran la noche que huyó Renato!

— Señor, no traigais aquel instante á la memoria, respondió Carlota con voz afligida.

— En la época de felicidad se goza doblemente recordando nuestros días de infortunio.

— No han acabado para mí.

— ¿Qué dices?

— Que soy muy degraciada. Y dió un suspiro.

— Por Dios, hija: ¿qué mal puede afligirte en la actualidad? hoy se hacen verdaderas las ilusiones

de tu infancia; lo que mas despues has visto perdido se realiza hoy: tu madre, que se oponia á tus deseos, hoy acude á ellos gustosa, hoy los protege con alegría: por medio del milagro con que ha sido salvado Renato de las garras de la muerte, te anuncia el Altísimo las delicias que vas á disfrutar en esta vida.

—No; lo mucho que cuesta conseguir el cielo.

—Disipa, hija mia, esas dudas que te martirizan.

—No son dudas, Dios lo sabe.

—Y sin fundamento. Tu madre tal vez proyecta ya el plan de tu matrimonio; mírala al través de los árboles hablando alegremente con tu próximo esposo.

—Imposible, exclamó Carlota con despecho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Renato no puede ser mi esposo.

—Cómo..... ¿qué desgracia tan inesperada nos amenaza?

—Terrib'e. Todavía no me habeis dejado confiaros un secreto que reprimido en mi corazon hace algunos dias, me despedaza el alma.

—Sí.... sí, habla pronto.

—Escuchadme: vos sabeis el estado de abyeccion en que caí desde que marchó Renato; vos sabeis que el mundo desde entonces era indiferente para mí. Cuando en la lista de los prisioneros del Plá del Pou lei su nombre ofrecí un sacrificio al Altísimo; cuando supe que los habian fusilado en Burjasot, lo consumé. Aquella misma noche, en esta misma habitacion, arrodillada ante esa divina imágen, hice voto de virginidad.

—¿Qué dices! gritó el Magistral asombrado.

—Sí, continuó Carlota sollozando; aborrecida de mi madre como entonces me veia, roto el lazo que

me unia al mundo, juré á Cristo, ante la efígie de su Madre, cerrarme para siempre en el convento mas miserable de Valencia, acabar mis dias entre las religiosas de Ntra Sra. de Belen.

—¡Desgraciada! murmuró el Magistral levantándose pálido como un difunto; ¡desgraciada criatura!

—¿Se han efectuado mis ilusiones? ¿se han hecho realidades mis quimeras?... preguntó Carlota, al paso que una amarga sonrisa daba á las facciones de su rostro cierta contraccion de indefinible terror.

—Y ¿no hay algun medio de alzarle el voto? ¿no lo basaste sobre alguna condicion?

—«Señora, digo á esa imágen con la sinceridad y deseo de un corazón abrumado por el infortunio y ardiente en amor divino, desde hoy aborrezco el mundo, y solo quiero vivir para vuestro hijo: presentadle mi humilde ofrecimiento.»

—Es concluyente.

—Id, señor Magistral, dad esta nueva noticia á mi madre y á mi desgraciado amigo.

—¡Cruel instante! y salió de la habitacion.

Cuando la señora de Alpequera y Renato vieron entrar en el jardin al señor Magistral:

—Ya tenemos, gritó la primera en tono festivo, ya tenemos determinado el dia de los desposorios, solo falta el consentimiento de Carlota; y por cierto que teneis que reprender á Renato por su necia obstinacion en que se celebren sin pompa.

Este se sonreia con placer.

El señor Magistral no respondió. Cuando se acercó mas á ellos gritó Renato:

—¡Oh Dios! venis alterado: ¿qué nueva ocurre?

—En efecto, exclamó la señora de Alpequera, vuestro semblante está demudado.

El señor Magistral se sentó en silencio.

— ¿Qué sucede á Carlota? preguntó Renato.

— Hoy recoge el fruto cruel de sus padecimientos: hoy ha estallado la tempestad que me temia: tales reveses de la fortuna, prosiguió dirigiéndose á la señora de Alpequera, tales reveses en un carácter sensible, meditabundo y resuelto como el de vuestra hija, debian arrancar de su espíritu una resolución desesperada.

— ¿Qué ha hecho? exclamó su madre con anhelo: yo la libraré de ella, yo la consolaré.

— Señora, no teneis ya derecho sobre Carlota: ha muerto para vos y para el mundo.

— ¡Hija de mi vida!...

— ¡Oh desesperacion! gritó Renato furioso y en ademán de precipitarse sobre el gabinete; pero lo detuvo el señor Magistral.

— Cuidado, le dijo tomándole del brazo, ya no puedes acercarte á esa jóven, no te pertenece.

Este dió un profundo suspiro y cayó sobre el poyo.

— Vamos, añadió el Magistral ayudándole á levantarse, y prestando su apoyo á la señora de Alpequera, vamos, desea hablar con Vds. un momento.

Al pasar frente á la reja de su habitacion, la distinguieron arrodillada ante la efígie de la Purísima Concepcion de María, bañados los ojos en lágrimas de dolor, y sus manos en cruz levantadas hacia el cielo.

Cuando abrieron la puerta aun conservaba la misma postura: al verlos entrar se levantó, enjugó sus ojos, y los recibió con una sonrisa dulce: era la sonrisa de los ángeles.

Su madre se tiró á sus brazos: Renato cayó sobre el sofá casi privado el sentido.

—Madre mia, no tiene remedio, dijo cubriéndola de besos: ahí teneis el testigo de mi voto.

Y señaló la estampa de María.

Su madre no podia articular palabra. Trascurridos algunos instantes, cuando el rigor de aquella situacion fue desvaneciéndose.

—Yo soy la culpable, yo soy la responsable de todo esto, gritaba sin consuelo la señora de Alpequera: descargue el Altísimo sobre mi su ira; caigan sobre mí las venganzas del cielo.

—Escuchadme, madre, dijo Carlota con la serenidad de una alma grande:

Su madre se sentó ó mas bien se dejó caer sobre una silla, porque las fuerzas la abandonaban.

—No os aflijais, madre mia, prosiguió su hija: vos no teneis en ello responsabilidad alguna como creeis: el Todopoderoso ha querido que así sucediera: ¿qué debemos nosotros hacer? resignarnos con sus determinaciones. Siendo tan pasajera nuestra existencia sobre la tierra, como vos misma me habeis enseñado, ¿qué son unos dias de padecimientos al frente de los placeres que nos esperan? Si nuestra vida es una peregrinacion ligera, si es indispensable la espiacion del vicio, hagamos meritorios con nuestra humilde voluntad los trabajos de este mundo, y marchemos puros á gozar las delicias que al justo aguardan en la gloria. Madre mia, no lloreis la pérdida de vuestra hija, es por unos momentos: no es esta la residencia que Dios ha dado al hombre; nuestra tierra de promision está en el paraíso, pronto nos abrazaremos allí. Y tú, Renato, compañero de mis inocentes juegos, vive seguro que jamás he dudado de tu cariño, mas por él te pido que no te entregues á los ciegos frenesíes de la juventud fanática: llora la pérdida de una amiga, pero

no ofendas á Dios con tu llanto: yo rogaré por tí en la soledad del claustro en compañía de las religiosas; yo imploraré al Altísimo tu felicidad. Y vos, señor Magistral, protector mío, ayudadme en mi conflicto; ya soy infiel á mi palabra; ya hace tres dias que debia permanecer olvidada en los muros del convento: esta noche misma he de cumplir mi voto; es necesario que esta noche nos separemos para siempre.

Inspirada como habia parecido esta jóven durante su discurso, se sintió al fin sin fuerzas, y cayó sobre una silla al lado de su madre: el silencio que todos guardaban era el mejor testigo del dolor que allí reinaba. Los labios de Renato eran ajitados por un movimiento convulsivo, su semblante estaba pálido y su frente arrugada.

La luz iba faltando de la habitacion.

—¿A qué perder tiempo? dijo Carlota sin levantar la vista del suelo.

El Magistral salió del gabinete.

A los pocos minutos un llanto prolongado resonaba en la casa: iniciados los criados de este infausto suceso, bajan corriendo al dormitorio de Carlota, y como el vulgo no siente sino á gritos, inhundan con sus alaridos el aposento.

Juan llega el último; se arroja delante de ella, y esclama con voz quejumbrosa:

—¡Monja mi querida señorita!....

—No, contestó: monja no; no he prometido tomar el velo, pero sí cerrarme en un convento donde he tratado de buscar la felicidad que creí no poder hallar entre los hombres.

—¡Para qué me librasteis de la muerte, Dios eterno! gritó Renato levantándose furioso, para darme una agonía mas cruel.

Los criados lo sentaron: daba muestras de demencia.

Carlota le dirigió una silenciosa mirada. ¿Qué ideas se revolvían en aquel instante en el espíritu de esta joven?

La señora de Alpequera había padecido anteriormente una enfermedad muy particular: cuando un grave suceso la afectaba demasiado, quedaba sumergida en un profundo sueño.

Este sueño era terrible: no se le había reproducido desde la muerte de su esposo; pero en este momento le acometía con fuerza.

A la media hora entró el señor Magistral.

—Todo está dispuesto, dijo; y sacudiendo á la madre de Carlota, vamos, continuó, vamos á despedir vuestra hija.

El letargo no se había arraigado todavía en dicha señora, por cuya razón despertó á la palabra «hija.»

—¿A dónde? preguntó distraída.

—Al convento.

—Vamos. Su mente estaba ofuscada.

—¡Ay Dios mío! exclamó Renato á media voz mordiéndose los labios y mirando al techo.

Carlota dió un suspiro. Los criados lloraban.

—Se hace tarde, dijo el Magistral; es preciso marchar.

—Sí, marchemos, contestó Carlota, y tomó el brazo de su madre, que lo cedió con indolencia.

Al pasar junto al piano cortó un alelí blanco de una mata que crecía en un florero chino.

Una flor era todo lo que esta criatura recogía del mundo; una flor que pronto se marchitaría como sus blancas ilusiones; una flor que con sus alhagüñas fantasías tendría que arrojar al entrar en el

convento Allí todo es austeridad, todo oracion

El señor Magistral iba detrás con Renato; después los criados: Juan el último, pero el más cariñoso.

El acompañamiento no habló una palabra en toda la carrera: iban sus corazones conmovidos en extremo; de este modo atravesaron Valencia.

Al llegar á la puerta de San Vicente descubrieron la fachada del convento, pobre, solitaria, silenciosa, donde la luna reflejaba su luz pálida y solemne.

Al pisar los umbrales del portal tembló Carlota; un doloroso suspiro se escapó de su pecho. Cada instante que trascurría la acercaba á la celda, la alejaba del amor.

Cuando la señora de Alpequera, cuando los criados entraron en este portal sucio y reducido, comenzaron de nuevo las lágrimas... el llanto.

El Magistral impuso silencio. La demandadera tiró una soga. El ruido del esquilon producido en el centro del convento resuena en los corazones de aquellos desgraciados.

Renato estaba abismado.

Luego.... se oyen pisadas lentas y lejanas que se aproximan por grados.... suena la llave en la cerraja.... se abre el pórtico y aparecen seis religiosas. La portera lleva una vela encendida en la mano; la priora se levanta el velo. El terror acaba de sembrarse en los circunstantes.

—Hija mía, dice á Carlota, ven al regazo de María que te llam.

Carlota, con los ojos bajos, se desprende del brazo de su madre: al acercarse á la priora tiene que pasar al lado de Renato, respira su aliento y no puede menos de mirarlo. Aquella infortunada

criatura se coloca en el quicial del pórtico: desde allí vé á un lado su madre, el Magistral y sus criados; al otro las religiosas: á la derecha Renato, á su izquierda la priora. Una vara de distancia, un paso la separan eternamente de sus objetos amados. Unos y otros guardan un silencio sepulcral; nadie respira, todos temen: Carlota se halla entre el claustro y el mundo.

—Valor, hija mia, le dice la priora, y la atrae hácia sí.

—Detente, Carlota, grita Renato, y se precipita sobre ella.

—Es tarde; la tornera ha cerrado la puerta.

Taciturnos los unos, llorando los otros, frenéticos estos, salen del convento, y todos con la cabeza baja, á la manera que un cortejo fúnebre se retira del cementerio.

Aun se oye en el claustro la voz de las religiosas que consuelan una desgraciada.

IX.

Eran las tres de la mañana del día siguiente á la clausura de Carlota.

Renato se hallaba sentado en el sofá de su gabinete con el aire de una tristeza profunda y reprimida. El codo derecho se apoyaba en el brazo del sofá; en el dorso de la mano descansaba la mejilla del mismo lado; sus ojos cerrados no podían distinguir la luz del quinqué que se extinguía lentamente.

En esta postura había pasado toda la noche; y hubiera seguido del mismo modo largo rato, si la campana de un reloj de mesa no le hubiera despertado: abrió los ojos, miró la esfera y dijo entre dientes:

—Las tres y media....

En seguida se dirigió al escritorio, buscó papel, exhaló un doloroso suspiro, y escribió seis renglones que dejó sin cerrar sobre el pupitre.

Abrió después una gaveta, tomó de ella una papeleta que colocó en el bolsillo, y volviendo á decir á media voz:

—Ya habrán habierto las puertas de la ciudad, abandono su habitación.

Sigámosle. Baja á puntillas la escalera, y con el mayor sigilo logra ponerse en la calle: camina por las mas estraviadas hasta llegar á la puerta de San Vicente. Aqui se detiene, recoge su ánimo abatido, y á los pocos instantes se encuentra de rodillas en el pórtico de Ntra. Sra. de Belen.

Dejadlo, críticos: no censureis sus acciones; no clameis con el corazon frio como el hielo, que su amor frenético profana la santidad de aquel lugar. Esos muros sombríos le roban el objeto de su cariño, el único diamante, la esmeralda preciosa que ansiaba su alma. Dejadlo que lllore por última vez la pérdida de una jóven enamorada, tesoro criado para él por la misma naturaleza, y que ha arrancado de sus brazos el orgullo criminal de una mujer.

Todo respeta su oración: las aves no se atreven á parar su primer vuelo en las dismanteladas bóvedas de este convento; el canto del labrador suena muy lejos; el ruido de Valencia no se percibe aun; sus habitantes son mecidos todavia por el blando sueño de la tranquilidad.

Mil emociones ajitan el corazon inflamado de Renato; mil ideas, mil recuerdos atraviesan su espíritu. Uno principalmente se apodera de él, le devora sin piedad y arranca de sus párpados una lágrima ardiente que abrasa sus mejillas.

Siete horas hacia que habia estado en el mismo pórtico al lado de Carlota: ya no la veia. Aun estaba próximo á ella; ¿cuánto podia distar uno de otro? quince ó veinte pasos, y sin embargo el destino lo separaba para siempre.

Renato seguia con las manos cruzadas: su frente fria se apoyaba sobre los hierros de la puerta.

El esquilon del convento tocó á oraciones: este

sonido lleno de misterios conmovió su pecho: su Carlota, aquella jóven destinada á los placeres del mundo, á las delicias de un amor puro, tenia que obedecer esa campana. No podia Renato sobrellevar esta situacion; pero tampoco podía marcharse de aquel lugar. Hizo un esfuerzo por fin, y al levantarse distingue en el suelo un objeto blanco: se apercibe desde luego de lo que podia ser, lo coge precipitado, y sus sentimientos reciben un nuevo golpe al reconocer el ramo de alelías que Carlota habia tomado la tarde anterior; ya estaba marchito.

—Si, dijo sonriéndose con amargura: justo es que Carlota al ser conducida al sacrificio llevara en la mano la imájen de su juventud perdida. Y mientras la coloca en su libro de memorias.

—Hé aquí, prosiguió, el fruto de veinte años de amor... una flor casi deshojada.

La demandadera abrió el pórtico: al ver á Renato dió un grito asustada.

—No os alarmeis, señora le dijo: vengo á rogar por una infortunada; quedaos con Dios.

Y dirigiendo la última mirada al convento:

—Adios, Carlota, proiguió suspirando; adios para siempre: vive tranquila entre estas religiosas.

Volvamos á casa de la señora de Alpequera, donde todos han quedado recogidos á nuestra separacion. Ella ha dado una vuelta en la cama y tira el cordon de la campanilla.

Zoa se presentó al momento.

—¿Qué hora es? preguntó su ama.

—Las cinco han dado.

—Abre el balcon.

Zoa obedeció.

La luz de una mañana clara penetró los cristales:

con ella penetraron tambien mil recuerdos del día anterior.

—Zoa.

—Señora.

—Vé á Ntra. Sra. de Belen y pregunta á la priora por mi hija.

—Está muy bien.

La doncella salió del gabinete.

A los dos minutos volvió á fírar la señora de Alpequera el cordon de la campanilla.

Se presentó un criado. En seguida el señor Magistral que habia pasado allí la noche. Despues de los saludos de la mas tierna amistad; despues de derramar sobre aquella madre aflijida el consuelo que sus palabras difundian por dó quiera:

—Baja, dijo esta al criado, despierta al señorito Renato y dile que suba.

El criado volvió al instante, pero volvia asustado.

—Señora, dijo con miedo, no está el señorito.

—; Qué dices, hombre! esclamó el Magistral, y corrió al gabinete de su discípulo: el criado le siguió. La señora de Alpequera dió un suspiro.

Luego subió el señor Magistral pálido.

—No está, dijo tambien acercándose á la cama. En su habitacion no he hallado sino un quinqué al apagarse, y sobre el escritorio este papel que aun no he leído.

—Leed, leed, gritó la señora de Alpequera con ansiedad y abriendo los ojos desencajadamente.

—Dice así:

« Al señor Magistral y á la señora de Alpequera:

» A Vds. debo mi existencia, señores míos: les e staré agradecido hasta el sepulcro, pero no puedo vivir mas tiempo en su compañía. Protejido por las

tinieblas de la noche marchó á pais extranjero, donde
horaré sin consuelo el sacrificio mas cruento consu-
mado sobre una víctima casi divina. S. S.

RENATO LEVARDEN.

El señor Magistral quedó sumido en téticas re-
flexiones; la viuda de Alpequera lloraba amarga-
mente. En este momento entró Zoa.

—¿Qué dicen de mi hija? exclamó su señora.

—He hablado con la priora y me ha enterado de
todo. La señorita Carlota desea estar sola. La don-
cella se enternecía por grados. No ha podido dormir
en toda la noche; si ha dormitado algun corto ins-
tante se despertaba estremecida: á la madrugada ha
bajado al jardin: ahora está haciendo oracion en su
celda. Zoa no pudo contener los sollozos. La priora
me ha dado espresiones para V., y me ha dicho que
fue en su celo.

—¡Hija mia! gritó su madre, y quedó sin sentido.

Todos los criados llegaron en su auxilio. El Ma-
gistral le hizo aspirar un frasquito de éter, con cuya
virtud volvió pronto del desmayo y durmió algunos
momentos.

Los criados despejaron la habitacion; el Magis-
tral marchó á su casa encargando á Zoa un asiduo
cuidado: esta se sentó junto á la cama.

La señora de Alpequera se veia en manos de una
doncella. Ya no tenia á Renato; ya no tenia á Car-
lota que la albagaran en sus dolencias con tiernas
y filiales caricias.....

Mes y medio habia trascurrido despues del dia
fatal de la reclusion de Carlota. Desde aquel momento
no habia salido de casa su madre: la misa la oía en

su oratorio. Zoa tenia el encargo de pasar todas las mañanas á enterarse por la priora del estado de su señorita, y las noticias que traia en nada variaban unas de otras, aunque todas conspiraban lentamente á un desenlace terrible. Carlota se encontraba cada dia mas triste, mas meditabunda, mas indiferente que nunca. De recien entrada en su perpétua clausura bajaba al huerto donde esperaba el nuevo dia; cuando el sol cubria la yerba de esmeraldas, cogia una maceta de flores y se retiraba á colocarla en el reclinatorio junto al marregon donde dormia. Hoy no sale de la celda; pasa el tiempo de rodillas ante la imájen de María; sus oraciones se confunden con sus deseos; sus golpes de pecho con sus lágrimas de amor. Horas enteras emplea en estos ejercicios: cuando la priora la despierta del éxtasis en que yace, la mira con ojos melancólicos, enjuga las lágrimas y se levanta. Donde la madre de la comunidad la deja sentada vuelve á hallarla despues. Ya no se ven en su celda flores nuevas, sino las antiguas secas, deshojadas y tiradas por el suelo.

Una mañana en que el señor Magistral y la señora de Alpequera esperaban noticias de Carlota, volvió Zoa sobrecogida y pálido el semblante.

—¿Qué te ha dicho la priora? preguntó su ama.

Lo doncella contestó aflijida:

—La señorita está enferma; no ha podido levantarse; el facultativo del convento ha opinado mal de su enfermedad.

La señora de Alpequera no se alarmó;

—Ha llegado el instante que temia, dijo, y 'se cerró en su gabinete.

El señor Magistral tomó un libro; conociendo el carácter de su amiga no quiso dejarla sola.

A la media hora se llenaba la casa de visitas.

Sabedores varios personajes de la peligrosa enfermedad de Carlota, y suponiendo seria en vano dirigirse al convento, afluan todos allí á satisfacer las fórmulas de la sociedad.

A las doce llegó la demandadera de Ntra. Sra. de Belén y manifestó deseos de hablar con el señor Magistral.

Este salió á la escalera.

—¿Qué novedad ocurre? le preguntó con ansia.

—El señor médico de la comunidad me ha entregado este papel para V.

El Magistral leyó lo que sigue:

«Señor de toda mi consideracion: Ya tendrá V. noticia por Zoa de la indisposicion que Carlota padece desde anoche: quiero decir, que desde anoche se ha manifestado con síntomas palpables. Esta es esta todo mi cuidado, y he llegado á formar de ella la siguiente opinion: — Padece un aneurisma en la vena cava superior, que segun el diagnóstico que ofrece esta mañana deberá reventarse hoy mismo al declinar la tarde. Siento verme en la precision de comunicar á V. tan infausta nueva; pero lo hago para que con su tacto fino vaya disponiendo á esa señora á recibir un golpe tan cruel.

«Con este motivo se ofrece de V., etc., etc.»

Cuál fuera la impresion que semejante esquela produjera en el ánimo del Magistral, puede conocerlo solo quien haya llegado á comprender el cariño que este buen señor profesaba á su cándida discípula.

Abandonó la visita, enteró á Zoa de las fatales noticias para que gradualmente las pusiera en conocimiento de su ama; y marchó á consolar en los úl-

timos momentos aquella jóven que tanto habia amado por espacio de veinte años. Los concurrentes fueron marchando sucesivamente hasta despejar la habitacion.

Zoa entonces pegó dos golpecitos en la pueria del gabinete de su señora. Esta mandó que entrara.

Zoa abrió la puerta con miedo.

—¿Vive mi hija? preguntó su dueña sin dejar de escribir en un cuaderno.

—Si señora; pero está muy delicada.

—¿Vive? volvió á preguntar; no me engañes.

—Señora, vive; pero está de peligro.

Entonces borró cuatro renglones de los que habia escrito.

—El señor Mugistral, prosiguió la doncella, he marchado al convento.

—¿Estará espirando Carlota?

—Todavía no.

—Lo mismo da: espirará luego, dijo con una indiferencia terrible.

—No me permitirán entrar en el convento, ¿verdad?

—Creo que no señora.

—Bien, muy bien; acuéstame.

La doncella desnudó á su ama. Cuando se hubo metido en cama:

—Siéntate á mi lado, le dijo; temo estar sola.

Dirijámonos por un momento á Ntra. Sra. de Belen.

En una celda pequeña, de paredes sucias, sin mueble ninguno, sin mas adornos que una imájen de Cristo en la agonía colocado sobre un miserable reclinatorio, y sin otra luz que la que puede entrar por una reja pequeña, alta, con cristal de alabastro;

estaba Carlota echada sobre un marregon de paja y cubierta con una manta de sayal; el Magistral á su cabecera, á sus pies la priora; la comunidad cantando en la iglesia. Sus voces llegaban por intervalos á la celda, y difundian nuevo aire de terror sobre este melancólico recinto.

Desde que le administraron el Viático no habia hablado una palabra; de vez en cuando dirijia penetrantes miradas al señor Magistral, que ya no podia sostener la serenidad de que se habia revestido; por fin le dijo este:

—¿Cómo te sientes, Carlota?

—Muy bien, padre.

—¿Estás menos sofocada?

—No señor; pero pronto descansaré.

—Hija, el cielo es el puerto de todo cristiano, donde descansa despues de haber sido azotado por las borrascas de este mundo.

—Ya lo sé: ¿Qué hora es?

—Las cinco.

—Dentro de dos horas ya habré visto el cielo: las preces de esas santas religiosas me están abriendo las puertas. Cuando me haya muerto, señor Magistral, quitadme del pecho este escapulario que hace diez años me regalasteis el día del aniversario de mi nacimiento. Es la única prenda que poseo en la hora de la muerte, conservadla en memoria mia.

El señor Magistral se cubrió los ojos.

Dos horas trascurrieron en el mayor silencio sin soltar Carlota de la mano el crucifijo.

—¿Cómo está mi madre? preguntó despues.

—Bastante bien.

—Cuando marcheis de aquí dadle un beso en mi nombre.

El esquilon del convento tocó á oraciones.

Carlota exhaló un suspiro.

Una sombra amarilla cubrió su rostro. El señor Magistral se alarmó, la priora salió precipitada de la celda.

—¡Carlota! ¡Carlota! gritaba este sosteniéndole la cabeza sobre su brazo.

El aneurisma se le había reventado.

—¡Piedad!.... ¡piedad!.... murmuraba ella queriendo coger el crucifijo.

El Magistral se lo puso en la mano. Carlota lo miraba con turbios ojos. Luego.... la priora entraba por la puerta con una luz en la mano; la comunidad la seguía rezando á media voz.

¡Qué espectáculo! una joven hermosa, abatida por el dolor, pálida por las ansias de la muerte, espera su último momento sobre un marregon de paja. Un sacerdote le aprieta la mano; la priora entona el cántico de David; seis religiosas arrodilladas en torno del lecho mortuario recitan alternativamente nuevas estrofas con los ojos fijos en el suelo. Y esta joven, no obstante, había nacido para los placeres, para las delicias, para los atractivos del gran mundo.

El Magistral pregunta á la moribunda; esta no responde.

—¡Madre! madre!.... ¡Dios mío!... son las últimas palabras que pululan en sus labios.

Dirige al cielo una mirada vacilante, da media vuelta al otro lado, deja caer el Cristo de las manos y exhala un suspiro.

El Magistral la llama azorado, la menea, es en valde; Carlota había muerto. Su alma inocente debía marchar en un dulce suspiro.

—Ha concluido, exclamó el Magistral con el acento de un profundo dolor; y reclinó su frente contra la almohada.

Las religiosas continuaban orando ; pero ya no rezaban el Miserere , cantaban el oficio de difuntos. Carlota parecia dormida. Sí, en las almas puras la muerte es un blando sueño que las llena de felicidad. Aquel rostro siempre tan candoroso aun respiraba afable melancolia despues de muerto.

El magistral sacó el escapulario del cuello del cadáver ; pero su sorpresa fue grande cuando vió cosida á él una carta de letra de Carlota. Lo metió con cuidado en la faltriquera , dió ciertas disposiciones y salió del convento.

Las monjas se retiraron á cumplir con los ritos de obligacion. Dos tan solo quedaron velando el cuerpo de una jóven malograda.

X.

Pasemos por alto algunos sucesos violentos que comueven sin agradar, cuales son los incidentes que ocurrieron al comunicar á la señora de Alpequera el fallecimiento de su hija. Esta noticia la despertó de la indiferencia estúpida en que parecia sumida; y aunque esperaba por instantes semejante catástrofe, tal es la naturaleza humana, que mientras agarra una chispa de probabilidad, no le abandona la esperanza, destello celestial. Cuando á esta señora faltó el débil asidero de un «pueda ser que viva;» cuando vió cierta la muerte de Carlota, fue atacada por un acceso de furiosa demencia: brinca de la cama, se mesa los cabellos, se araña el rostro y se tira contra el suelo. En su frenético delirio pronuncia expresiones cortadas cuyo sentido no puede comprenderse. El Magistral y los criados no son bastantes á sujetarla y hubieran temido un desenlace funesto; si á una fiebre viliosa, pero vehemente, no hubiera azorado pronto sus sentidos privándole las fuerzas. Entonces se la colocó en la cama y todo quedó en el mayor silencio.

¡Qué aspecto tan diferente presentan hoy estas habitaciones del que ofrecian en las primeras pá-

ginas de mi historia! entonces la noche suspendia por un momento las delicias.... ahora hace mas imponente el dolor con sus tinieblas.

Tan pronto como el señor Magistral hubo dejado en cama á la señora de Alpequera, bajo la fidelidad de Zoa, y en vigilancia toda la servidumbre, se retiró á un gabinete á examinar los papeles cosidos en el escapulario de Carlota; papeles que escitaban á la vez en su ánimo curiosidad, placer y amargura.

Sentóse, pues, en un escritorio, colocó á su izquierda el quinqué, y sacó del bolsillo el misterioso escapulario. Descosió con cuidado las puntadas abrió el sobre, y aparecieron tres cartas: una dirigida á Renato, otra á su madre, la tercera á él mismo.

Dudó un momento. ¿Debia leer las dos primeras? sí por cierto. Renato estaba ausente; habia vivido siempre como hijo suyo; habia depositado en él su confianza; bien podia penetrar este secreto.

¿La de la señora de Alpequera? tambien. Dicha señora se hallaba imposibilitada en la actualidad: y ¿quién sabe la urgencia de su contenido?....

Tomó la dirigida á Renato, la abrió con mano convulsa, y leyó lo que sigue:

«Querido hermano: Ocho dias hace que he entrado en el convento. Ya me he separado para siempre de tí; pero tu imájen, esculpida con fuego divino en mi corazon, jamás te abandonará: no, es la única belleza que hermosea la austeridad de mi celda. ¡Cuánto he padecido al retirarme de tu lado, al entrar en el sombrío claustro!.... Cuando he pasado junto á tí te he dirigido una tierna mirada de despedida, tú no me has correspondido. ¡Qué triste es esta mansion! aquí no se oye sino preces, cantos

funebres! aquí no hay sol, no hay flores, no hay amor. ¡Qué caro me cuesta tu cariño! Si dirijo mi vista á aquellos dias de encanto en que, mezclados con los inocentes pajarillos, corriamos entre las adelfas y entre los naranjos del jardin, se desprende de mis ojos una lágrima ardiente que abrasa mis mejillas.... ¡lágrima sin consuelo cuyos rigores sufro yo sola: ya no tengo á mi Renato, al Magistral, una madre cariñosa que me la enjague!.... Adios amigo: suena el esquilon y tengo que abandonar mis ilusiones para mezclarme en el canto de las religiosas, canto que me estremece ... que me llena de terror; y mientras mi lengua acompaña tímida las santas oraciones de las hermanas, surca mi espíritu un recuerdo de bellos colores que me roba el corazón.

» Nueve dias hace que no he tomado la pluma: ¿para qué? casi estoy segura de que esta carta no llegará á tus manos: ¡ni aun este placer me es permitido! La demandadera se asustó el otro dia al ver un hombre en el pórtico cuando abrió la puerta: eras tú, ¿verdad? conozco muy bien tu carácter; eres distinto de los demás hombres: orarias unos instantes en la entrada del convento, y en seguida te marcharias á pais desconocido á llorar nuestra desgracia toda la vida. Tambien yo lloro, tambien yo oro por tí. La priora me acaricia en cuanto le permite su carácter grave y taciturno: me ha hecho bajar á la huerta.... en ella no hay sino hortaliza y alguna que otra rosa silvestre y descuidada. No puedo escribir mas: tengo una pena en el lado del corazón que me sofoca: ya me llama Dios á la mansion de los justos.

» Treinta y siete dias van trascurridos desde que permanezco entre estos muros: no se cumplirán los

treinta y nueve: la pena que siento en el pecho se aumenta; la melancolía ha llegado á su mas alto grado; conozco que son pocas las horas que me restan de vivir y quiero emplearlas en despedirme de tí; hace tiempo que ya no bajo á la huerta: ya no acompaño en sus ejercicios á las religiosas: ya me voy separando tambien de ellas para entrar en el nuevo mundo donde todos nos hemos de reunir. ¡Si vieras qué distinta faz presentan las cosas en los últimos dias de la vida, y desde una celda oscura!.... aquí transcurren silenciosos mis últimos momentos.... ante la imágen de Cristo en la agonía procuro recoger mi espíritu y encomendarlo á Dios; pero es en vano: en mi frente abrasada por la fiebre reposan mil fantasmas que me distraen, la atraviesan cual sombras fatídicas, recuerdos alagüeños, descos vehementes que las desvian; en mi corazón fermentan á la vez la religion y el amor: quiero orar con anhelo, comunica mi espíritu á mis labios palabras de devoción... y entre ellas se desliza furtivamente una espresion de cariño.... un suspiro de dolor. Cierro los ojos para hacer mas fervorosas mis súplicas al Altísimo, y no ve mi fantasía otra cosa que jardines, que flores, que esperanzas: me dilato entre tan bellas quimeras; los abro para mirarlas con mas claridad, y mi vista se estrella ante el rostro macilento de Cristo en la agonía.... lloro.... gimo.... contemplo la sangre de sus llagas.... deseo beberla.... pero ¡ay! soy muy débil y acabo por sofocarme y suplicar al cielo me arranque pronto de este santo lugar que profano con mis quejas, mis suspiros, mis recuerdos.

»Adios, Renato; no puedo dedicarte mas tiempo. Te he enterado de todo lo que sucede en esta abandonada soledad: no llores nuestra separacion, es

por unos momentos: nos uniremos en el cielo, y nuestro enlace será eterno. Si, una inspiracion celeste me atestigua de su verdad; nuestro feliz matrimonio dispuesto tanto tiempo hace, y que una pasión vil ha impedido efectuarse sobre la tierra, se realizará en la gloria.

«Me es imposible continuar: siento agitarse por momentos mi pecho. Si una suerte benigna conduce á tus manos este papel, cuando lo leas ya será cadáver tu Carlota. Mucho he orado por los dos, por el Magistral y por mi madre: ¡ojalá que mis ruegos hayan llegado á oídos del Dios de las misericordias! Tú eres el objeto que principalmente me ha ocupado en el curso de mi existencia; por eso me he dedicado á ti al acabarla. Voy á hacer un encargo al señor Magistral, á dar un adios á mi madre, y á encomendar mi espíritu á los ángeles para que lo presenten á su Rey, pues conoce termina su penosa carrera en este mundo tu hermana y siempre amante

CARLOTA.»

Concluida la lectura quedó el señor Magistral por algunos minutos en ademan pensativo. Luego abrió la dirigida á la señora de Alpequera, y decía así:

«Mi entrañable madre: Conozco que llegan los terribles momentos de rendir al Todopoderoso las cuentas de mi vida: concededme, madre mia, vuestro perdon y moriré tranquila. Orad por mi felicidad espiritual en los templos de Valencia; que si yo logro un asiento á la diestra de Dios Padre, serán incesantes mis súplicas por la bienaventuranza de vuestra alma. Adios, madre; acoged con cariño las

tiernas y últimas caricias que desde el claustro os dirige el humilde corazón de vuestra

CARLOTA. »

Por último, leyó la tercera concebida en estos términos :

« Señor Magistral: Se me acerca la muerte, y como sois el único á quien puedo dirigir mis súplicas, me tomo la libertad de incomodaros con los siguientes encargos:

Primero. Se me amortajará con el mismo vestido que llevo, y con el que entregaré mi alma al Padre.

Segundo. Los funerales se celebrarán sin pompa: se dará sepultura á mi cuerpo en el cementerio de Carraichet, en la seccion de los desamparados.

Tercero. Mi cadáver será conducido al sepulcro puesto el sol.

Cuarto. No se grabará en mi losa inscripcion alguna pagánica; ni aun mi propio nombre: ¿qué les importa de él á las generaciones venideras?....

« Espero de vuestra bondad, señor mío, me otorgueis estos caprichos, ó estos gustos, suplicados a la hora de espirar, ya que tan pocos se me han concedido en los días risueños de mi vida. Señor Magistral, interceded por mí al Todopoderoso, y estad seguro que os corresponderá desde el paraíso, si logra un asiento entre los ángeles, vuestra discipula

CARLOTA. »

El señor Magistral se enjugó los ojos, metió estos papeles en el bolsillo, y subió á enterarse del estado de la señora de Alpequera. Viendo que

seguía sin novedad, aunque siempre con su encendida calentura, se retiró á descansar unos momentos, pues habian dado ya las dos de la mañana.

Al declinar la tarde del mismo día tocaban á difunto las campanas de Ntra. Sra. de Belen.

Multitud de caballeros vestidos de luto se dirigian á la iglesia, y un sin número de gentes se agrupaban á la puerta. Esta pequeña ermita permaneceria á oscuras si una infinidad de luces no ardiera con profusion en todos los altares: las personas que hacian el duelo ocupaban los escaños laterales, y en medio de la nave, cubierta por una numerosa concurrencia, se elevaba un ataúd de franela con galon de plata. Este féretro estaba colocado sobre una pequeña mesa con tapete de paño negro y franja de estambre amarillo. Cuatro blandones á sus ángulos con gruesos cirios era el único adorno que allí se ostentaba: nada de catafalcos, nada de pebeteros con aromáticos inciensos.... y sin embargo estos funerales atraian la atencion de Valencia. ¿Qué misterios encerraria aquella tumba!....

Las religiosas entonaban desde el coro los salmos fúnebres; cuatro cantores acompañados por dos bajones respondian desde el presbiterio: la voz de aquellas santas mujeres, ténue, apagada cuando llegaba á la iglesia, se confundia con una legion de ángeles que cantara desde el cielo.

A las ocho dieron fin las exequias: el cortejo fúnebre salió al pórtico á despedir el cuerpo como prescribe la etiqueta. Luego..... un coche enlutado partia al cementerio de Carraichet: en él no iban otras personas que el señor Magistral, dos amigos de la señora de Alpequera y el cuerpo de su hermosa hija; pero frio ya, sin animacion, sin vida.

Cuando llegaron al punto de su direccion se

paró el coche ante una miserable puerta; dos mozos de cordel se apoderaron con indiferencia de un féretro que tantos recuerdos dejaba en este mundo.

La noche habia cerrado en su totalidad; y aunque el Firmamento estaba puro, no lucia en él otra antorcha que la luna; pero se ostentaba grande, magestuosa, orlada por una aureola de bellos colores semejante á una diadema de esmeraldas y rubies.

El sepulturero habia andado descuidado; todavia daba los últimos azadazos en la fosa: de ella salian los fragmentos de un esqueleto. ¿De quién serán estos huesos? se preguntaban unos á otros. Esta pregunta se harán á la vuelta de medio siglo los que renueven la misma fosa para sepultar en ella otro cadáver.

El cuerpo de la infeliz Carlota fue colocado en el borde del sepulcro.

Un hombre de estatura regular, con un sombrero calañés hasta los ojos, y embozado en una capa parda que le subia hasta la nariz, se fijó á su lado; estaba inmóvil, no hablaba palabra: las botas, única parte del vestido que permitia ver su lengua capa, eran de charol. Nadie hizo caso de este desconocido.

Llegó la hora: dos mozos agarraron bruscamente el ataúd y lo dejaron caer de golpe en el fondo de la sepultura: el ruido sordo que produjo en su centro era el último adios que Carlota daba al mundo.

El señor Magistral rezó un responso, los circunstantes respondieron con rostro macilento. A los pocos momentos ya no se veia el féretro, y solo se oia el bronco murmurio que la tierra produce al caer sobre una tabla hueca.

— Hemos concluido nuestra mision, dijo el señor Magistral.]

Entonces repuso uno de los dos caballeros que habian formado el acompañamiento:

—Voy á tributar la última prueba de memoria á la hija de mi amiga; y tomó del coche una lápida sepulcral.

—Eso me corresponde á mí, contestó el embocado, sacando de la capa una losa de mármol blanco con una inscripcion con letras de bronce. La colocó sobre el sepulcro, y huyó ligero por la puerta del cementerio.

Todos se sorprendieron.

—¿Será Manuel?... decian unos.

—No; Renato, contestaban otros. Y todos quedaron con el deseo de conocerlo.

En la lápida se leian estos sencillos renglones:



AQUI YACEN LAS CENIZAS DE LA SEÑORITA

CARLOTA DE ALPEQUERA

QUE MURIÓ A LA EDAD DE VEINTE AÑOS.



LOS ANGELES VELARAN SU TUMBA.

El señor Magistral volvió á recitar otro responso sobre la fosa de Carlota.

A los cuatro minutos el cementerio estaba solo.

Cuando la señora de Alpequera se hubo restablecido de sus dolencias, dirigió en torno suyo una mirada y se horrorizó.

Pasados unos dias obtuvo licencia de la autoridad competente para ir todas las noches al cementerio de Carraichet á orar sobre el sepulcro de su hija. Al dia siguiente de haberse acercado esta señora por vez primera á cumplir ejercicio tan piadoso, apareció plantada en la sepultura de Carlota una mata de alelives blancos. Era la misma de que la infeliz tomó un ramo al salir de su casa para marchar al sacrificio.

Esta planta abrió sus pimpollos á espensas de las cenizas de su jóven ama.

La señora de Alpequera, puntual á la promesa que ha jurado, medita todas las noches de rodillas sobre la sepultura de su hija.

Justo, muy justo que en el silencio de las tinieblas ores por ella; pero ¿desaharás con esos actos de piedad la obra consumada?

¿Evitarás los disgustos que has ocasionado á tu desgraciada hija?

¿Romperás las cadenas con que oprimiste su débil juventud?

¿Aplacarás las tempestades que promoviste en su inocente corazon?

¿Le restaurarás aquella alegría virginal que la convertia en un ser celeste?

¿Harás renacer en su alma cándida el amor puro, sin mancha, que eclipsó tu orgullo proceloso?

Ora.... ora sobre las frias cenizas de la victima de tus antojos. ... No hubieras cometido el crimen y evitaras espiarlo.



De este modo concluia el folleto que me proporcionó mi vecino; reflexioné sobre él detenidamente,

y de nuevo llegué á convencerme de la prevencion con que debe mirarse la sociedad del siglo.

Han desaparecido de ella las virtudes morales; un sórdido interés es el único móvil de sus acciones; los hechos del hombre se presentan hoy especiosos, brillantes, pero aislados; la intencion que los motiva se oculta perniciosa como es, no conviene manifestarla al público; la moral de Platon se ha hundido, la de Epicuro camina en alas de la prosperidad.

Mi vecino cortó estas reflexiones.

—¿Qué ha parecido á V. mi manuscrito? preguntó sonriendo.

—Escelente; me ha entretenido con placer un rato: su doctrina es conforme á mis ideas.

—El asunto es bueno, los lances son capaces de conmover; si no lo hacen la culpa es mia: estarán dispuestos con poco artificio; ya conozco que mi pluma no se presta á las galas de la elocuencia ni á los encantos de la poesia.

Iba á responderle, pero nos alarmó un alboroto producido en nuestra propia calle: salimos al balcon, y las gentes se dirijian asustadas á un punto determinado: todos se preguntaban, nadie respondia; todos corrian y nadie sabia por qué. En medio de este barullo, entre estas olas del pueblo, distinguimos al juez acompañado de un escribano y escoltado por los esbirros de policia, que tambien corria en la misma direccion de las gentes.

—Esto tiene algun viso de formalidad, dijo entonces mi huésped: el juez, que es amigo mio, nos enterará de todo.

La primera persona á quien preguntamos en la calle respondió con misterio:

—La señora de Alpequera, esa gran propietaria

que vive á la inmediacion, ha aparecido muerta.

—¡Es posible! esclamaron los dos.

Seis horas hacia que la habiamos visto atravesar veloz la calle en su arrogante tilburi.

—Hé aquí la conclusion de mi folleto, dijo mi compañero: la esperaba yo de esta naturaleza. ¡Qué consecuencias acarrea una resolucion imprudente!

Cuando llegamos á la casa, azotados veinte veces por los vaivenes del vulgo, nos abrieron paso dos centinelas que guardaban la entrada.

En medio del escepticismo frio en que hace tiempo he caido; y á pesar de la indiferencia glacial que se ha apoderado de mi corazón, me sobrecogí al pisar aquel vestíbulo, y esperiménté una sensacion entre agradable y melancólica.

Al través de cuatro ó cinco puertas abiertas distinguí el jardin de los tiernos hermanos; entre las palmeras creia verlos todavía alhagándose con inocentes caricias; creia encontrarlos por los corredores jugueteando con la marica, como habia leído en su historia, ó dirigiéndose las recíprocas miradas que dicta un amor antiguo y vehemente; pero me engañaba: solo se veian personas estrañas, ninguna de las cuales figuraba en el folleto que me habia dejado mi vecino. Cuando subimos el primer orden de escaleras encontramos una antesala abierta: allí ya no se oia el barullo de la calle, respirábase el silencio del dolor: un alguacil guardaba la puerta; recostada en un sillón se deshacia en lágrimas una jóven de veintiocho á treinta años. Era la doncella Zoa. Penetramos despues en el gabinete, y nos pareció entrar en el templo de la muerte.

En un lecho de acero cubierto de damasco blanco se hallaba el cadáver boca arriba; aun no se le habia

reconocido: vestía el mismo traje que seis horas antes cuando ostentaba por las calles el brillo de su carruaje: en la mano derecha tenía un cuaderno.

Al lado de la cama estaba sentado un sacerdote de una de esas fisonomías tan graves y tan dulces que arrastran hacia sí cuantos llegan á conocerlos. Era el señor Magistral.

El juez, los escribanos y los facultativos andaban al rededor.

—Examinemos el cadáver, dijo aquel.

Entonces exclamó el Magistral con el sentimiento mas profundo:

—¡Yo he visto, señores, formarse esta familia y yo la veo tambien desplomarse! yo asistí á los desposorios de esta señora; yo bauticé su hija; yo la acompañé en sus penas y placeres; yo he dado tierra á Carlota, y yo presenciare tambien los funerales de su madre. ¡Cómo se hunden las sociedades!....

Variando entonces de opinion el juez, creyó mejor examinar antes á Zoa, la cual fue conducida á su presencia; y al ver de nuevo el cadáver de su señora pensamos que se desmayaba.

—Vamos, le preguntó el juez en tono solemne, serénese V. y diga cuanto sepa acerca de esta muerte, segura que á V. nada se le imputa.

—Señor, contestó entre sollozos la doncella: yo diré cuanto sepa, poniendo á Dios por testigo de la verdad.

—Comience.

—Señor: mi ama, que en paz descanse, iba todas las noches al cementerio de Carraichet á orar por su hija: cada vez traía un ramo de alelías que colocaba sobre esa consola; miradlos: anoche me dijo: —Zoa, este es el último ramo que me dá mi Carlota; ya se han concluido todos los de la mata, esto es

decir que mi hija se despide de mí: ¿para qué he de ir mas? sin flores se ha quedado muy triste su sepultura.

—Esta mañana á las nueve me ha pedido un vaso de agua; ha estado unos momentos sola y ha vuelto á llamarme:—Visteme, me ha dicho; voy á la iglesia de Ntra. Sra. de Belén.—Ha partido en el coche. A las dos horas ha regresado muy pálida: no ha querido que la desnudara según costumbre; y me ha hecho dejarla sola, encargándome que la despertara á las tres, pues quería dormir algún tiempo. Hace unos minutos he entrado y he hallado lo que Ustedes ven, señores.

La doncella se echó á llorar de nuevo.

El escribano dejó la pluma.

—Salga V., dijo el juez á la doncella; ha concluido.

Zoa obedeció.

Entonces tomó el cuaderno de la mano del cadáver, y abriendo la primera página, leyó lo siguiente:

«ESTRACTO DE MI DIARIO.»

Todos fuimos movidos por un impulso de curiosidad: en él esperábamos aclarar algún misterio. El escribano continuó leyendo por orden del juez: decía así:

«Mi vida se halla dividida en tres épocas: Primera: *La muerte de mi esposo acaccida en el año 46.*

» Ocho dias hace que dieron tierra á sus frias cenizas ... ocho dias hace que comenzó para mí una nueva época de tristeza y de luto...

» Contigo bajaron á la tumba mis placeres; y en este valle en que me dejas so'o me acompañará el dolor...

«Ya se han cerrado para siempre los salones de mi casa; ya se ha despedido por mi orden la brillante sociedad que los alimentaba, y dá principio una existencia nueva.... sí; existencia consagrada á la santa educacion de mi Carlota que cumple mañana veinte dias: tierna niña en cuya rosada mejilla aun pudo imprimir su padre un ardiente beso.

»Mi hijo Manuel vaga por esos mundos en busca de la gloria; pero a Carlota la formaremos mi amigo el Magistral y yo con saludables maximas, y retirados de la perniciosa sociedad, la veremos desarrollarse virtuosa entre las flores de nuestro jardin.»

«D. Alfonso de Levarden, rico agiotista, caballero de sanas y relevantes prendas, ha sufrido un desfalco que ha llenado de asombro á la ciudad; y renunciando las gavetas abiertas que algunos amigos le han presentado, ha muerto con heroismo evangélico en un hospital, dejando en la horfandad un niño de trece meses. Esta mañana ha sido trasladado á mi casa este niño, Renato, que mecido en cuna de oro, pereciera tal vez en la miseria sin mi apoyo; y con la aprobacion del Magistral, he resuelto criarlo en compania de mi Carlota, para que con sus infantiles juegos ahuyenten despues la melancolia de mi viudez. ¡Qué placer tan sublime se experimenta al hacer bien! ...»

«Carlota y Renato están muy bellos: abrazados como los hijos de Leda, hermosos como las flores, cándidos como los pájaros con quienes alternan, en

todo el día salen del jardín. El sol los encuentra jugueteando entre los naranjos, sentados bajo las ergidas palmeras; yo me recreo en mirarlos. Mi hija ya lee muy bien; su hermano comienza á escribir; los dos manifiestan afición singular al estudio. He consultado con el Magistral sobre un asunto grave, y en todo es de mi opinión.—Si Carlota, le he dicho, sigue el sendero que le hemos trazado, y en Renato vegeta la semilla que V. derrama sobre su corazón; si ambos llegan á ser honrados, desprendidos y virtuosos, si ellos se aman, ¿qué importa que Renato sea pobre? ¿no tiene mi hija lo bastante para que los dos gocen un estar decente? ¿Qué os parece? Magistral.—El único medio de labrar la felicidad de una jóven, me ha contestado, es proporcionarle un esposo que la ame, un esposo de sus mismas ideas; nada de brillo, nada de opulencia; estos goces del mundo solo sirven para distraer á los esposos de sus mútuos deberes, de su afecto recíproco. En este sacramento, apremiante porque los liga para siempre, debe mediar con consejos; quiero decir, que si esos dos niños llegan á amarse, unirlos serán felices; no separarlos por aprovechar para Carlota una proporcion mas lucrativa; pero si á su tiempo no se profesan un cariño verdadero, no enlazarlos tampoco con un yugo que les será pesado.

—» Conozco la verdad de estas máximas saludables: yo las seguiré: Amaos, tiernas criaturas; amaos y labrareis la dicha de los tres.»

«Mi hija ya ha cumplido diez y ocho años; Renato diez y nueve. Ambos son el blanco de las saetas de Cupido; pero su amor es tan puro como el

ambiente que respiran, como el pedazo de cielo que cubre su vergel. Carlota está pálida; muchas veces la encuentro sola bajo los tilos, bajo la yedra de las paredes; siempre triste, y alguna vez se enjuga una lágrima furtiva. No puede separarse de Renato y teme mirarlo, como si alguno se lo hubiese prohibido. Este por el contrario, no se aparta de ella, la mira con entusiasmo. y cuando mas gente hay, mayor placer tiene en manifestarle sus caricias.»

«*La época segunda de mi vida comienza la noche que llegó de Madrid mi primogénito Manuel.*

» Viene con un arrogante jóven capitan de artilleros, sobrino y heredero del duque de Levanteamor, é intimo amigo suyo, el cual observo que mira con interés á mi Carlota. ¿La amarà?»

«Mi hijo Manuel se ha empeñado en celebrar un concierto; le daré gusto. En mi diario he leído las siguientes palabras: *Hoy se cierran los salones de mi casa, abiertos por tanto tiempo á la gran sociedad.* Esto hablaba en cuanto á mí: ¡ah! estoy segura que mi esposo no me censurará desde el cielo una magnificencia destinada á proporcionar un título á mi hija. Estos eran sus recreos; esto deseaba su corazón.»

«El capitan de artilleros idolatra á Carlota; me

la perdido su m. n.º, y se la he concedido después de horrenla lucha que ha devorado mi corazón, porque aprecio á Renato.... pero no puedo resistir al deseo de ver á mi hija después, ante cuya alhagüena idea se apagan para mí toda clase de afectos. Sin embargo, consultaré sobre este punto con el señor magistral, y espero que será de mi parecer.

«Al jóven Levarden le proporcionaré un estar decoroso en mis posesiones de Sevilla.»

«Un lance extraordinario ha obligado á marchar á Manuel y al capitán de artilleros: ambos lo hemos sentido mucho: el negocio ha quedado casi concluido: entre el Magistral y yo enteraremos de nuestros planes á Carlota.»

«He llevado unos días fatales; días que puedo llamar de dolor. Mi hijo, mi querido hijo Manuel ha sido sentenciado á muerte por el foro militar en castigo de un acaloramiento que tuvo en Madrid. Un amigo suyo lo ha llamado con urgencia desde Barcelona para librarlo de semejante catástrofe: á ese caballero le estaré agradecida mientras viva. Sé que Manuel está seguro, pero ignoro su paradero: ¡Dios mío, guíad sus pasos! La mañana siguiente de recibir esta carta sostuve una conferencia con el señor Magistral sobre la resolución que he formado de unir á mi hija con el Capitán de artilleros. Por vez primera ha contrariado mi parecer, pero de un modo enérgico y valiente, alegando para ello cuantas razones ha podido encontrar en su esclarecido

espíritu. Yo á la verdad he sospechado si estaria tocado por Renato, y no he podido disimular mi enfado »

«Renato ha huido dejándonos desmayadas á Carlota y á mí: su resolución ó es muy noble ó muy estudiada. Yo creo lo segundo; pero esto lo resolverá el tiempo. ¿Pensará acaso que porque mi hija llora y gima los primeros dias de su ausencia, he de mandar á buscarlo?... Mal conoce el orgullo de la señora de Alpequera. El amor es una antorcha que arde, que abrasa mientras se le dá pábulo; pero que se apaga á voluntad de su dueño. Carlota no ha conocido el gran mundo; en que goce sus atractivos estoy segura que lo deseará.»

«Mi hija está muy triste y aun enferma; pero el tiempo, mis reflexiones y el brillante porvenir que la espera habrán de tranquilizarla.»

«Hoy he recibido una carta del capitán de artilleros; siempre tan fino, siempre en un estilo tan elevado. Su objeto es decirme que ha obtenido real permiso para contraer matrimonio, y pues que tiene que pasar á Niza, país de los encantos, que nos encontremos allá Carlota y yo para celebrar sus bodas entre las bellezas de aquel suelo; que iremos á Venecia á visitar sus canales; que veremos lógar las góndolas al compás de la melodiosa voz de hermosas

pescadoras, y que gozaremos todas las delicias que aquella region, desconocida para Carlota, ofrecerá á su alma sensible: ¡qué lenguaje tan poético! este jóven me tiene fascinada. No atreviéndome á hablar á mi hija con franqueza, le he manifestado esta tarde en su habitacion los deseos que tenia de que viajara para que se distrajera; le he dicho que Niza es el paraíso de la Europa. Me ha contestado que para ella Valencia es el paraíso del mundo. Dejemos obrar el tiempo.»

«La tercera época de mi vida comienza con el fusilamiento de Burjasot y concluye con mi muerte.

•Dios ha criado el mundo y lo dirige. En los hechos estupendos, y cuando su infinita sabiduría lo cree oportuno, baja su espíritu sobre la criatura. A Balam alumbró por medio de un asno; á mi por un festin de sangre humana. ¡Qué obcecacion he padecido! ¡qué ofuscado se ha hallado mi entendimiento! ha sido necesaria toda una horrorosa mortandad la determinacion sobrenatural de mi hija para hacerme volver á mi sano juicio. No queda duda: una pasion, un amor que infunde fuerzas á una jóven débil como Carlota para salvar las tinieblas de la noche, para superar el temor de los fantasmas, para hollar todo respeto humano y marchar sola.... en compañía de su vehemencia hasta el pie de una pirámide imponente de cadáveres, y orar por ellos con la serenidad que se ora en un templo, es un amor celeste, es un amor divino: el que atenta contra él a esta contra la Providencia en sus obras. Yo os doy gracias, Padre de las misericordias, porque ha-

«Heis derramado un rayo de vuestra luz sobre mi espíritu. Por un hecho casi milagroso se ha salvado Renato.»

«Mi cariño hacia él es mas verdadero é intenso que nunca. Dudé si su fuga de mi casa habia sido natural ó estudiada. ¡Oh noble jóven! fue movida tan solo porque yo dispusiera libremente de mi hija, aunque él renunciara á su Carlota. El cielo premia la virtud; hoy se la devuelve: sus heridas ya estan cicatrizadas, Carlota muy triste; ¿de qué nacerá esta melancolía? ¿cuál será su resultado?»

«Ocho dias hace que no he podido tomar la pluma: el dolor ha fijado su morada en mi corazon. Cuando veia reparados todos los estragos que ha acarreado mi orgullo mal entendido; cuando tengo en el seno de mi familia á Renato, bálsamo único para la salud de mi hija; cuando mi ofendido amigo el Magistral se reconcilia conmigo; cuando renace en esta casa aquella sociedad antigua, sociedad edificante, cuyas personas se reunen como por encanto; cuando me dispongo á entregarme á los placeres que percibia en el tiempo que me ocupaba solo de la educacion de mis hijos, siendo una religion sana la guia de mis pasos; cuando despues de persuadirme de la futilidad del capitan de artilleros, voy á ver enlazados á mi Renato y mi Carlota, premiando con esto los padecimientos que les he causado, ¡oh desesperacion! Carlota pertenece á Dios; un convento debe ser su morada. Viéndose sola, ahogada

ya por el infortunio, y sofocada por una madre incanta, hace voto solemne de renunciar al mundo, y acabar sus aciagos dias en la austeridad de una celda. ¡Pobre Renato! le compadezco. De esta resolución frenética, ¿quién es la responsable? ¿quién sino yo? Yo he sido causa, hija mia, de que tus deseos, tus ilusiones, tu juventud vayan á marchitarse en un solitario claustro.»

«*Consumatum est.* La puerta del convento de Nuestra Señora de Belen nos separó para siempre de mi hija. El sentimiento que yo esperimenté al verla en poder de las religiosas, y al contemplar que mi autoridad sobre ella se trasladaba á la priora de un convento, no puede escribirse, y solo lo comprenderá una madre en las actuales circunstancias. Renato desapareció de mi casa el dia siguiente: marcha.... marcha, joven desgraciado.... conozco que no podrás soportar mi presencia. Mi orgullo ha sido el motivo de que se desparrame mi familia aturdida, como se diseminó el pueblo antiguo por la orgullosa torre de Babel. Un presentimiento interior y poderoso me dice que mi hija morirá pronto; yo no tardaré en seguirla: solo muriendo por ella puedo darle un testimonio fiel de lo acerbo que me ha sido cuanto he hecho padecer á su angélico espíritu.»

«Ha llegado el momento que esperaba: ha muerto mi hija, y ha muerto sola.... en una oscura celda.... entre personas estrañas.... lejos de su madre.... ¡Cómo resplandece en esta humildad su grandeza!

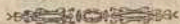
He leído sus tres cartas póstumas: la de Renato es un destello de amor vehemente y noble: la mía un dechado de candor, de cariño maternal: en la del señor Magistral muestra el ningún apego que tenía á las grandezas de este mundo fantástico. He concebido un proyecto que aterrorizará cuando se manifieste al público. Debo morir para vengar la muerte de mi hija: y ¿cómo? tomando un veneno; pero quiero que la naturaleza, ó mas bien, que las mismas cenizas de Carlota me señalen el día. El único entretenimiento que llamó su atención en los últimos meses de su vida fue una mata de alelles blancos que tenía plantada en un vaso chinesco; pues bien, esta mata la he trasladado á su sepultura; allí ha abierto sus melancólicos pimpollos; de ella corto un ramo cada noche que voy á orar sobre su sepulcro; y en medio del silencio imponente, propio de la mansión de los muertos, y entre las espesas tinieblas que ahogan la naturaleza, creo ver el brazo de mi hija que removiendo la tierra que cubre su fosa, me lo alarga con una flor blanca como su corazón. Esta mata es el reloj de mi vida. Cuando haya cortado todas las flores, cuando solo quede el tronco, me dará la muerte: mi hija entonces me llama á su lado.»

«Estoy sola en mi gabinete: ya me he cerrado en él para no salir jamás. Anoche corté el último ramo de la planta de mi destino: el cielo fulminó contra mi su sentencia. Acabo de llegar de la ermita de Ntra. Sra. de Belén: entre las religiosas aun me parecía oír la voz de mi hija; pero me engañaba: mi hija no canta ya con las monjas, canta con los án-

geles en el paraíso. Ya me he despedido de este convento para mí tan misterioso: ya he dado el adiós al mundo. Dos horas hace que he tomado una poción de arsénico.»

UNA MIRADA A LA VIDA

DESDE EL LECHO MORTUORIO.



«Escuchad, amigos, la postrimera voz de una madre desgraciada: mirad que cuando leáis estas letras será un muerto quien os hable: respetad sus lamentos, examinad la causa que le obliga á exhalarlos, y evitad vosotros ponerlos en situación tan lamentable.

«Yo tuve una niña y adopté otro niño por piedad; yo quise labrar por mí misma su educación; yo les enseñé á amarse; yo fomenté su cariño; yo los estreché con los lazos de esa pasión invencible, y mi orgullo los ha roto bruscamente, ocasionando sobre ellos los estragos de un Océano al reventar sus diques. Yo he sido causa de que Renato vague perdido por país extranjero; yo he motivado la prematura muerte de mi hija: yo castigaré con la mía mi orgullo desenfrenado. Si ahora reflexiono sobre la obcecación que mi cabeza padeció al contrariar la plausible voluntad de mi hija, lo confieso, no puedo concebirlo; y me parecería un sueño á no

palpar yo misma los resultados tan crueles que ha ocasionado.

» ¡Oh Providencia! ¡cómo descargas tu poderosa mano sobre el delincuente! ¡cómo fulmina tu sabiduría desde el cielo un castigo adecuado á cada crimen!... ¿qué anhelaba mi orgullo proceloso? ¿poder.... magnificencia?... esplendor?... ¿deseó conseguir estas quimeras sin atenerse á los medios? Tu justicia me castiga con humildad, miseria, oscuridad. Anhelaba colocar mi Carlota en un suntuoso palacio.... y la veo en una celda oscura. Ansiaba que alternase entre la diplomacia de la corte, y hacen su compañía seis miserables religiosas. Hubiera deseado que al morir fueran sus exequias sin igual, y son cantadas por la comunidad mas miserable de Valencia. Su tumba debia haber ocupado la cúspide de un catafalco que la remontase sobre los pensamientos del hombre..... apenas se levantaba del suelo sobre una mesa cubierta por un grosero paño: un mausuleo enorme, esmaltado en coronas, sembrado de inscripciones, hubiera querido mi orgullo ambicioso que destacase sobre el féretro de la malhadada Carlota; ¡ay! su sepulcro está en el cementerio de los desamparados, y solo se descubre en él una piedra sencilla que colocó la piedad de un desconocido, y el tallo deshojado de un ramo de alelías que midió la vida de su madre. Estos castigos tan claros, estos golpes á mi arrogancia, son la voz del Altísimo que habla en silencio. Cuando la autoridad civil recoja mi cadáver, los que lo contemplen por el lado de poesía me aplaudirán; los que lo examinen moralmente vituperarán mi determinacion: imploro la clemencia de unos y de otros: un convencimiento íntimo me mueve á dar este paso. Yo no sosiego; yo no puedo arrastrar mi existencia; yo he

asesinado á mi hija, y quiero morir por ella. Mi resolución es desastrosa, acaso criminal; y por lo tanto sirvaos de ejemplo, madres mas felices que yo: no sacrifiqueis vuestras hijas al capricho de un antojo; respetad un amor lícito, y temed contrariarlo: mirad en mi familia sus dolorosas consecuencias. Fijaos en la muerte cruel que llevo: sola ... cerrada en mi gabinete... llorando la ausencia de mi primogénito... ignorando el paradero de Renato, y escuchando las voces que mi hija me dá desde el sepulcro.

»Amigos míos, compadecéos todos de la mas desgraciada de las mujeres: dirijid al cielo vuestras súplicas por mi alma. Muero en una agonía lenta... acerba....

»Ya ni aun fuerzas me quedan para decir con David:

«¡Ten piedad de mí, ¡oh Dios! segun tu gran misericordia; y segun la multitud de tus bondades perdóname mis culpas.»

»Llegó mi hora: ya experimento los rigores del veneno: mientras escribia los últimos renglones he comenzado á sentir calor en el estómago; despues aspereza en la boca y crujir de dientes: ya no es calor lo del estómago, es un fuego que me abrasa; la vista se me ofusca, y violentas convulsiones me hacen dejar la pluma.

»Adios: voy á colocarme sobre la cama para esperar tranquila la muerte á que mis errores me han hecho acreedora, y que con toda libertad yo misma me he proporcionado.»

Las últimas cláusulas estaban escritas por una mano convulsa.

Entre las hojas del diario habia un papel suelto que decia:

«Si no aparece Manuel, lego á los hospitales de la ciudad la primera cuarta parte de mis bienes: la segunda á los hospicios: la tercera á mis criados, de la que Juan ha de percibir doble cantidad que los demás: la cuarta al convento de Ntra. Sra. de Belen. Si apareciese mi hijo (que Dios lo quiera), hago las mismas donaciones y en la misma forma con el quinto y tercio de mi haber. Si se llegase á averiguar el paradero de Renato, se le entregará una gaveta cerrada que hay sobre el piano de Carlota: no pareciendo este, que la conserve sin uso mi amigo el Magistral hasta su muerte, en cuyo caso se distribuirá su contenido tambien entre los establecimientos de beneficencia de la ciudad. A este suplico que en prueba de mi afecto se sirva admitir como regalo la casa de mi habitacion y sus muebles. Tal es mi última voluntad.

A. DE ALPEQUERA.»

Cuando el escribano concluyó de leer estas páginas, se vió retratado el dolor en los rostros de los circunstantes.

El juez comenzó á dar las disposiciones convenientes acerca de la administracion del cadáver; y despues de haberle pedido mi vecino este diario para agregar una copia á su folleto, nos retiramos los dos meditando en silencio sobre los estragos que en aquella familia habia producido la lucha horrenda de las dos pasiones mas enérgicas que pueden surgir del corazón humano, EL ORGULLO Y EL AMOR.

FIN.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

EL FANTASMA

DE

HASLEBOSO.

EL FANTASMA

30

EL FANTASMA

EL FANTASMA DE MASEBOSO.

CUENTO TRADICIONAL

POR

D. M. IBO ALFARO.

Dedicado en prueba de amistad y reconocimiento á D. Roque
Barcia, Director del Circulo Científico y Literario.



MADRID:—1855.

Imprenta del VAPOR, á cargo de D. V. Maldonado
calle de San Miguel, núm. 23, bajo.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

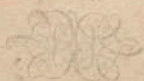
EL FANTASMA DE MASEBOSO.

ESTRATO TRANSLACION

por

R. N. IDO ALFARO

Revisado en prueba de amistad y reconocimiento a D. Felipe
Banco, Director del Diccionario Científico y Literario.



MADRID: 1833.

Imprenta del Vapor, a cargo de D. V. Maltonado,
Calle de San Miguel, núm. 23, bajo.

INSTITUTO DE F. Y L. DE MADRID

EL FANTASMA DE MASEBOSO.

EN el año 1852 me hallaba cazando en la provincia de Soria. Era una tarde de mayo el momento á que me refiero; el único compañero que llevaba aquel día era un anciano de cincuenta y seis años, vestido de paño pardo del país, con blancas melenas que le caían por la nuca, y una montera de piel de zorra que le cubría la cabeza. Parecía juicioso; y á pesar de la rusticidad en que se había criado, daba á conocer en sus maneras y en su conversacion un gran fondo de integridad y buena luz natural.

Después de recorrer en ala durante la tarde los encrespados riscos que enlazan la sierra del Revellado con la sierra del Madero; después de atravesar con gran trabajo sombríos carrascales, cuyo suelo cubierto de jóvenes robles, de chaparros y de estepas, desaniman el espíritu y revientan el cuerpo; rendidos ya nosotros y los perros, y caminando siempre hácia Occidente, llegamos por último al borde de aquellas interminables cordilleras.

Una línea recta tirada de Mediodía á Norte pone fin á tamañas montañas; y despojadas ya de carrascas, de robles y de toda mata baja, se deslizan en una suave pendiente á la profundidad de quince varas.

En este grandioso balcón fue donde nos encontramos de improviso, y desde él dirigí una mirada de placer á las vastas llanuras sembradas de centeno y matizadas de pueblecillos que se ofrecían á mi vista, alumbradas por el mágico resplandor que el sol despide al acercarse á su término cuando se hunde en un horizonte dilatado.

—Gracias á Dios, díge á mi compañero sin poder disimular mi alegría; ahí bajo se descubre agua y yo tengo una sed rabiosa.

Con efecto; á nuestros pies, bastante retirado de la falda del monte, cuya cumbre ocupábamos, brillaba una balsa de agua cristalina junto á un melancólico torreón de sillares, sobre cuyas almenas arrullaban mil palomas silvestres.

—Aunque yo no le conociera á V., me respondió mi compañero, el deseo que manifiesta de beber agua en esa balsa, fuera bastante para hacerme creer que es V. forastero. Lo que es por ahora renuncie usted al agua, y mate su sed con el buen vino que llevo en el morral.

—¿Por qué?... no comprendo la causa...

—Porque no sabe V. el cuento del fantasma de Maseboso.

—No por cierto; y soy muy aficionado á cuentos fantásticos.

—Pues yo se lo contaré á V., señor, si no le importuna mi narracion.

—Muy al contrario; tendré un sumo placer en escucharlo.

—Bien; pero me parece acertado que antes bajemos á que V. reconozca las ruinas de ese desgraciado pueblo que llamaban Maseboso, y que el amor, los celos y el orgullo de un malvado lo han reducido á estado lamentable en que V. lo vé.

—Vamos, diga yo dejándome caer por la suave pendiente, interesada ya mi curiosidad con solo las indicaciones del aldeano.

Entonces mi compañero cogió dos piedras y las disparó á los perros de caza obligándoles además con sus voces á retirarse á Castellanos, aldea que se veía á nuestra derecha, distante una hora, donde él residía, y donde los dos íbamos á dormir aquella noche.

—¿Qué inconveniente hay en que los perros vengan con nosotros? le pregunté mientras bajábamos, admirándome los repetidos esfuerzos que hacia por despacharlos.

—¡Ay, señor!... me contestó; los perros están cansados, y al instante se abalanzarian sobre la balsa donde dejarían la piel.

—¿Por qué?

—El cuento se lo dirá á V. Lo cierto es que ni el labrador dá de beber á sus bueyes, ni el caminante á sus machos, ni el pastor á sus rebaños. Nadie visita estas ruinas ni esos campos; todos huyen de ellos, como si sobre ellos hubiese caído la maldición del Altísimo.

Pasados doce minutos nos hallábamos en medio de las ruinas de Maseboso.

El torreón que habia descubierto poco antes de lejos, lo formaban cuatro lienzos de piedra sillar desunidos en sus aristas, y amenazando un próximo hundimiento. Junto á él se conservaba un cerco cuadrado de muralla, que, segun mi compañero, eran los restos de la iglesia. Montones de escombros, pie-

dras labradas yacian al derredor, y sobre aquel suelo yesoso y calizo, donde habia nacido el fúnebre jaramago, corrían describiendo laberintos mil sapillos negros, pulgada y media de largos, que mi compañero lamaba tabernerás (1).

Retirándose un poco de las ruinas hacia la izquierda, se encontraba una pila de piedras sillares incrustada en el suelo. Esta pila tendria seis pies de longitud por cuatro de latitud, y estaba llena de agua cristalina. En el borde presentaba una pequeña ranura por la cual marcha el agua sobrante que se depositaba en la balsa de que ya hemos hablado, rodeada en sus orillas de flexibles juncos, de mimbreras, aneas y saucos.

En uno de los angulos de la pila se levantaba un madero de cinco pies de altura con una gran tarjeta de tabla cerca del extremo superior, donde se leian abiertos á **formon** los siguientes renglones:

No bebas de esta fuente, caminante,
Si no quieres morir en el instante.

Mi admiracion fue extraordinaria al leer un rótulo tan vulgar como significativo.

—Esta pila que V. vé, me dijo mi amigo cuando llegamos á sus orillas, es una hermosa fuente que recibe el manantial sin duda de la sierra del Madero: Maseboso no tenia otra agua que esta fuente, porque advierto á V. que este pais carece absolutamente de rios, y cada pueblecillo posee su fuente.

(1) En otros paises son conocidos con el nombre de abadejos, en otros con el de carralejas; son el *meloe proscarabeus* de Linco.

— Carece en efecto de rios? le pregunté yo.

— Puedo asegurar á V. que en la circunferencia de ocho leguas no hay otro que el Rituerto, pequeño arroyo que nace una hora de aquí, y que lamiendo en su curso un solo pueblo, va á desembocar en el Duero. Pero entienda V. además que aun este único è insignificante riachuelo para cada invierno que lleve algo de agua, permanece cuatro ó cinco años enteramente seco. Pues bien, cuando Maseboso existia, esa balsa no era tan grande, porque aunque la pila se rehenchía de noche, por la mañana acudían á ella todas las mozas del pueblo, llenaba cada cual su par de cántaros para el consumo del dia, y la fuente quedaba seca: la noche siguiente se rehenchía otra vez, y si sobraba alguna cantidad se recogía con cuidado en la balsa para que bebieran las caballerías y los rebaños. Esto mismo sucede poco mas ó menos en todos los pueblos de la provincia; y si molesto á V. con tan minuciosos pormenores, es porque los creo necesarios para la buena inteligencia del cuento. Ahora ya podemos sentarnos si á V. le parece bien.

Nos sentamos en efecto sobre las ruinas, de espaldas á la sierra, y por lo tanto mirando al Occidente: dejamos las escopetas en el suelo y nos limpiamos el sudor.

La tarde era en extremo deliciosa: el sol, que se ocultaba en el horizonte, nos dirigía de frente sus últimos rayos, atravesando una atmósfera pura y un cielo sereno. A lo lejos se descubrían en confuso algunas aldeas miserables, se descubrían los ganados y alguna que otra carrasca encorbada por el peso de los siglos.

El murmurio del céfiro, el ruido de la fuente, la lejana zampoña del pastor, el canto de la zagala y el amoroso arrullo de la paloma que se paseaba por las

almenas del torreón, producían una armonía campestre que embriagaba dulcemente el ánimo, y que yo jamás había gustado.

—Empiece V., empiece el cuento, dígame á mi compañero; tengo vivos deseos de saber esos sucesos. Ah!... gozo tanto de hallarme sobre unas ruinas... sobre los restos de un pueblo que concluyó... es tan expresivo... es tan misterioso el silencio que siempre acompaña á estos lugares!... las ruinas son el mejor testimonio del poder del tiempo; ellas enlazan la generacion viva con la generacion muerta; el hombre que las contempla con el hombre que las construyó. Y luego... si la tradicion les hace hablar... la tradicion es la lengua de los monumentos antiguos, y los monumentos antiguos son el documento de la tradicion: entre ambos hacen inmortal al hombre... y el hombre sin embargo generalmente los desprecia.

Hubo un instante en que los dos callamos, pasado el cual me dijo mi compañero:

—Rudo soy, señor, y torpe; pero comprendo y me gusta lo que V. quiere dar á entender.

—Vamos, comience V., repuse yo, que la tardanza avanza.

—No, el cuento no es largo, añadió; pero sepa usted que no hay en el país una sola persona que lo ignore; y desde el niño hasta el anciano todos podrán referir á V. letra por letra la historia del *Fantasma de Maseboso*.

Entonces mi compañero sentado sobre las ruinas de aquella aldea, mas orgulloso que Volney sobre las ruinas de Palmira, comenzó de este modo:

En una época lejana, pero que no puedo designar á V., este pueblo, cuyos escombros pisamos hoy,

se hallaba rico y floreciente, mas la riqueza estaba reconcentrada en dos familias que dominaban el vecindario; dos familias poderosas por sus intereses, pero que se profesaban un odio irreconciliable. Julian Alvarez era el padre de la una, y Andrés Orozco el de la otra.

Como influyentes en el pueblo, como los primeros en haber, ellos manejaban los asuntos municipales, y los dos hacian siempre parte de los tres concejales que componian el ayuntamiento.

Como todo el pueblo dependia de las dos familias, y estas vivian divididas entre sí, el pueblo vivia de la misma manera.

La riqueza de Julian consistia en multitud de rebaños vacunos y lanares; y la de Andrés en inmensos graneros del mejor trigo del país.

...¿Vé V. esas hermosas praderas de la izquierda cubiertas de frondosa yerba que el zagal atraviesa hoy sin mirar siquiera?... esas son las praderas que en otro tiempo apacentaban las reses de Julian.

...¿Vé V. á la derecha esos campos incultos y cubiertos de piedras?... esos son los campos que llenaban las arcas de Andrés.

Este torreón que tenemos á la espalda tambien era suyo, y en él guardaba el grano que no le cogia en casa; pero el rencor es una pasion desastrosa, y el pueblo de Maseboso sentia sus rigores. Al desgraaciado aldeano que habia sido pastor de Julian jamás se le admitia á trabajar en casa de Andrés; y aunque perecieran de hambre él y su familia en el rigor del invierno, no participaban de las cuantiosas limosnas que aquel distribuia á los pobres; y el que una vez habia ido á labrar en los campos de Andrés ya podia renunciar á la proteccion y socorro de Julian.

Estos dos caciques, estos dos enemigos, dirigiendo siempre en concejo los negocios del pueblo, constantemente se hallaban en una guerra abierta, y algunas veces fueron sus consecuencias harto desagradables para los dos.

Julian era viudo y tenia un hijo de diez y ocho años, muchacho bien parecido, generoso, dedicado á llevar la cuenta de casa y dirigir las operaciones de sus muchos pastores. Este jóven se llamaba Manuel, y se habia granjeado el afecto del medio-pueblo que dependia de su padre.

Andrés estaba casado con Tomasa y tenia una niña de diez y siete primaveras, en extremo hermosa; y aunque criada en el campo, cuentan que presentaba toda la finura de una ciudadana. Segun me decia mi abuela cuando entre sus brazos me referia este cuento, Adela, que con tal nombre se la conocia, era alta, su rostro largo, su cutis blanco como la nieve, sus labios sumamente encarnados, sus ojos grandes y negros, sus cejas rasgadas y su cabello negro como sus cejas y en extremo lustroso: cuando se reia se le formaban en las mejillas dos oyuelos que le hacian mucha gracia.

Adela vestia ordinariamente como sus paisanas, aunque de telas mas finas. Llevaba durante la semana una saya de grana con una tirana verde cerca del remate, un jubon de paño negro, con un pañuelo de seda en los hombros y otro prendido en la cabeza. Los dias de fiesta cambiaba su traje ordinario por uno de percal.

Esta niña habia aprendido á leer y escribir, y sobre ella pesaba el manejo de la casa: todas las chicas de la aldea pasaban la vida entregadas á las faenas del campo, por lo cual Adela se encontraba constantemente teniendo que partir sus caricias

únicamente con su madre, y sus juegos con Palomo, hermoso mastin blanco, hermano suyo de leche.

Educada con los mismos principios de sus padres; bien imprugnado su corazon desde la cuna en la aversion que debia profesar á la familia de Julian, no digamos por eso que Adela les tuviese odio, porque el odio es pasion desconocida á un corazon de diez y siete años, pero jamás habia pensado en ellos ni en su hijo Manuel, rechazando inocente tal idea si alguna vez la sorprendia, como si fuera el crimen mas horroroso de que tuviera que huir.

A Manuel le sucedia lo mismo: su padre le habia enseñado desde sus primeros años á aborrecer cuanto perteneciera á Andrés, y Manuel le obedecia sin trabajo como nacido en aquellas creencias.

Asi los dos muchachos vivian en un pueblo de cien vecinos: eran los mas ricos de él, y acaso no se habian visto sino en la iglesia. Mas todo el pueblo censuraba de puertas adentro la reprehensible conducta que observaban los padres; y todos veian en el enlace de los dos jóvenes un pensamiento acertado y el mayor beneficio que podian dispensar aquellos iracundos á la miserable aldea; pero tales pensamientos no salian de su cabeza, ó á lo menos de su cocina: todos callaban, porque los necesitaban y porque los temian.

En alguna ocasion se acercó el señor párraco á ellos á reprenderles el daño que su saña hacia á los pobres jornaleros, y el mal ejemplo que daban á toda clase de personas; pero siempre los encontró invencibles; cada vez mas irritados, y por fin tuvo que desistir de su loable empeño. Pero aun no he referido á V. el motivo de la indisposicion entre las dos familias; voy á cortar un momento el hilo de la historia, y se lo haré á V. saber.

Sobre veinte años antes de los sucesos en que he tomado el cuento vivían aun los padres de Andrés y los padres de Julian. Las mujeres de aquellos estaban ligadas por el último grado de parentesco, como no puede menos de suceder en pueblos pequeños; se llevaban bien, corrían armoniosamente y todo se hallaba en paz. Pero Satanás que no descansa, tentó al padre de Julian; este se acercó al padre de Andrés pidiéndole ese torreón que vemos, porque, según había encontrado en unos papeles antiguos, debía pertenecer á su mujer. El padre de Andrés se lo negó, y al instante se entabló un ruidoso pleito: los pleitos son siempre malos, pero entre familia peores, porque se encarnizan con mas fuerza las pasiones.

El pleito fue sobrado motivo para que entre ellos se cortara toda relacion; para que no se hablaran ni en la calle; pero no paró aqui: las dos mujeres, como mas bachilleres, se insultaron de palabra, á las palabras sucedieron las obras; tomaron parte tambien los maridos, y una querella odiosa y fulminante, y un arresto vergonzoso para ambas partes fué el sello de un eterno rencor.

En medio del pleito, que duró largos años, se casaron poco mas ó menos á un mismo tiempo Andrés y Julian, y en medio del pleito, seguido despues por estos, nacieron Manuel y Adela: y aunque cuando los dos niños tuvieron conocimiento, ya habian dado fin las pendencias, el odio de sus padres continuaba tan irritado como al principio.

El dia precedente á la noche en que murió el padre de Andrés, llamó á su hijo á la cabecera, y con la voz quejumbrosa de un moribundo, pero con la voz imperiosa de un padre y de un hombre ofendido, le dijo: —Mira, Andrés; las partes contrarias

en mi pleito murieron ya; tambien tu madre murió, y al morir me habló así:—«Muero, esposo, pero no bajaré tranquila al sepulcro si no me prometes defender con todos tus bienes nuestros derechos y nuestro honor.»—Se lo prometí y lo he cumplido. Yo muero ahora, y te encargo á ti lo mismo: ¿quieres que baje tranquilo al sepulcro? ... defiende los pleitos con calor; vende hasta el último maravedí antes que acceder á ninguna composicion. Oye, prosiguió despues de un momento de angustia: Julian tiene un hijo, nadie sabe lo que sucederá mañana; busca un jóven forastero y casa pronto á tu hija, no sea que inocentemente burlen los muchachos tus promesas....—Está bien, respondieron Andrés y su mujer.—¿Me prometes no reconciliarte jamás con esa familia que ha insultado á tus padres?... exclamó el enfermo incorporándose sobre la cama.—Lo prometo.—¿Me lo juras?... volvió á exclamar temblando.—Os lo juro.—Bien; así serás un buen hijo. Si no cumples tu juramento acaso podré desde el sepulcro castigar á un perjurio; acaso pesará mi muerte sobre tu alma en este mundo y en el otro. Pronunció las últimas amenazas de una manera tal, que aterraron á Andrés y á su mujer.

Murió el enfermo, y Andrés se consideró desde entonces obligado á abrigar en su pecho un eterno rencor contra aquellos paisanos, habiéndoselo encargado imperiosamente la venerable voz de un padre y de un moribundo.

La conversacion habida entre Andrés y su padre antes de espirar se divulgó por la aldea y sobrecogió á los aldeanos.

El pleito concluyó por fin; pero el odio, el rencor, se asentaron muy bien en el pecho de ambos competidores. Ellos han hecho dividirse al pueblo,

y ellos son la causa de que algunas desgraciadas familias hayan marchado á los lugares vecinos á implorar socorro, porque Julian les negó su caridad por haber servido en casa de Andrés, y Andrés no los volvió á admitir entre sus segadores, porque en el invierno se acercaron á pedir una limosna en la puerta de Julian.

Julian amaba mucho á su hijo Manuel, y Andrés y su esposa idolatraban á Adela, pero no sin motivo, porque sobre ser notable su hermosura, reunia todas las virtudes que pueden adornar una jóven; y sus padres ya comenzaban á pensar en la colocacion de su hija, deseando para el efecto algun mancebo forastero, digno por sus prandas de las bellezas de Adela y de su cuantioso patrimonio, que en tierras y en granos ascenderia á unos quince mil duros.

Adela entretanto nada de esto la ocupaba, y como niña candorosa, dejaba trascurrir el tiempo muy entretenida en cuidar los cientos de palomas que tenia en el segundo piso de este torreón; en enredar con su mastin, único obje o de su cariño, fuera de sus padres, y en venir con él todas las mañanas á lavarse la cara en la balsa, y á mirar un rato su rostro en el espejo puro de la fuente. Así, alegre, tierna y juguetona, robaba de lleno el afecto de sus padres que cada día la profesaban un cariño mas ciego.

—Oh amigo mio! qué cierto es que los juicios de Dios son oscuros é impenetrables para la criatura!...

Era una tarde de junio.

Adela había salido con su mastin por los montes de la espalda que hemos atravesado en la cacería; y cuando ya regresaba al pueblo, se levantó gradualmente una tempestad tan recia y tan violenta, que aunque la afligida niña adelantó el paso cuan'o le

permitian sus fuerzas, amedrentada por los relámpagos y los truenos, fueron vanos sus esfuerzos, pues una gruesa lluvia mezclada de granizo, la cogió ya en la cumbre del monte al dar vista á la aldea, y la infeliz no tuvo otro remedio para salvarse del aguacero, que crecía por grados, que cubrirse con su saya de grana y cobijarse junto al tronco de una carrasca negrala. Allí se sentó; y el mastin, como si quisiera favorecerla tambien, se echó sobre sus pies cubriéndolos con su felpudo pelo.

Llamamos, señor, en el pais carrascas negralas á unas que hay de cierta clase poco generalizada, mas corpulentas que las ordinarias, mas pobladas de ramaje, de hoja mas suave y mas oscura, y que las tenemos señaladas en los bosques por la estremada dulzura de la bellota que producen.

Debajo de esta disforme carrasca cuyas ramas le servian de toldo, esperaba Adela asustada que pasara la tempestad para correr á su casa, euando de repente levantó el mastin la cabeza y aguzó las orejas: en seguida se puso en pie, comenzó á ladrar, y se iba á precipitar sobre un objeto lejano que se movia; pero la dulce voz y las caricias de su ama lo detuvieron. Entonces, meneando la cola, tornó á echarse sobre los pies de Adela.

El objeto se acercó tanto, que á pesar de la cerrada lluvia, pudo la niña reconocer en él un hombre; despues un jóven, y por último á Manuel, al hijo de Julian.

Este chico corria asimismo á albergarse bajo la carrasca negrala, conocida por su frondosidad; pero cuando descubrió el mastin de Adela, alargó todavía mas el paso y se acercó á ella. Adela, que ya estaba sobrecogida por el temor de la tormenta, y vió junto á sí al hijo del enemigo de su padre, se

puso pálida como la cera: inocente y tímida como toda aldeana de diez y siete años, no sabia qué decir ni qué hacer. Manuel, algo sobrecogido también, conoció no obstante la situación penosa de la niña, y con cierta dulzura peculiar de la inocencia, le dijo:

—Adela, creo que te ha asustado mi llegada; ¿quieres que me marche?...

—No por cierto, respondió Adela fijando en él sus hermosos ojos negros; ¿no ves cómo llueve? no salgas de aquí: te mojarías mucho.

—Poco me importa mojarme si tú tienes gusto en ello: parece que sientes que esté á tu lado...

—Cá... te equivocas; ¿por qué?...

De repente se presentaron en torbellino á la memoria de la jóven los consejos que su padre le habia dado desde la infancia; el odio que le habia hecho concebir hácia Manuel y su familia; y á tales reflexiones se cubrió su rostro de un encarnado mas subido que el de la guinda.

—Pues si me permites esperar contigo que pase el nublado, prosiguió Manuel quitándose de los hombros la anguarina, toma, cúbrete con mi capote.

—No, no, gracias, respondió Adela ajitada: yo tengo bastante con mi saya: cúbrete tu.

Manuel no tuvo fuerza para repetir sus instancias, y obedeció sin replicarle.

Esta era la vez primera que los dos jóvenes se hablaban en su vida; la primera vez que se encontraban juntos el uno del otro; y sus palabras y sus miradas, aunque puras como la luz de la mañana, iban abrasando insensiblemente sus corazones; tan insensiblemente, que ellos mismos estaban bien lejos de conocerlo; y solo advertían en confuso que no les disgustaba el que se alargara la tempestad, porque

así les obligaba á permanecer un instante mas bajo la carrasca que los albergaba.

En el silencio que guardaban la mayor parte del tiempo, uno y otro repasaban en su cabeza las ásperas prevenciones que sus padres les habian hecho contra las respectivas familias; y estas prevenciones, indiferentes hasta entonces, comenzaban á serles por primera vez amargas y ribazosas, porque por primera vez escuchaban sus corazones una voz que les parecia la voz de un ángel, y que les deleitaba sobremanera. ¡Ay Señor!... qué difícil es oponer resistencia al torrente de la naturaleza!... verdad?...

—Verdad es, respondí yo: y qué desastres ocasiona el hombre!... qué desastres el padre!... qué desastres el Rey... por oponer indiscreta resistencia á ese torrente!... Algunas veces ese torrente es sinuoso, es perjudicial, y entonces el hombre, el padre, el soberano deben dirijirlo bien, deben enderezar su curso con cantela; pero de ningun modo ponerle diques de frente, porque lo arrastra todo ó revienta.

—Comprendo la verdad de lo que V. dice, repuso mi compañero; pero vamos al cuento.

—Sí, vamos.

—Pues señor; tienes un mastin muy hermoso, le dijo Manuel pasándole al animal la mano por la cabeza.

El mastin comenzó á arruar ó gruñir; y Adela dijo sonriéndose:

—No estrañes que se alarme; como no le conoce...

—Es verdad, añadió Manuel con tristeza; como tampoco me conoce su ama...

Adela se puso encarnada como el carmin.

—Conocerte... sí, murmuró bajando los ojos; no te habia hablado nunca; pero algunas veces he oido

de lejos tu zampoña, y con gusto, porque eres quien mejor la toca en el país.

—La has oído?... y ahora me hablarás en adelante?

Adela callaba, y con la vista fija en el suelo, acariciaba la cabeza del mastín que descansaba en su regazo.

—No me respondes?...

—No sé lo que ma has preguntado, dijo ella mirándolo con su acostumbrada sonrisa.

—No lo sabes? .. porque no te acomoda saberlo. He dicho que si querrás que en adelante nos hablemos.

—En el monte... contestó Adela volviendo á clavar la vista en el suelo.

—Solo en el monte... esclamó entre dientes Manuel.

Para esto la lluvia habia cesado; el sol, que ya se ocultaba en el horizonte, los alumbraba con un rayo de luz; algunas gotas de agua que se desprendían de las nubes parecían perlas cernidas en el cielo; los tejados del pueblo y la yerba de las praderas brillaban con la humedad, y el arco iris apareció hermoso sobre sus cabezas: en fin, la tarde habia quedado en extremo placentera; y refirió tales pormenores, caballero, por no suprimir nada del cuento tal como mi abuela me lo contaba á mi en la niñez. Así que Adela vió despejada la atmósfera se levantó ligera, se echó la saya sacudiéndola, y dijo á Manuel:

—Te quedas?...

—No, que voy contigo, si me lo permites.

—Por qué no?...

Y comenzaron á andar. El mastín lo seguía mansamente á dos pasos, porque jamás se apartaba de su ama.

—Querrás que volvamos mañana á la carrasca? preguntó Manuel.

—A qué? respondió Adela.

—A pasar un rato juntos... yo traeré la zampoña temprano, y tú vendrás á buscarme con tu mastín cuando quieras.

—A buscarte!... murmuró Adela palideciendo; á buscarte no; si otra vez nos encontráramos los dos sin pretenderlo... es diferente.

—No tengas miedo, Adela, vente mañana á la carrasca negra.

Absorvidos en la conversacion, se hallaron sin advertirlo en las praderas que habia en la entrada del pueblo, donde se levantaba una cruz de piedra, porque á Maseboso, como á la mayor parte de los pueblos de la Sierra, lo rodeaban cuatro cruces colocadas una en cada costado á corta distancia del caserío; y aunque inmediatamente se separaron uno de otro sin despedirse, sin mirarse, marchando cada cual por un lado de la aldea, no pudieron evitar que los vieran juntos algunas mujeres, y entre ellas la tia Avedúcula, viejecita de setenta y cinco años, de estatura menos que mediana, calva y tuerta del ojo izquierdo, quien despues de haber dejado su juventud en manos ajenas, gastaba la vejez en malquistar las pacíficas familias con sus chismes y pastrijas, para lo que el diablo la habia dotado de singular habilidad.

Manuel estuvo toda aquella noche loco de contento, sin poder borrar de su imaginacion la tempestad pasada: y en Adela observaron sus padres, que incesantemente la contemplaban, un regocijo extraño, un color en su rostro mas encendido que de ordinario; un fuego en su mirada que hasta entonces no se habia descubierto; y al verla tan her-

mosa les era imposible contener su alegría; y en verdad, yo creo que para un padre las virtudes y tambien la hermosura de una hija son un bien que nunca acaban de apreciar.

Llegó el día siguiente, y Manuel se retiró de los pastores antes de lo que tenia de costumbre para acercarse á la ladera de la carrasca negrala: donde toda la tarde oculto entre los chaparros y estepas; exhalaba al aire sus sentimientos por medio de los dulces sonidos de su zampoña, y esperaba con impaciencia á la jóven que puede decirse habia conocido el día anterior.

Pasada la hora en que el sol calienta con mas fuerza, abandonó Adela la compañía de su madre, y seguida de su mastin se marchó al campo. Pronto llegó á sus oidos la voz de la zampoña, y uno y otro no tardaron en encontrarse y dirigirse alegres á la carrasca negrala.

Manuel habia colocado de antemano junto al tronco dos piedras grandes: una para que se sentase Adela y otra para sentarse él: lo ejecutaron así, y el mastin dobló la cabeza y se colocó á sus pies.

Cuando Adela salió por el pueblo, fuera de casualidad, ó mejor de intento, se hallaba la tia Avédúcula recostada en el pedestal de la cruz de piedra, y clavó en la jóven con su ojo de ardacho una mirada escudriñadora, murmurando con misterio, al paso que echaba á andar hácia su casa:

—Segura.... segura es la caza.

Manuel y Adela volvian á encontrarse segunda vez bajo el árbol donde se habian conocido; y aquella tarde no solo se acogieron con mas franqueza, sino que el mastin mismo comenzó á lamerle los pies á Manuel.

—Ya me quiere tu mastin, dijo este sonriendo, y ayer me despachaba; sucede lo mismo con la dueña?

—No soy su dueña, contestó Adela con mucha inocencia, soy su hermana. Mira: cuando yo era niña me contaba mi madre que cuando aun me daba el pecho se puso enferma, tuvo que buscarme nodriza, y ella crió este perro que tiene el mismo tiempo que yo; el pobre es ya tan viejo!... lo quiero tanto... en la vida se separa de mí; y luego... es el único amigo que he tenido... siempre juntos... siempre enredando...

—Pero ahora no es ya el único amigo que tienes, verdad?

—No por cierto; ahora te tengo á tí.

—Sí; pero á mí me sucede una cosa.

—Cuál?

—Cuál?... que tengo algunos amigos y aun amigas; mas tú eres sin duda una amiga de otra especie; con aquellas no siento lo que siento á tu lado: y por eso deje á todas por buscarte á tí. Te sucede á tí lo mismo?

El rostro de Adela se encendió como el ascua, y sonriendo de un modo que apenas se percibía, comenzó á acariciar al mastin, que segun costumbre se habia echado á sus pies.

—No me respondes? preguntó luego Manuel.

—Para qué quieres que te responda, contestó con timidez: si no me sucediera lo que dices no estaria en este momento debajo de la carrasca negrala.

—Es verdad: has visto qué hermosa? no hay otra tan frondosa en el monte: qué sombra nos hace!... ayer nos libró con su ramaje de la lluvia y hoy de los rayos del sol; vendremos á verla todos los dias?...

—Sí; pero siempre serás tú el primero que falte.

—Calla por Dios, Adela, exclamó mirándola sorprendido.

—No te enfades, ha sido una chanza.

—No, no me enfado de nada que me digas tú.

Media hora escasa haría que los jóvenes seguían embebidos en su conversacion, sin pensar que había en la tierra mas personas que los dos, ni que había mas mundo que el monte que los sostenia, y la carrasca que los cubria con sus ramas, cuando la tía Avedúcula salió de su choza; y como el podenco que sigue á lo largo la pista del conejo, se fue subiendo poco á poco y sin meter ruido por el mismo sendero que había llevado Adela; y agachada como un gato que va de caza, pudo llegar á un matorral de jóvenes robles, desde donde se divisaban nuestros pobres chicos mas absorvidos que nunca en sus miradas y en sus palabras.

La tía Avedúcula los contempló un rato y tornó á agacharse y á deshacer con cuidado el camino que había andado; pero cuando ya se encontró á alguna distancia, se estiró, y saboreando su triunfo, y rompiendo en una carcajada de bruja, exclamó con voz quejumbrosa:

—Qué picarillos!... vaya, vaya, qué lejos estarán de pensar que yo los he visto... qué entretenidos, eh? ... ya, ya...

Despues murmuró, y no entre dientes, porque no los tenia:

—Vaya, vaya, ya haré yo que este descubrimiento me valga algo. Y acompañó sus palabras con un gesto de satisfacción.

El sol se había puesto ya cuando la Avedúcula entró en su choza, y la noche se iba acercando.

Manuel y Adela continuaban cada vez mas animados en sus amorosas pláticas; y aunque dicen que

á dos que bien se quieren nunca falta conversacion, sin embargo, mas eran los ratos que callaban que los que hablaban; pero en aquel silencio gozaban al parecer mas que en la conversacion. La luz faltó por completo, y los faroles de las eras se encendieron.

Pero tengo que advertir á V. antes de pasar adelante, que cuando estos sucesos acaecian nos hallábamos, como ya indiqué, en el mes de julio. En este mes se hace aquí la recoleccion del grano; y como habia tanto... pues esos grandes eriales que usted vé aparecian entonces cubiertos de espigas; y como el pueblo era pequeño, aunque traian brazos forasteros para la siega, no bastaban ó no bastan, porque hoy sucede lo mismo en los pueblos inmediatos, y como la sazon de toda la mies se verifica en pocos dias, para que no se desperdicie la semilla empleaban todo el dia en trillar y la noche en segar y aventar. Para el efecto formaban eras en la falda del monte, aquí en estas laderas que tenemos á la espalda, y las rodeaban de multitud de faroles que hacian una vista muy agradable. Animados con la frescura de la noche, hombres, mujeres, muchachos y muchachas trabajaban con la mayor algazara; y el zagal que habia encerrado ya el rebaño en la majada anima aun mas la general alegría con el sonido de su zampoña (1).

He importunado á V. con esta explicacion, porque tal vez ignoraria semejante costumbre del pais.

(1) Este y demás cuadros descriptivos del cuento, aunque parezcan estraños, deben admitirse sin género de desconfianza, porque están fielmente copiados de las costumbres del pais en que se situa la escena.

—En efecto, le respondí, siga V.

—Pues señor, así que Adela vió que habian encendido los faroles de las eras se levantó asustada:

—Ay Dios mio! exclamó; mi madre me echará ya de menos; vamos, Manuel.

—Sí, vamos, contestó Manuel levantándose igualmente, ya es de noche oscuro: cómo se pasa el tiempo á tu lado! siempre estaria contigo.

—Yo tambien, repuso Adela: vendremos mañana?

—Sí por cierto.

Y comenzaron á andar. El mastin los seguia con la cabeza baja.

—Mira, dijo Adela sonriendo, parece que caminamos entre dos cielos cubiertos de estrellas: el cielo de allá arriba y el de los faroles.

—Tienes razon, respondió Manuel.

En efecto, señor, tenian mas razon de la que creian: caminaban sobre el cielo de la inocencia y bajo el cielo del amor; pero ay! en esos dos cielos luego tambien habia ángeles malos como sabremos. Por otra parte, ni Manuel ni Adela conocian aun ni que eran inocentes ni que estaban enamorados.

La tia Avedúcula salió de su choza media hora antes que ellos bajaran del monte, y adelantando lo posible su vacilante paso, llegó á la puerta de Julian, llamó humildemente al amo, y cuando se encontró con él en el portal, le dijo arrimándolo del brazo á un rincon:

—Quiere V. que le haga una advertencia que le será muy provechosa?

—Tú á mí?... exclamó Julian admirado.

—Yo, si señor; yo que le quiero á V. y que siempre he querido á su familia mas de lo que V. piensa; y por eso mismo, yo, pobre y miserable vieja, he

perdido algunos ratos de trabajo, robándolos á mi propio sustento, por poder hacerle á V. una miaja de servicio.

—No te entiendo, Avedúcula.

—No, eh?... Su hijo...

—Qué mi hijo?

—No, no, nada; antes me tiene V. que dar palabra de no descubrirme.

—Oh... nada de eso: habla.

—Es que...

—Qué ciruelos! habla pronto: qué tienes tú que decir de mi hijo?

—Nada; Jesus... sintiera tanto... pero...

—Habla, por Barrabás, mujer de Dios.

—Quiere V. que lo diga?...

—Sí, corriendo.

—Pues señor... murmuró en voz baja y con misterio acercándose al oído de Julian; está perdidico... pero no; no me gusta que en ningun tiempo se me tache...

—Habla; yo te respondo de todo lo que quieras.

—Sí?... pues sepa V. que el picaruelo está perdido por la hija del tío Andrés.

—No lo creo, embustera... gritó Julian enfurecido.

—Embustera, eh... refunfuñó la vieja haciendo un gesto desagradable; así se pagan los servicios en este mundo.

—Pero quién te lo ha dicho? los has visto tú? dijo Julian.

—Y V. tambien puede verlos ahora si quiere.

—Al instante; llévame pronto á buscarlos.

—Cachaza... cachaza... murmuró la vieja; antes que todo hay que asegurar el silencio y mi honra.

—Y tu pago...

—Eso...

—Vamos, dime, qué tengo yo que hacer para verlos?

—Venga V. conmigo.

Y echó andar la Avedúcula seguida de Julian.

Cuando llegaron á las praderas torció á la derecha de la cruz de piedra, y sentándolo al poco rato en un grupo de robles jóvenes, le dijo:

—Vaya, aquí quieto hasta que bajen: ellos han de pasar precisamente por allí delante; cuidado con decirles nada.

—Bien, déjame.

Julian se quedó agazapado en las matas, y la Avedúcula se dirigió alegre á las eras de Andrés, repitiendo para sí:

—Bueno, bueno; ya tengo al uno en gayola, vamos á ver el otro; Avedúcula, ojo alerta... esto te va á valer algo.

Revolviendo en su cabeza sus planes de brujá, se acercó á Andrés que se hallaba aventando, y llamándolo aparte con una seña significativa, le dijo aflijida:

—Ay, tío Andrés, lo que han visto mis ojos!... quién le habia de decir á su padre de V., que era tan honrado!...

—El qué? exclamó Andrés asustado.

—Silencio, hombre...

—Pero qué es eso?...

—Ay! yo que lo serví... y por cierto que me queria tanto...

—Pero vamos, qué?...

—Ay Dios mio! si sacara la cabeza de la sepultura y viera lo que está pasando en aquel monte...

—Pero, mujer de Dios, á qué viene todo eso? Habla V. ó no?...

—Sí señor; pero quisiera que V. no se enfadara y me diera palabra de...

—De todo lo que V. quiera.

—De no descubrirme...

—Bien.

—Se acuerda V. del rencor que su padre, que de Dios goce, tenía siempre al padre de Julian? prosiguió bajando la voz y acercándose mas á él.

—Sí señora, y se lo tenía con motivo.

—Vaya... quién sabe eso mejor que yo?... un hombre tan honrado como el padre de V. no podia avenirse nunca con aquel vadulaque. Y ¿se acuerda usted tambien que su padre de V. no permitia que nadie de su familia tratara ni aun hablara con los de la de Andrés?

—Vaya si me acuerdo, Avedúcula; y nadie ignora en el pueblo que mi padre me mandó hacer lo mismo, y que gracias á Dios lo obedecemos fielmente mi mujer, mi hija y yo.

La Avedúcula dió un suspiro.

—Ay, tio Andrés! continuó despues; V. y su mujer... demasiado lo sabemos... pero su hija... ya se vé... todas las muchachas tienen tantos pajariillos en la cabeza...

—Cómo, mi hija!... gritó Andrés dando un paso atrás.

—A mí me ha parecido...

—El qué?

—El qué?... que no mira tan mal como debiera al hijo de Julian.

—Mentira... no puede ser, repitió montado en cólera.

—No hay que enfadarse, Andrés, repuso la vieja agarrándolo de la chaqueta. Mire V., de algunos dias á esta parte parece que andan juntos por los

ejidos ella y Manuel, y segun las apariencias muy amigos.

—Mi Adela... No lo creo.

—Eee... todos lo hemos hecho, añadió la vieja con gazmoñería, cosas de jóvenes.

—Cosas de demonios, respondió Andrés abrazado en rabia.

—Cómo... se enfurece V. contra mí? refunfuñó la vieja haciendo que se picaba; pues señor, llamo usted á su Adela y se lo preguntaremos.

—No está en la era.

—Ya lo créo; cómo ha de estar en dos partes!...

—Pues dónde está?

—En el carrascal con Manuel.

—Es imposible.

—Quiere V. desengañarse por sí mismo?

—Sí señora; lléveme V. ahora mismo; voy á hacer un desatino con ella.

—Ah, eso no; júreme V. antes callar y no regañarle. Pobre chica; pues si es tan linda... ya la quiero yo poco...

—Pues bien, no la diré nada; lléveme V., dijo aturdido arrojando el orquillo que tenia en la mano.

La tia Avedúcula lo colocó detrás de unas peñas á la derecha de la cruz de piedra, á bastante distancia de ella para que no notara ni fuera notado de Julian que seguia oculto á la izquierda.

Asi apostados, se retiraba la tia Avedúcula; pero apenas hubo andado algunos pasos, cuando se volvió y preguntó á Andrés en voz baja:

—Me dejará V. ir mañana al tajo á espigar un rato?

—Todo lo que V. quiera.

—Dios se lo pague. Vaya, quietecito y silencio.

La luz saltó completamente.

Cuando los dos muchachos llegaron á la cruz de piedra se despidieron con disimulo. Adela fue veloz y ajitada á la era de su madre, y Manuel mezcló al instante los sonidos de su zampoña con los de los demás pastores, entre los que se distinguia por su finura y por su mucha ejecucion; y á pesar de que le instaron con empeño sus compañeros á que tocara cierta cancion graciosa que sabia; no lo pudieron sacar en toda la noche de una tierna pastorela: era precisamente la misma que tocaba aquella tarde al pie de la carrasca negra cuando llegó Adela.

Adela la oia desde su era; y aunque la separaba de él una distancia de mil pasos por lo menos, la multitud de gente y la presencia de su padre y de su madre, aquellos sonidos le recordaban palabra por palabra toda la conversacion de la última entrevista, y en sus adentros gozaba con dulzura.

Pero de repente calló la zampoña de Manuel; y aun cuando las de los demás pastores seguian con sus alegres cantinelas, aquella armonia no gustaba á Adela, ó por lo menos no la tenia estasiada, porque aquella armonia no ponía en juego cierto resorte de su corazon.

Admirada de semejante silencio, se detuvo un instante á discurrir la causa; paró de trabajar, y quedó inmóvil cuando cesó el sonido de la zampoña de Manuel, como si hubiera cesado el soplo de vida que la animaba.

Su padre la llamó entonces, y con semblante mucho mas sombrío que de costumbre:

—Adela, le dijo, ven, tengo que hablarte.

Adela lo siguió asustada; y cuando se hubieron alejado de los trabajadores:

—Siéntate, volvió á decirle.

Adela se sentó temblando, y su padre lo hizo á su lado.

Los aldeanos de los pueblos vecinos aun señalan cerca de aquí la peña en que se sentó Adela; pero creo que eso no tenga nada de verdad.

El motivo de haber callado de repente la zampoña de Manuel fue habérselo llevado su padre á una colina para darle una ágría amonestacion por su trato con la hija de Andrés, y Andrés ya hemos visto que retiró á Adela de la general alegría para reprenderle fuertemente su conducta.

Señor, mientras todo el pueblo reía y trabajaba en las eras disfrutando el relente de la noche; mientras las zagalas y los pastores se disputaban el triunfo con sus danzas y zampoñas, Manuel, sofocado por su padre, y Adela comprimida por el suyo, uno y otro jóvenes candorosos, ápuraban á la distancia de mil pasos toda la amargura de su cruel situacion. Los dos jemian en su pecho; los dos maldecian su extravío; pero ninguno podia resolverse en su interior á variar de conducta.

Julian reñia á Manuel con acento de encono; pero Andrés, mas soberbio que su rival, ahogaba en términos á la pobre Adela, que hubiera perdido el sentido indudablemente si no brota de sus ojos un copioso raudal de lágrimas.

En medio del tormento que padecia la infeliz criatura, nada sentia tanto como no poder asistir ya á la carrasca negrala; como la opinion que formaria de ella Manuel al observar sus desdenes... Y esto de que Adela se lamentaba olvidando sus propias penas, era lo mismo que alijia á Manuel mientras las severas amenazas de su padre llovian sobre su corazon.

Julian acabó por fin imponiendo á su hijo un

enorme castigo si otra vez llegaba á avistarse ó pensar un momento en la hija de su enemigo; y Andrés concluyó tambien diciendo á Adela con voz amenazadora:

—Si sé que ni en chanza vuelves á acordarte de Manuel probarás mi furor; y si á pesar de todo, tu locura te hace insistir en ello... vete, maldita de Dios y de tu padre, renuncia á ser hija mia...

Los hermosos ojos de la jóven se cubrieron de lágrimas, y entre angustias y sollozos se retiró de su padre, que se levantó con ceño adusto, como se retira del confesonario una niña que acaba de confesar con lengua tímida el primer pecado,

Dieron las doce; se apagaron los faroles de las eras, y los trabajadores fatigados, pero satisfechos de sus fatigas, se fueron á la cama.

Al poco rato se observaba un silencio profundo en todo el pueblo. Maseboso dormia, y solo dos criaturas permanecian desveladas: Manuel, mordiéndose los labios de rabia entre las sábanas, y Adela cubriendo de lagrimas aquellas mismas almohadas que la noche anterior habían escuchado las primeras ilusiones de su imaginacion. Lloraba... y no lloraba la infeliz por lo que ella padecía, si es por lo que padeceria Manuel al observar su cambio de conducta, porque como V. puede figurarse, estaba bien distante la pobre de creer que á su amigo le habia corrido la misma suerte aquella noche funesta.

Reflexiones idénticas cansaban la cabeza de Manuel.

Mientras los dos jóvenes se habian buscado uno á otro en el monte como los alegres corzos, sin obstáculo que se lo impidiera, corrian sencillos é inocentes por un sendero de placer, cuyo nombre ignoraban y no se cuidaban de aprender. Pero esta

noche que de frente á frente se les cortaba el vuelo, señor, los dos conocieron que aquel dulce placer era amor: antes de saludarlo lo encontraron contrariado; y el amor contrariado se apoderó de la inocencia de sus corazones; la sofocó, si me permite usted explicarme así, y donde poco antes era toda pureza, el amor contrariado hizo nacer la picardía, la doblez.

Discurriendo astucias el primero para hablar á su querida, y anegándose en llanto la segunda al recordar la indignación de su padre y los tormentos que se disponía á sufrir, sin pegar los ojos ni uno ni otro, vieron penetrar por las rendijas de las ventanas el primer rayo de la Aurora, y los desgraciados saltaron de la cama despidiendo un suspiro á dar disposiciones aquel á sus muchos pastores, y á arreglar esta la casa para marchar á las eras.

En los pueblos pequeños se sabe todo y algo mas de lo que sucede; y por consiguiente los lances acaecidos la noche anterior bien pronto se hicieron el objeto de las hablillas de Maseboso, y Manuel y Adela el hilo á donde se encaminaban las curiosas miradas de los trabajadores.

Pasó la mañana sin cosa particular que referir á V.; solo sí que la madre de Adela tambien le dió su mija de reprension, aunque en un tono mas suave y reflexivo que el de Andrés.

Llegó la tarde; llegó el momento en que los dos amantes se reunian debajo de la carrasca negrala, y Adela no podia sobrellevar que en aquel mismo instante Manuel, al pie del frondoso árbol donde para ella se encerraba toda su felicidad, padeciera por su causa, la acusara de infiel, de loca y de ingrata. No podia en modo alguno resignarse á ello; y buscando una excusa para quebrantar legítimamente

las órdenes de su padre: «Si, se dijo en sus adentros, bien puedo ir á despedirme de él; esto, lejos de faltar á mi juramento, es disponerme á cumplirlo.»

Escudada con su reflexion, y esperando que su padre fuera lejos á traer un viaje de mies, echó á andar acelerada, pero tomando un sendero demasiado inclinado á la izquierda por la falda del monte para que los segadores no conocieran su intento.

El mastin la seguia como siempre.

Se acercó á la carrasca y descubrió á Manuel triste y cabizbajo sentado en la piedra que en mas placenteros momentos colocó para él junto al tronco del apreciado árbol.

Quiso la desgracia que la Avedúcula, espigando en las heredades de Andrés como se lo habia ofrecido este en pago del descubrimiento que le hizo, la viera cuando marchó; le siguió la pista á distancia, y se agachó debajo de un matorral espeso desde donde se les oia la conversacion.

—Adela, dijo Manuel repentinamente levantándose con alegría como si á su vista desaparecieran todos sus pesares; siéntate.

—No, no puedo sentarme, respondió Adela afligida; me han prohibido hablarte y pensar en tí. Y se cubrió las lágrimas con el pañuelo. Adios, Manuel; solo vengo á despedirme, adios... E hizo ademán de huir.

—Cómo... así te marchas!... exclamó Manuel agarrándola de una mano con ternura é impaciencia; no... no me dejes, Adela, tan pronto: tambien á mí me han prohibido verte y hablarte... pero te veo, te hablo y te amo y te amaré toda mi vida...

—Déjame!... repuso Adela llorando; déjame por Dios! «si hablas mas á Manuel, me dijo anoche m;

padre, renuncia á ser hija mia; serás maldita de Dios y de tu padre!...

—Tambien á mi me lo dijo el mio, exclamó Manuel; y descorazonado se dejó caer junto al tronco de la carrasca.

Adela, derecha á su lado, cubierto el rostro con su pañuelo de algodón, recibia en él los dos raudales de amargas lágrimas que salian de sus ojos como de dos fuentes.

—Ay señor! continuó mi amigo en tono reflexivo; entre los aldeanos la voz de un padre se respeta mucho; hace mucha mas impresion que en los jóvenes de las ciudades...

—Estoy persuadido de ello, aunque con dolor, le respondí yo. Adelante.

—Pues señor; Adela se retiró el pañuelo del rostro para desahogar su pecho dando un profundo suspiro; y como desde la cima de aquella colina donde nace la carrasca negra, se descubre el pueblo y los caminos que le rodean, divisó á su padre que regresaba ya á la era con las cargas de mies.

—Ya vuelve mi padre! .. gritó asustada. Adios, Manuel, prosiguió mas enternecida; adios para siempre... no te acuerdes de que me has conocido y viviremos tranquilos...

—Adela!... exclamó Manuel con el acento de una desesperacion reprimida, y tomándole la mano. Me amas?... prosiguió despues.

—Sí, te amo; te amaré siempre... pero no te acuerdes de que te amo... no vengas mas á este sitio. Vaciló un momento. Adios, Manuel, dijo por fin, y arrancando la mano de las de su amigo, comenzó á andar con ligereza.

—Adios, Adela... adios para siempre, murmuraba Manuel sin quitarle la vista.

Luego le dijo al mastin que comenzó á hacerle caricias :

—Adios, tú tambien, pobre animal... ya no me harás mas fiestas; qué poco tiempo nos hemos conocido!...

Y enjugándose los ojos se retiró acelerado en direccion opuesta á la de su amiga. El mastin corrió trás de su ama.

Pasado un momento volvió Adela la cabeza, pero no descubrió sino la carrasca sola: y aquel árbol que tantas delicias le causaba la tarde anterior, entonces le desgarraba con su vista el corazon.

El mastin brincaba en torno suyo, le echaba las manos al hombro, la lamia como si conociera su tristeza; y tanto la sofocó con sus alhagos, que Adela le dijo abrazándole:

—Ven acá, pobre animal; otra vez volvemos á ser los únicos compañeros... nosotros no nos separaremos hasta la muerte.

El mastin, cual si estuviera dotado de reflexion y de moralidad, dió un abullido lastimero que arrancó dos lágrimas de los ojos de su ama cansada ya de llorar.

Adela llegó á la era poco antes que su padre; y aquella niña, que siempre habia sido modelo de sinceridad, tuvo que finjir; se limpió los párpados, y contrajo sus pálidas mejillas con una violenta sonrisa.

El rencor de un hombre oponiéndose á la passion mas dulce, la mas bella, la mas pura, como es el amor á los diez y siete años, hizo en veinticuatro horas de un ángel... de una criatura inocente, candorosa, franca y leal, una jóven con picardías, sagaz, reservada y finjida.

Poco mas ó menos se verificaba lo mismo por Manuel.

Cuando abandonaron el monte salió de su escondite la tia Avedúcula, y frunciendo su único ojo:

—Ji, ji, ji... gritó á carcajadas, qué bien los he oído!... Bueno, añadió parándose y llevándose el dedo á la boca: Avedúcula, ya te han pagado los padres por separar á los hijos; mira ahora cómo te manejas para pillarles algo á los hijos por juntar á los padres: tate! refunfuñó pegándose un golpe en la frente; qué idea tan buena me ocurre! chápiro... prosiguió sonriéndose y comenzando á marchar á tropicónes, cuánto le voy á sacar al amorcillo de esos chicuelos!... ánimo, Avedúcula; por una temporada ya habeis asegurado el pan tú y tu ga o sin trabajar.

Desde aquel dia se observó en Adela un cambio considerable: ya no salia á las eras á disfrutar de las noches de julio: ya no pisaba la calle sino los domingos para ir á misa. Cerrada en su casa, derramaba á solas copiosas lágrimas; y estas lágrimas y el sentimiento que ahogaba en su pecho, apagaron en una semana los colores de sus mejillas, cubrieron de melancolía sus ojos, de palidez su frente, y de una rosa fragante que era, hicieron una rosa marchita y pisoteada.

Su padre bien conocia la situacion de su hija; la sentia, lo contristaba; pero el rencor ocupaba el primer lugar en su corazon.

Manuel experimentaba lo mismo que Adela; Manuel padecia lo mismo que ella, pero lo manifestaba de otro modo. Todo el dia vagaba perdido por las calles en busca de una persona que huia de su vista: retirado de sus compañeros, se le encontraba solo por los éjidos, tocando con su zampoña tristes can-

tinelas que hacian llorar á las zagalas que las oian. Aburrido de todo, se aeogia por fin al pie de la carrasca negra, bajo cuyas ramas el dulce recuerdo de lo pasado sustituia á los placeres vivos que en otro tiempo habia gozado. Allí espresaba con su zampoña del modo mas lastimero los amargos sentimientos de su alma; allí se deshacia en suspiros y en sollozos; allí pronunciaba incesantemente el nombre de Adela... y las maricas, que son tan abundantes en este pais, especialmente en este carrascal, remedaban con su voz burlona los suspiros, los sollozos de Manuel; repetian la palabra Adela... y como luego aquellos pájares se estendian por los valles y por los montes, en los valles y en los montes, entre el canto de los jilgueros y de las alondras resonaba tambien la palabra ADELA...

Los labradores, los zagales las escuchaban... y los amores de los malhadados jóvenes fueron por mucho tiempo el objeto del entretenimiento y de la compasion de Maseboso.

Una mañana en que Adela salia de misa, abatida como siempre, se le aproximó la tia Avedúcula, y despues de pedirle una limosna, que le alargó en silencio, le dijo tomándola de la mano:

—Hija mia, escucha, escucha una palabra.

—Qué dice V., respondió Adela con indiferencia.

—Ay, hija mia!, compasion... ten compasion por Dios de él...

—De quién?

—Del pobre Manuel.

Adela se estremeció al oír este nombre.

—No tiembles, hija mia; está perdido de amor por tí.

—Déjeme V., Avedúcula... exclamó poniéndose pálida como la muerte.

—Ten piedad de él, hija mia; me envia á contarte su dolor.

—A contármelo!...

—Sí; qué le contesto?

—Que ya le dije que no se acuerde mas de mí; que me deje en paz; si me quiere de veras que no aumente mi sufrimiento... y apartando su mano de las descarnadas y sucias de la vieja, se dirigió ligera á casa.

—Ji, ji, ji... murmuraba la Avedúcula; qué inocentilla!... cómo la he engañado!... vamos ahora á ver si el otro cae tambien en la red. Voto al chápiro... ya se va.

Y echó á correr trás de Manuel que asimismo salia de la iglesia.

—Eh... eh... muchacho, dijo en voz baja tirándole de la chaqueta por detrás.

—Qué me quiere V.? Avedúcula.

—Venaquí, picarillo; cómo tienes valor... ingrato...

—De qué?...

—Jesus!... aun dices de que?... no te creia así; anda... lástima da ver á esa pobre muchacha, tan triste... tan enferma... y todo por tí, y tú no haces caso... no tienes piedad...

—Qué... Adela... pues qué hay? gritó alarmado.

—Qué hay? que Adela está deseando que tú te reconcilies con su familia: ahora mismo me ha llamado y me ha encargado que te lo hiciera saber.

—Ella?...

—Sí; y que sus padres al verla tan delicada... vamos... y le pegó dos golpecillos en el hombro con solaperia, parece que se ablandan...

—Oh Dios! es de veras?

—Vaya si es; hace un rato me ha hecho una seña para que me acercara, y me lo ha dicho llorando.

—Llorando?... Ay, Adela!...

—Qué pobre!... lástima daba.

—Tome V., Avedúcula, y le alargó una limosna; dígame V. que me manifieste al instante los medios de que me he de valer para conseguirlo.

—Para conseguirlo? Bien.

—Y la respuesta llévemela V. á ese monte donde esperaré toda la tarde.

—En qué punto?

—Siga V. la voz de mi zampona.

—Bueno.

—Adios.

—Hasta la tarde.

Manuel se retiró lleno de esperanzas y la Avedúcula de alegría.

Cuando Adela subió á su casa, aunque se enjugó las lágrimas con cuidado, no pudo borrar la mella que habian hecho en sus mejillas; y su madre, que estaba no menos afligida que su hija al ver las crueles angustias que en secreto la martirizaban, conoció al punto que habia llorado; y cerrando la puerta de la cocina así que entró, y haciéndola sentar á su lado:

—Hija mia, le dijo con voz cariñosa, pero triste, hija mia, no pienses que se me escapa nada de lo que padeces, y yo padezco tanto como tú.

—Madre!... exclamó Adela sorprendida.

—Déjame hablar, hija mia; hora es de que nos entendamos.

—Pero...

—Calla. Sé lo mucho que amas á Manuel.

Adela se estremeció; y la poca sangre que coloraba su rostro se reconcentró en el corazón.

—Sé que lo amas y que él te ama á tí; pero el genio de tu padre... ese rencor que guarda contra Julian no podemos nosotras vencerlo... he intentado alguna vez hacerlo por tí; pero me ha obligado á callar, y aun me ha amenazado. No tienes otro remedio, hija de mi alma, que sufrir... sufrir con tu madre... pero como tu salud se va perdiendo por grados, he pensado una cosa.

Adela escuchaba pálida como la muerte.

—He pensado que tú y yo nos vayamos una temporada de Maschoso.

—Por Dios... madre! no me saque V. de aquí, dijo rompiendo en un diluvio de lágrimas y dejándose caer sobre el regazo de aquella.

—Hija mia, lo hago por tu tranquilidad... solo por tu tranquilidad... prosiguió tambien conmovida. Estos lugares pueden serte perjudiciales; y viviendo en un terreno desconocido, que nada te recuerde, con tu madre y tu mastin; acaso volverá la calma á tu pecho; acaso la salud volverá la hermosura á tu rostro...

—No, madre; no me arranque V. de Maschoso: por Dios, por la Virgen Santísima se lo pido... déjeme V. fea; para qué quiere V. que sea hermosa?... para qué quiere V. que me vuelva la salud?... Madre... déjeme V. morir...

—Hija de mi alma!...

La madre abrazó con fuerza á la hija, y la hija y la madre se mojaron largo rato en sus propias lágrimas.

—Vive, hija mia... vive... gritaba la madre con acento dolorido; vive para mí... tu padre es un tirano...

Adela no podia responder, porque los sollozos que hacian palpar su pecho ahogaban su voz. Pa-

sado medio cuarto de hora de silencio, en que la cabeza de la madre se recostaba en la de la hija, dijo la primera:

—Con que no quieres que nos vayamos de Maseboso?

—No, madre; me mataria V. antes con antes.

—Pues si nos hemos de quedar aquí dame una palabra.

—Las que V. me pida.

—Mira, vé todas las noches á las eras conmigo; vé todas las mañanas al torreón á echarles de comer á las palomas como ibas antes, y así te distraerás; acaso acaso no sentirás así tanto.

Este torreón, me advirtió mi compañero, es ese que tenemos á la derecha.

—Madre... respondió Adela, haré lo que V. me mande; iré á las eras, iré á las palomas; pero sepa V. que ni en las eras ni en las palomas podré estar alegre. Ay! si me divirtieran las palomas tanto como cuando era niña... hoy todo me da tristeza... el sol, el campo, el varulló, mi mastin, la gente, todo me allije... solo en casa es donde menos padezco, cerrada en la cocina... abrazando á V...

Y la estrechó con sus brazos. Pero las pisadas de Andrés que subia las escaleras, les hizo separarse, enjugar el llanto y ponerse para disimular á arreglar los enseres de la cocina.

A la mañana siguió la tarde; y la tia Avedúcula se dirigió al monte en busca de Manuel para darle la contestacion de Adela, sin haber hablado con esta niña. Al instante oyó la zampoña que con silvestres sonidos animaba la montaña; se acercó mas y lo encontró reclinado en el tronco de la carrasca negra.

—Me ha encargado, le dijo, que te veas con e

cura, que se lo cuentes todo, que lo que él no consiga no puede conseguir nadie en el pueblo.

—Tiene razon, exclamó satisfecho: aun no habia dado yo en ello. Ahora mismo voy.

Y sin gastar tiempo se dejó caer por la falda de la colina, y á la media hora entró en casa del párroco que lo recibió con mucho agrado.

—Aunque aquí se refiere el cuento con todos sus pelos y señales, me dijo mi compañero, yo pasaré por alto algunas circunstancias por no molestar á usted, y porque la noche ya se acerca y aun falta sobre la mitad.

—Bien; diga V. lo esencial.

—Corriente. El cura se alegró mucho de la misión de Manuel; le aseguró que tenía vivos deseos de tropezar con una buena ocasión para reconciliar aquellas rencorosas familias, que hermanadas podian dispensar al pueblo tantos beneficios; y que él como párroco y como amigo pondria todos los medios posibles para alcanzarlo.

Manuel le besó la mano agradecido, y se despidió con tan agradables esperanzas que la próxima noche no fue para él tan acerba como las anteriores.

Dos dias despues era Santiago; se celebraba misa con sermon, y el ayuntamiento debia asistir á la festividad. El ayuntamiento siempre lo componian Andrés, Julian y un tercero.

Llegó la fiesta; el pueblo se hallaba reunido en la iglesia; Andrés y Julian ocupaban las cabeceras de los escaños del concejo: frente uno del otro permanecian sin mirarse.

El sacerdote se retiró del altar y subió al púlpito: su sermon fue enérjico; tuvo por objeto la reconciliacion; todos comprendieron á quienes se di-

rija, ellos mismos se persuadieron tambien, y con la cabeza baja recibian las miradas del vecindario y las terribles amenazas del predicador, que concluyó de es'e modo:

—Pues qué... le interrumpi yo: sabe V. efectivamente la conclusion?

—No solo yo, sino todos los pueblecillos vecinos: no hay, señor, en los contornos un solo niño que ya pueda hablar, y no refiera palabra por palabra el *Cuento de Masebaso*.

—Vamos á ver, continúe V.

—Con su permiso Despues de tener bien blandos á Julian y Andrés, acabó así:

«Oid, rencorosos; para vosotros están cerradas las puertas de la gloria. El rencor es el vicio mas terrible que aflige la tierra; «el que no ama no conoce á Dios,» dice la Sagrada Escritura, «porque Dios es caridad.» Si no amas á tu prójimo, hombre alive, si no abates tu orgullo arrogante, si no te reconcilias con tu enemigo, Dios se halla reñido contigo: todas tus confesiones son falsas; tus comuniones otros tantos sacrilegios; tus obras de misericordia estériles; la limosna que das á los pobres es una simiente arrojada en un pedregal... infeliz!... vives separado de la santa Iglesia... cada vez que te acercas al confesionario; cada vez que la sagrada forma toca tu lengua, huellas con tu inmundo pie la sangre de Jesucristo... atraviesas cual otro Longinos con la lanza de tu rencor el costado de tu divino Maestro.. »

El pueblo sobrecogido derramaba lágrimas en abundancia.

«Atraviesas, si... el costado de tu Señor; y el dia tremendo del juicio... «vete, maldito de mi Padre,» te dirá el Juez soberano con la voz impetuosa

de cien truenos, tú no perdonaste á tu enemigo, yo no te perdono á ti; húndete, maldito de mi Padre, húndete para siempre en el infierno.»

Un murmullo de compungion resonaba en la iglesia.

«Fieles... gritó el sacerdote conmovido, y á vista de tales amenazas, hay hombre que no se reconcilie con su enemigo?... Habrá en este templo acaso un corazon tan empedernido que no arranque de su pecho esa pasion tan desastrosa?... no. Sea este el momento de la reconciliacion. Los pies que tantas veces han pisado la sangre de Cristo, pisen hoy el espíritu de Satanás, pisen el rencor... Con el corazon empapado en afecto divino, olvidemos las re-vertas pasadas; echémonos á las sagradas plantas de este crucifijo, prosiguió levantándole en alto, y de lo íntimo de nuestras almas, juremos por sus cinco llagas, por las espinas de su cabeza, abrazar á nuestro enemigo... de este modo en el dia del juicio nos abrazará tambien á nosotros el Juez eterno, y oiremos su voz que nos dice entre los coros angélicos: «yo tambien te perdono á ti; vendito de mi Padre, ven á disfrutar la gloria preparada á los humildes en el Paraíso.»

—Señor, difícil es esplicar á V. la impresion que produjo semejante sermon. Un llanto prolongado se oia en la misa, y Andrés y Julian de rodillas toda ella, no se atrevieron á levantar la cabeza.

Concluida que fue, se encontraron los dos en la puerta de la iglesia, y, acaso por primera vez en su vida, se dieron el uno al otro agua bendita.

A continuacion fue el sacerdote á sus respectivas casas; y como estaban ya tan bien preparados, consiguió de ellos con sus sanas razones un verdadero reconocimiento. En la aldea no se hablaba de otra cosa que de un suceso tan importante.

La mañana siguiente se confesaron y comulgaron ambos; arreglaron las bodas de sus hijos, y todo aquel día se destinó á fiesta. Se celebró una gran comida entre las dos familias y sus amigos; se distribuyó en la plaza, según costumbre del país, pan, queso y vino á todo el pueblo; y estas praderas que ahora vemos solitarias, se vieron aquella tarde cubiertas de danzas públicas, donde las doncellas del pueblo lucían su habilidad en las panderetas y en el baile, y los zagales en sus zampoñas.

Señor, hasta aquí nada he dicho de Manuel y Adela, porque V. puede figurarse muy bien el gozo que recibirían cuando de repente encuentran desvanecidos los obstáculos que los separaban: cuando sus mismos padres, aquellos padres inflexibles que les amenazaban, que les prohibían hasta el mirarse, los toman hoy de la mano y los unen; cuando aquellos padres les dicen que se miren, que se hablen y que se amen, que pronto serán esposos el uno del otro. No podré pintar á V., señor, la alegría, el contento de Manuel al apretar la mano de Adela, que al alargarle la suya en medio de una concurrencia tan grande bajó la cabeza ruborizada.

Adela llamaba la atención de todos; parecía una virgen: el dolor había disipado las frescas aguadas de la infancia; pero en cambio cubría sus facciones un cierto aire de melancolía que hacía más interesante su mirada.

Los dos amantes tomaron á luego parte en la fiesta; y Manuel, siguiendo la costumbre del país, se revistió con la señal de novio. Consiste esta en ceñirse un escapulario al cuello sobre la camisa, de manera que las cintas asomen en cruz por la abertura del chaleco.

Las jóvenes aldeanas miraban con cierto recelo la

á Adela; los muchachos envidiaban á Manuel la hermosura que se llevaba; y los ancianos de ambos sexos hablaban en corrillos ponderando los cuantiosos intereses que iba á reunir aquel matrimonio juntando las pingües posesiones de los dos ricos del pueblo; acaso del país.

La danza encantaba el ánimo: en un día claro de julio, sobre una verde pradera, triscaban y bailaban con calor muchachos, muchachas, zagales, labradoras, viejos y jóvenes.. allá aparecían reunidos todos los que hasta entonces habían vivido malquistados: las zampoñas y las panderetas tocadas con destreza formaban una armonía verdaderamente pastoril; y el queso, el pan y el vino que en abundancia suministraba el padre de la novia, apagaba el tedio de aquellos corazones, si es que alguno lo tenía, y daba agilidad á los danzantes.

La fiesta se aproximaba á su mayor enveleso, cuando la tía Avedúcula dió un chillido de alegría, y echó á correr apresurada hacia un caminante que llegaba á pie con una mochila al hombro. A medida que corría gritaba con mas fuerza:

—Mi nieto... mi nieto... el muerto...

—El cabrito... el cabrito... exclamaron á un tiempo muchos de la fiesta, y corrieron tambien á su encuentro.

La tía Avedúcula le abrazó cariñosa, y él recibió este abrazo con jactancioso desden; y con desden respondia asimismo á las muestras de sincero y estremado cariño con que lo acogian los inocentes paisanos.

—Dádle pan, queso y vino, que vendrá cansado, dijo el padre de la novia.

Su abuela se lo presentó al momento; y junto á Julian y Andrés empezó á comer sin haber sonreído

aun. Los aldeanos lo rodearon al instante, lo contemplaban con timidez y curiosidad, al paso que admiraban ensimismados los oropeles de su traje; y aunque alguno le dirigia la palabra sin más deseo que el de complacerlo, él no se dignaba contestar sino á las preguntas de Andrés y de Julian

Este forastero contaria treinta y dos años; era bajo y grueso, su cara redonda, su pelo y su bigote rojos, su color de materia, sus ojos encarnados como el de su abuela Avedúcula, y su mirada fría. Vestia un calzon blanco prieto, zapatos de becerro, unas polainas de baqueta, un chaleco de seda morada, una chaquetilla de paño azul riveteada con galon de seda negro, un pañuelo al cuello con un nudo ligero, y un casquete del paño de la chaqueta con galon y borla de plata.

La tia Avedúcula habia tenido en sus verdes años, y antes de casarse, porque no lo estuvo nunca, una niña que vivió en su compañía, educándola segun sus principios: esta niña creció á su vez en la santa compañía de su bendita madre; se desarrolló pronto, y con ella se desarrollaron tambien sus gracias, que fueron bastante regulares. A la manera de su madre, tampoco se sometió al yugo del matrimonio; aborrecia á los hombres, pero á los veinte años dió á luz un niño que igualmente se disponia á criar si no hubiera muerto á resultas del parto.

La tia Avedúcula se encontró con aquel niño y sin medios para proporcionarle nodriza; buscó en su defecto una cabra que se mantenia en las praderas, sustentando ella al nieto de la Avedúcula. El niño se hizo muchacho protegido mas por la cabra que por su abuela. Con ella, es decir, con la cabra, se iba al pasto; jugueteaba con ella en las praderas, la seguia por los yermos mas escarpados, por cuyo

motivo y por su estremada travesura dieron las gentes en llamarle el Cabrito, con cuyo apodo se ha quedado; pero su nombre era Lázaró. El muchacho se hizo mozo, orgulloso y revolvedor mas que los otros; promovió varias camorras entre ellos, y por último se fué soldado. Nada se supo de él en mucho tiempo, hasta que llegó la noticia de su muerte: ya lo encomendaron á Dios; ya le rezaron en misa, y á los dos años de semejante noticia, se presentó en su aldea como hemos visto, satisfecho y presumido como vuelven á su pueblo todos los soldados licenciados.

Las panderetas y las zampoñas comenzaron á sonar, y la danza se empezó de nuevo con mas animación que al principio; pero Lázaró, ó el Cabrito, ó el nieto de la Avedúcula, no se separaba de la compañía de Andrés y Julian, y con aire petulante y desdenoso observaba la algazara general.

—No quiere V. bailar? le dijo Andrés con dulzura.

—Pss .. respondió con un gesto despreciativo: yo... no señor.

—No le gusta á V. el baile? le preguntó Julian.

—El baile... sí; pero este baile no: pobres gentes! ah... si hubieran estado seis años en el cuartel general de Barcelona y hubieran visto la comedia y el mar... tampoco á ellos les gustaria.

Los ancianos escuchaban con atención sus palabras.

—Bien, dijo Andrés: pero ahora no está V. en Barcelona: por eso si V. quiere bailar...

—Cá.. un sargento...

—Ya es V. sargento?

—Ya soy sargento. Bailes!... prosiguió meneando

la cabeza, los que teníamos en casa del sargento de la primera compañía de ligeros.

—Aquellos ya serian buenos... murmuró un anciano con admiración.

—Oh! aquellos... á aquellos ya iria yo ahora; y apretó los labios como de rabia de no encontrarse en ellos.

Hubo dos minutos de silencio.

—Por quién es esta fiesta? preguntó despues.

—Por la boda de mi hija, contestó Andrés, que se va á celebrar luego con el hijo del señor. Y señaló á Julian.

—Ya, ya; es su hija de V. aquella del pañuelo encarnado en la cabeza?

—Sí señor.

—Ola... no es mal parecida.

—Favor...

El sargento fijó en ella su mirada taimada.

La tarde ya iba de baja, y el sol se ocultaba en el horizonte, cuando Manuel se acercó á Adela y le dijo:

—Quieres que vayamos paseando hasta la carrasca?

—Sí, vamos. Adela llamó á su mastin, y los tres comenzaron á andar.

Cuando llegaron á la carrasca advirtió Manuel que lloraba Adela, y le dijo sorprendido:

—Qué tienes?... lloras?...

—Sí, lloro; déjame llorar... lloro de alegría.

Y se sentaron en las dos piedras que habia junto al tronco. El mastin se echó á sus pies.

—Estas lágrimas, continuó Adela, me dan la vida; desde esta mañana necesito llorar.

—Sí; pero basta ya, repuso Manuel tomándole la mano.

—Manuel, déjame desahogarme, repitió casi ahogada por los sollozos; déjame llorar una vez de contento por las muchas que he llorado de tristeza,...

El mastin les lamia las manos que tenían agarradas.

—Cuánto hace que no hemos estado debajo de esta carrasca! dijo Adela serenándose; y cuánto he padecido desde que no la he visto!...

—Y cuánto gozaremos ahora!.. Ahora qué se opone ya á nuestra felicidad? Nada. Nuestros padres nos dejan amarnos, y pronto seremos esposos.

—Esposos... repitió maquinalmente Adela, é inclinó su frente sobre el hombro de Manuel.

Los dos callaron, y en su silencio oían el lejano ruido de la danza, el sonido de las panderetas y el de las zampoñas.

Adormecidos con sus ilusiones, con sus esperanzas, con sus placeres y con la música lejana, los cogió la noche sin advertirlo. Cesó el barulio de la fiesta; despertaron los amantes, y alumbrados por la luz de las estrellas regresaron al pueblo.

En casa de Andrés estaba reunida su familia y la de Julian.

Mas tarde, á la hora de recogerse, rehusando el sargento con ceño adusto los sinceros ofrecimientos de Andrés y los de Julian, se fue á dormir á la choza de su Abuela Aveducula.

Eran las once de la noche. La vieja y él permanecían sentados en el bogar de la lumbre, donde ardía un montoncillo de paja, y á cuya cocina se entraba por una puerta, ó mejor, por un agujero abierto en el portal.

—Abuela, le dijo el sargento: sabe V. que he pensado una cosa?

—El qué, hijo mio?

—Atiéndame V.: yo ya he corrido bastante mundo; oh... ya lo creo... como que me han salido los bigotes en la guerra; he hecho una buena pacotilla, y quiero ahora casarme.

—Casarte... y con quién?

—Ese es el caso; yo quisiera una muchacha joven, con buen palmito, y que tenga un patrimonio que corresponda á mi clase: al mismo tiempo deseara tambien que fuera de mi pueblo.

—Ay, hijo mio!... respondió la tía Avedúcula; en tu pueblo no hay ninguna muchacha que corresponda á tu clase: todas son infelices criadas y dependientes de Julian y de Andrés.

—No hay, eh? .. y la hija de Andrés?

—La Adelilla?... ay, hijo, mal vas por ese camino.

—Por qué? preguntó con enfado el sargento al-
gun tanto picado su orgullo.

—Por qué? porque esa muchacha está enamorada perdida de Manuel. Voto al chápиро... refunfuñó pegándose un golpe en la frente: y yo he contribuido con mis chismes á que se haga esa boda .. dian re... si tú hubieras venido cuatro días antes otra cosa hubiera sido; pero ahora... no hay fuerzas humanas que le hagan olvidar á Manuel.

—Toma, porque no ha visto al sargento: espere usted que me ponga yo mi vestido nuevo, que la mire como yo sé mirar á las mujeres, y que le hable con esa labia que tenemos los militares.

—Me parece, Lázaro, que todo es escusado.

—Escusado, eh?

—Tate .. exclamó de repente la Avedúcula poniéndose el dedo sobre la nariz en ademán pensativo.

Despues de un instante, añadió:

—Ya hemos triunfado si te arriesgas á lo que yo diga

—Si me arriesgo? no sabe V. con quién habla.

—Todo lo merece la muchacha, hijo mio, porque es lindilla, y luego en tierras, granos y ganados... siempre vendrá a reunir unos doce mil duros.

—Ola... doce mil duros... Con doce mil duros Lázaro y uno mucha linda, eres un príncipe. Vamos, vamos, diga V., qué idea le ocurre?...

—Eres valiente?...

—Va... pregunte V. á la primera compañía de línea por el sargento Alvarez.

—Pues oye; estas dos familias que se unieron ayer cuatro horas antes de llegar tú, han estado reñidas toda la vida: maldita de mí, que tuve mi buena parte en juntarlas! y cuando murió el padre de Andrés... lo conociste tú?

—Sí señora.

—Qué bueno era el pobre! Pues señor, cuando murió le dijo á Andrés: «oye, hijo mio, no te reconcilies con esa familia; y para casar tu hija busca un novio forastero, sino acaso podré desde el sepulcro salir á castigarte, me lo juras?» Andrés se lo juró, y ya ves que no ha cumplido su juramento; pues bien, les hacemos creer que sale la alma del padre de Andrés por las noches.

—Buena ocurrencia.

—Al instante te separan los dos muchachos, y entonces es cuando tú con tu labia te calzas con la muchacha.

—Si; pero como...

—Calla, bobo: no discurris nada los hombres; ya se me figura que te estoy viendo: yo te arreglaré con mis dos sábanas una túnica larga, te la pones y

sales por esas calles con una campanilla gritando que estás condenado.

—Y yo que se andar en zancos...

—Si, eh? tanto mejor. Eso ya lo dispondremos bien; ahora vamos á dormir: qué te parece mi ocurrencia?

—Muy buena; pero la dejaremos para el último remedio: antes quisiera mirar si podia desbancar á ese pastorcillo.

—Haz lo que mas te acomode.

Y cada cual se metió en su cama.

Al dia siguiente se levantó temprano Adela y ya encontró con su madre á Manuel. Desde el momento de la reconciliacion comian juntas las dos familias tolos los domingos, alternando por orden. Adela pasaba las mañanas al lado de su madre; y por la tarde se iba con su mastin á la carrasca negra donde ya la esperaba Manuel alegrando el bosque con su zampoña; se sentaban cada uno en su peña; el mastin ocupaba tambien su lugar, y juntos aguardaban la noche que encendia su amor.

De este modo trascurrieron ocho dias; dias de placer para los amantes, al cabo de los cuales Andrés y Julian trataron de la boda con formalidad, y resolvieron casarlos el último domingo. Era lunes: hacia tiempo que el sargento, cuarteándose ante la ventana de Adela, perulándose y ofreciendo diferentes actitudes, no la dejaba un instante, importunándola además con sus fastidiosas conversaciones y con sus galanteos, que no referiré á V por lo molestarlo, y que aunque acogidos con desprecio por la niña, no bastaban á desengañar aquel mentecato.

Adela no podia quedarse sola en casa, porque el sargento, de espia constantemente, se le embo-

caba encima á sofocarla de nuevo con sus fatigadas

Adela padecía, Adela sufría mucho; pero ocultaba su sufrimiento á todos, especialmente á Manuel, y se contentaba con rogar á la Virgen Santísima que acercase el día de su matrimonio.

En el mismo lunes; en el mismo momento en que ya le he indicado á V. que Julian y Andrés determinaban en casa del primero unir sus hijos, jemía en su cocina la infeliz niña apurada por las atrevidas exigencias del sargento, que con los ojos encendidos y el rostro pálido, le decía sentados ambos en el hogar:

—Conque no me amas? conque á un sargento despidas por un pastor?...

Adela lo escuchaba sin responder, con la cabeza reclinada sobre la mano derecha, cuyo codo descansaba en la rodilla.

—Conque no me amas? repitió con rabia.

—No; no te amo, contestó Adela ya te lo he dicho una y mil veces; déjame en paz, Lázaro.

—Déjame en paz!... así se despacha á un hombre... á un militar... á un sargento...

—A uno de los dos tengo que despachar.

—Y entre el pastor y el sargento, á quién despachas?

—Ya te lo he dicho mil veces, al sargento.

—Esto no se puede aguantar; tanto desaire á mí!... é hizo un movimiento de despecho: qué dirían mis amigos si lo supieran!... Vaya por última vez: Adela piensa bien la respuesta: Me amas?

—No.

—Pues no te has de casar con Manuel, yo te lo juro.

—No me casaré con él si algún malvado lo estorva

con su malicia; pero los dos moriremos amándonos.

El sargento se enfurecía cada vez mas.

—Oye... repuso levantándose y en ademán de burla, tú ignoras una cosa; tú ignoras por fuerza que cuando murió tu abuelo le dijo á tu padre: «si casas á tu hija con Manuel, aun podré desde el sepulcro vengarme de vosotros.» No sabemos lo que te aguarda, Adela, prosiguió con un gesto de marcada ironía: adios; me parece que morireis amándonos.

Adela se quedó llorando. Pasada una hora llorando su padre y Manuel.

—Hija mia, le dijo el primero, venimos de casa de Julian y ya hemos convenido vuestro matrimonio para el domingo.

Adela sintió en el corazon un golpazo de alegría; pero el rubor de los diez y siete años cubrió su rostro.

—Dentro de ocho dias, continuó su padre, ya seréis felices.

Una lágrima de placer asomó á los ojos de la joven.

—Adela, hija mia... gritó en esto su madre desde el portal.

—Qué quiere V., respondió Adela.

—Baja.

Adela, Manuel y Julian bajaron al portal y encontraron á la tia Tomasa casi sin aliento.

—Hija mia... exclamó así que la vió; mira, cuidado con que vayas sola al palomar á echarles de comer á las palomas.

El palomar, me advirtió mi amigo, es ese torreón que aun se conserva; tenia dos pisos, el primero servia de granero, y en el segundo anidaban multitud de palomas.

—Que no vaya... por qué madre? preguntó Adela.

—Ay, hija mia!... oye; oid vosotros tambien.

—El qué?...

—Cuenta la tia Avedúcula que todas estas noches de atrás resonaba dentro un ruido como de cadenas y como quejidos de un hombre.

—De veras?

Andrés y Manuel se sobrecogieron; pero quien temblaba de pies á cabeza era Adela, que palideció de repente recordando la amenaza del sargento.

—Sí, prosiguió la tia Tomasa; un ruido hondo de cadenas y quejidos como de un hombre que penaba mucho: lo contó ayer á sus vecinas la Avedúcula; y como á la pobre mujer la tienen sobre ojo, no le hacian caso; las llamó anoche á eso de las diez y oyeron lo mismo que les contaba la vieja: se asomaron con mucho miedo por el agujero de la llave, y echaron á correr gritando.

—Vieron algo? dijo Manuel.

—Ay, Virgen Santísima!... sí... vieron que lo que jemia era una cosa blanca que se revolcaba y daba de cabezazos por el suelo.

—Dios mio! exclamó él mismo.

—Cuatro mujeres y dos hombres lo vieron.

—Y qué hicieron despues? preguntó Andrés.

—Qué han de hacer!... encerrarse en sus casas y atrancar bien las puertas.

Los cuatro estaban sobresaltados, pero Adela amarilla como un difunto.

—Jesus!... murmuró la tia Tomasa aflijida, luego... hablan tanto por ahí...

—Pues qué dicen? preguntó Andrés.

—Qué dicen? preguntó Adela con ansiedad.

—Nada, nada, respondió con disimulo, bobadas;

en seguida añadió al oído de su marido: no conviene que lo sepan los muchachos: en la cama te lo contaré. Despues continuó en voz alta: esta noche se queda mucha gente á ver si vuelve á oirse el ruido.

—Es cosa estraña, dijo Andrés; y se subieron á la cocina.

Adela padecía demasiado; no podia borrar de su imaginacion la amenaza del sargento.

—Se me olvidaba decirlo, repuso la tia Tomasa variando de tono, que me ha dado espresiones para vosotros el sargento, el nieto de la tia Avedúcula, que no te ha encontrado, Andres, para despedirse de ti.

—Aquí ha estado, dijo Adela.

—Pues qué se marcha? preguntaron Andrés y Manuel.

—Si, respondió la tia Tomasa; se va para veinte dias; ya iba con la mochila al hombro, y la pobre Avedúcula se quedaba llorando; no es estraño, es muy campechano su nieto.

—Si lo parece, añadió Andrés.

Adela no pudo contener un estremecimiento. Y Manuel se fue á comer esperando con anhelo el domingo.

Llegó la noche; pero antes es preciso que V. sepa que en este pais hombres y mujeres son por lo general cobardes, tímidos y supersticiosos: creen en duendes, brujas y fantasmas casi con la misma fé que creen en la religion; y en tocarles tales asuntos, si están reunidos muchos les absorbe la atencion, si están pocos los aterra.

Vamos á ver, pues, en qué para la tramoya de la Avedúcula.

—Si; vamos á ver.

—Ella con toda intencion, como habrá V. cono-

eido, dispuso que el sargento arreglase su casa, y que se despidiese de sus amigos para que todos le vieran irse, quedándose ella llorando. Pero ya hemos oido referir á la tia Tomasa; pero al pardear la tarde regresó el sargento á casa de su abuela sin ser advertido de nadie, lo que no le costó mucho, porque la choza de la Avedécula se hallaba en la misma salida del pueblo, muy cerca del torreón.

Se hizo por fin de noche; dieron las diez, y los alrededores del palomar de Andrés comenzaron á llenarse de gente. Un silencio profundo habia dentro y fuera de la torre; pero nadie se atrevia á acercarse á la puerta. Dieron los tres cuartos para las once, y la gente empezaba á temer, y se iba alejando de la torre sin retirar de ella la vista.

La noche era serena, pero oscura.

Andrés se iba á acostar; mas como su casa distaba poco de la torre, oyó el ruido de la gente, y salió á la ventana con su mujer.

—Ya estamos, soles le dijo; qué es lo que tenias que contarme sin que lo oyera Adela?

—Pobre hija mia!... Jesus!... qué poco han durado sus alegrías!...

—Por qué?

—Escucha, marido, escucha; dicen por ahí que ese ruido de cadenas y esos lamentos son del difunto tu padre...

—Calla, mujer, no hagas caso...

—Si, Andrés, prosiguió, que está padeciendo porque se casa nuestra hija con el hijo de Julian. Acuérdate, Andrés, del juramento que le diste cuando se murió.

—Tienes razon, respondió Andrés frunciendo las cejas, ahora lo creo: un juramento prestado á un padre en el momento de morir es lo mas sagrado...

y no lo he cumplido... ay, Tomasa! y la alma de mi padre cuánto tormento pasará en el otro mundo por nuestros nietos!...

—Y la pobre Adela... exclamó su madre con ternura; si la separamos otra vez de Manuel se muere, créeme.

—Esperemos á ver en lo que para esto, dijo con sentimiento Andrés; mañana consultaremos en secreto con el señor cura lo que debemos hacer en un lance tan importante.

—Mira, repuso la tia Tomasa; la tia Avedúcula, que es la primera que ha oido el ruido, asegura que empezó á oirlo la misma noche que convinimos la boda de los muchachos.

—De veras?

—Jesus, yo estoy muerta; y añaden las gentes, continuó bajando la voz, que sale la ánima de tu padre en nuestro torreón; porque ese torreón fue el motivo del pleito que indispuso las dos familias.

—Todo viene bien... murmuró Andrés anonadado.

En esto dió el reloj las once.

Aun no habia acabado de sonar la última campanada, cuando, conforme con la relacion de la Avedúcula, se oyó dentro de la torre ó palomar un quejido prolongado y lastimero, seguido de un fuerte clujir de cadenas.

Las pobres gentes, crédulas hasta el extremo, volaron á sus casas, atrancaron las puertas y se asomaron á las ventanas. Las calles quedaron desiertas.

Otro quejido mas fuerte y lastimero, sucedió al anterior, y un nuevo ruido de cadenas sucedió á este quejido.

Las gentes temblaban en sus casas; Andrés y su mujer no sabían lo que les acaecía.

—Oyes?... decía la tía Tomasa fascinada por el ruido: la misma voz que tu difunto padre.

—Si... respondia Andrés tiritando; me parece que oigo ahora las mismas razones que me decía al tiempo de morir: «si no cumples tu juramento aun podré salir del sepulcro á castigarte...»

En aquel momento se abrieron de par en par las puertas de la torre por donde cabia á entrar una carreta cargada de mies, y se presentó el fantasma inmóvil, de una altura doble que la de un hombre, con una túnica blanca que le arrastraba por el suelo, y un capirote punteagudo, blanco tambien, que le tapaba el rostro. A tal aparicion se siguió en todo el pueblo un ruido sucesivo de ventanas que se cerraban; y el fantasma entonces empezó á andar magistuosamente, cuyo movimiento era acompañado de un continuo rechinar de cadenas en diferentes tonos.

Atravesó la calle en que vivia Andrés; Tomasa se desmayó al sentir aproximarse el ruido de las cadenas: fue su padre á despertar á Adela y la halló de rodillas sobre la cama, bañada en lágrimas, orando ante una estampa de papel pegada en su cabecera; pero Adela orava para que la Virgen Santísima hiciese que el fantasma fuera lo que ella sospechaba en su corazon; y el miedo y el temor de la burla no le permitian declarar.

El fantasma cruzó despues la calle de Julian; se paró un momento delante de la iglesia y regresó al torreón, donde entró sin haber pronunciado una palabra, sin haber exhalado un jémido, pero dejando consternadas todas las familias, especialmente las de Andrés y Julian.

Amaneció á su vez, y la luz del sol dió ánimo á los vecinos de Maseboso para abrir sus puertas. Ya comenzaban las mujeres de la aldea ostigadas por la

Avedúcula, á murmurar en corrillos de la boda de Adela y de Manuel; y aunque semejantes murmuraciones se extendian poco hasta entonces, no dejaban de hacerle cobrar algunas esperanzas de triunfo.

Andrés y Julian se acercaron á casa del párroco á consultar sobre este suceso, y lo encontraron leyendo un libro con el mismo objeto.

Aquel sacerdote, que con un valor verdaderamente apostólico supo ollar el odio inveterado de dos familias y obligarles á reconciliarse, claudicó ante la astucia de una vieja y la tenacidad de un malvado; y así que entraron en su habitación los recién llegados:

—Ya supongo á qué vienen Vds., les dijo; acabe de ver, prosiguió cerrando el libro y colocándolo sobre la mesa, acabo de ver cómo los santos Padres tratan este asunto, porque el fantasma de anoche me tiene aterrado. Sientensé Vds. y escúchenme un momento.

Los dos se sentaron con semblante pálido.

—La Iglesia manda, principió por decir, frotándose las manos, que seamos muy cautos y detenidos en dar crédito á visiones de particulares, apariciones publicas y á milagros no aprobados por los obispos; pero al mismo tiempo concede que las almas de los muertos se han aparecido y pueden aparecerse á los vivos de varios modos cuando aquellas tienen algo que satisfacer en el mundo, como juramentos, mandas piadosas, etc.

A medida que el sacerdote hablaba, Andrés y Julian se iban poniendo amarillos como un cadáver.

—Tales apariciones, prosiguió, se verifican de diferentes modos; ó espiritualmente, y estas suelen venir siempre para bien; ó con el mismo cuerpo que tuvieron durante su vida, ó con otra sombra hor-

rorosa que espanta al que la vé: hé aquí nuestro caso; ahora bien, yo hago un raciocinio: la iglesia encarga que nada creamos en semejantes materias, á no ser aprobado por nuestros prelados; pero la misma Iglesia conviene en que pueden aparecerse alguna vez las ánimas de los difuntos: acaso este sea uno de los casos que despues de probados este-mos en la obligacion de creerlos.

—Y tanto... dijeron exhalando un suspiro Andrés y Julian.

—Yo voy á dar parte al obispo.

—Y qué hacemos mientras? preguntó Andrés.

—Qué? respondió el sacerdote, encomendarlo á Dios cada uno en su casa y todos en la iglesia. Esta noche despues del rosario rezaré por él un Padre nuestro.

—Y despues, volvió á preguntar Andrés temblando, si por algun lado se acredita ser la ánima de mi difunto padre, que en paz descanse?

—Cumplir su juramento: á veces el hombre yerra creyendo acertar. Yo he errado en este caso; pero mi intencion era la mejor.

—Cumplir su juramento... repitió entre dientes Julian.

—Pobre hija mia! exclamó Andrés enternecido.

—No hay remedio, añadió el cura; primero es la felicidad eterna que la temporal. Es preciso sacrificar la dicha de los dos jóvenes por el alma de su padre de V.

Andrés y Julian hicieron un gesto de dolor.

—Miren Vds., continuó, no hay que aflijirse; busquen Vds. para Manuel una muchacha de su clase, y para Adela un muchachó, que no faltarán; y casados ambos no serán tan infelices como se piensa.

—Ay, señor!... murmuró Julian.

—Casarse con otro!... dijo Andrés con despecho; no señor... imposible!... morirá mi pobre Adela; estoy seguro, morirá... la muerte de la nieta salvará el alma del abuelo. Y se levantaron los dos.

El sacerdote se levantó tambien, y tomando del brazo á Andrés:

—No hay que apurarse, le dijo; no sabemos todavía de cierto quién es ese fan asma, ni qué pecado le trae así: hasta ahora todo es suposiciones; cuanto se ha hablado aquí sea un secreto.

—Por supuesto.

—No decir nada á nadie, y menos á Manuel y Adela, hasta que no haya remedio. Entonces... qué le hemos de hacer?

—Pedir á Dios paciencia y conformarnos con su alta providencia, contestaron los aflijidos padres: y encojiéndose de hombros y despidiéndose con un respetuoso saludo, salieron de la habitacion.

Manuel y Adela pasaron la mañana juntos en casa de la segunda: aquel miraba con desesperación la melancolía del rostro de su querida, y en vano trataba de alegrarla; en vano le prodigaba los mas cariñosos alhagos; en vano le recordaba los dulces momentos que habian gozado y esperaban gozar al pie de la carrasca negrala; cada palabra suya entristecía mas á Adela, y algunas veces asomó á sus hermosos ojos una lágrima que reprimió con violencia. Uno y otro tenían fijo el pensamiento en el fantasma de la noche anterior; pero ninguno se atrevió á tocar semejante conversacion.

La tia Tomasa amaneció enferma y se quedó en cama.

Llegó la tarde; el rosario se rezó muy temprano; los labradores recogieron pronto la labor; los pastores llevaron sus ganados á cerrarlos en las ma-

jadas mas lejanas de la aldea, y aunque la noche era placentera, ni en el monte ni en el valle se oía la voz de una zagala, no resonaba el eco de una zampoña.

Apenas habia oscurecido cuando se atrancaron bien todas las puertas y todas las ventanas del pueblo; y sus habitantes aterrados sobremañera, acechaban por las rendijas y por los agujeros de las llaves.

Reinaba un silencio imponente, y en medio de este silencio se iban deslizand las horas del reló, y cada hora que trascurria iba aumentando el general terror.

Por fin dieron las once. A la última campanada se percibieron en confuso dentro de la torre los gemidos y las cadenas: se abrió la puerta y apareció el fantasma; pero antes de andar:

—Dilin... dilin... tocó una campanilla de bronce: cuando se acercó á casa de Andrés—dilin... dilin... volvió á tocar la campanilla: en casa de Julian hizo lo mismo; se paró en la iglesia, tocó la campanilla y se sumerjió en el torreón.

--Señor, las dos señales que hizo el fantasma frente á las casas de Andrés y de Julian fueron miradas por el pueblo y por ellos mismos como un aviso terrible con que reprendia á las dos familias por el crimen que cometian: fascinados por el miedo, que todo lo aumenta, nadie dudaba ya que el fantasma era la ánima del padre de Andrés, que la desobediencia de sus nietos habia puesto en aquel estado.

El negocio se hizo público, y cada uno interpretaba á su modo las funestas consecuencias que acarrearía al pueblo. El rencor de la aldea caía en peso sobre los desgraciados amantes, y no faltó quien,

meitado por la Avedúcula, osara zaherirles su matrimonio, y hasta mandarles que desistieran de su proyecto para volver á los vecinos la calma que les habian quitado.

Maseboso era un desórden en el que nadie se entendia; y en medio de tanta confusion, hacia progresar con maña la maldita vieja la chispa de la discordia. Huyó de su casa aparentando miedo, porque estaba cerca de la torre; y á su imitacion desalojaron tambien las suyas los habitantes mas inmediatos.

Mil maldiciones llovian sobre Manuel y Adela; y Manuel, devorado por una tristeza poderosa, iba perdiendo lentamente la salud. Lo mismo sucedia á Adela; pero no era solo tristeza lo que esta padecia, era una lucha de dos pensamientos encontrados que la despedazaban; y la despedazaban tanto mas, cuanto que la encerraba en su pecho: callaba con valor y se consumia á si misma.

El sacerdote entretanto esperaba reunir mayor número de datos y de observaciones para pasar á hablar con el obispo.

A su tiempo vino la noche: todos se recogieron pronto; todas las puertas y ventanas se cerraron, y otra vez se pusieron á escuchar las gentes por las rendijas. Sonó la hora, y el fantasma apareció como de costumbre en el pórtico de la torre; pero exhaló un profundo gemido, y luego sucedió el dilin.... dilin... de la campanilla. Comenzó á andar al compás de las cadenas, pero se paró delante de la casa de Andrés; la punta del capirote llegaba á la ventana desde donde escuchaban, y al verlo pararse se retiraron horrorizados. Entonces:

—Dilin... dilin... tocó la campanilla, y con una

voz muy quejumbrosa, como del que se lamenta, gritó:

Quitadme este fuego en que ardo,
Pecadores que me veis... dilin dilin...

Un asombro general, desmayos y angustias produjeron estos clamores. Pasado un minuto de silencio, tornó á gritar con voz aun mas dolorida:

Nietos que el diablo me ha dado,
Mirad cómo me teneis.... dilin.... dilin...

Y siguió la marcha entre el clujir de las cadenas. Lo mismo que en casa de Andrés hizo en casa de Julian, lo mismo en la iglesia, y se refugió en la torre.

El terror que se apoderó de la aldea no puede esplicarse; y aquella misma noche no hubo cocina de que no salieran cien súplicas al cielo, y cien blasfemias contra los amores de Manuel y Adela. La tia Avedúcula se reía á solas con satisfaccion.

Tan luego como amaneció se sintió un alboroto extraordinario en la Aldea: despavoridos todos por la vision nocturna del fantasma, y no quedándoles ya un punto de duda que era el padre de Andrés que salia de la sepultura á vengar la tenacidad de sus nietos; juraban contra estos, los hacian responsables de las desgracias sobrenaturales que apremiaban al pueblo, y arrollando miramientos trataban á todo trance de estorbar aquel matrimonio.

El fantasma seguia apareciéndose todas las noches de la manera que lo hemos visto la última, y cada vez infundia mas asombro sobre aquellas pobres gentes.

Llegó el domingo, día que tenían destinado para la boda. Manuel y Adela estaban reunidos en la cocina de esta: tristes los dos y consolados en vano por la tía Tomasa, veían pasar entre pesadumbres y amarguras un día que habían dedicado á colmar de delicias su amor.

Adela se hallaba recostada sobre el hombro de su madre que se había sentado en un banco junto á la ventana, y Manuel á su lado, cuando se presentaron Andrés, Julian y cuatro ancianos del pueblo, unos y otros cabizbajos y con semblante abatido.

—Hija mia, dijo Andrés dando un suspiro.

Los demás se sentaron sin hablar palabra.

—Hija mia, pido al cielo que te dé paciencia.

Adela se echó á llorar en el regazo de su madre.

—Pues qué hay? preguntó Manuel alarmado.

—Fuerza es decirlo, hijos míos, respondió Andrés. El pueblo está alborotado contra vosotros; ya habeis visto esa aparicion que nos aterra; no encuentran otro medio de evitarla que impedir vuestro casamiento; y estos ancianos, continuó señalándolos con la mano, vienen en comision con dicho objeto.

—Hija de mi vida!... exclamó la tía Tomasa apretándola contra su pecho.

—Oh!... yo no lo consiento... gritó Manuel enfurecido. Yo no puedo vivir en el mundo lejos de Adela...

—Cálmate, muchacho, dijo un anciano; á tí te proporcionaremos otra muchacha que te haga feliz.

—A mí?... lo interrumpió Manuel.

—Oye con calma; y á Adela le buscaremos otro chico, y así los dos sereis dichosos.

Manuel iba á hablar; pero lo contuvo el mismo anciano.

—Sereis dichosos, y librareis al pueblo del ter-

ror que le agobia y de los desastres que le amenazan.

—Yo ver á Adela en poder de otro muchacho... gritó de nuevo Manuel arrojando fuego por los ojos.

—No, no me verás... contestó Adela entre sollozos; me voy á morir muy pronto.

—Es de todo punto indispensable, repuso otro anciano, cortar este enlace: por miedo del fantasma el labrador no cultiva las tierras como debe; el pastor abandona el ganado; nadie acude á los mercados vecinos, y esto por dos muchachos que se les ha antojado quererse.

Luego prosiguió en tono de consejo:

—Mirad, jóvenes, mirad por el alma de vuestro abuelo.

Adela, con la cara pegada al regazo de su madre, lloraba amargamente. Manuel bramaba de cólera.

—Vamos, Manuel, dijo Julian levantándose y tomándolo del brazo, hijo mio, mas que tú padezco yo; se me parte el corazon al tener que hablarte así; pero Dios lo quiere: tienes que hacer un sacrificio... hazlo cuanto antes; vamos, hijo mio, despídete de Adela...

—Padre.... murmuró Manuel, tambien V. contra mí?

—No me mates, hijo mio... despídete de Adela!...

—Adios, Adela!.... dijo con amargo y frenético despecho saliendo de la cocina sin mirarla.

—Adios para siempre... articuló entre dientes Adela sofocada por las lágrimas.

—Llora, hija mia... llora... en el pecho de tu madre que no te abandona... repetia esta desesperada, y la apretaba todavía mas.

—Manuel, grito Adela incorporándose de repente

como si despertara de un sueño, te marchas? oye una palabra ..

—No, no me marchó, aquí me tienes, respondió Manuel volviendo á la cocina enagenado de gozo y de furor.

—Al fin voy á decirlo, exclamó Adela levantándose con valiente resolución.

Todos se le quedaron mirando.

—Tú puedes aniquilar ese fantasma Manuel; serás capaz de hacer lo que yo te mande?

—Oh!... dime que con el mundo... contestó Manuel.

—Me tratarán de loca, repuso Adela, de tonta, de presumida, pero no me importa; este rubor me ha detenido hasta ahora; pero al separarme de tí todo lo echo á un lado: Manuel, yo se quien es el fantasma.

—Tú!... gritaron todos.

—Sí, yo... No es mi abuelo; el pobre descansa en paz; es un pícaro, es un bribon que á todo trance quiere casarse conmigo.

—Va!... ensueños de una niña, refunfuñó un anciano haciendo un gesto de burla.

—Quién es? preguntaron los demás.

—No, el nombre no lo diré, respondió Adela, si ustedes son valientes, Vds. lo aprenderán por sí mismos.

—Pues en qué te tundas hija mia? preguntó Andrés

—Olgame V.; hace un mes vino á casa un joven y comenzó á solocarme con que le amara; yo le respondí negativamente con desprecio, hasta que un día me dijo: Adela, si no amaras á Manuel, me amarías á mí? Y como en tales términos me molestaba, —regularmente, le respondí; por quitarlo de mi la-

do. Calló dos dias; pero á luego comenzó de nuevo con sus instancias que llegaron á apurarme. Yo nada dije á V., padre. por no comprometerlo; ni á ti Manuel por no darte un disgusto: yo me consumia en mi interior aquella temporada, y cuanto mas alegre me presentaba ante Vds. mas sufría mi espíritu en silencio.

La curiosidad iba creciendo por grados en los semblantes de los que la escuchaban.

—Una mañana en que ya lo desairé redondamente:—oye, me dijo mirándome de un modo que me hizo temblar, tú ignoras por fuerza una cosa; ignoras el odio que ha habido entre tu familia y la de Julian; ignoras que tu abuela le dijo á tu padre al tiempo de morir:—si no cumples tu juramento aun podré salir del sepúlcro á castigarte; pues bien Adela; aun no sabes lo que te aguarda, no te unirás á Manuel, yo te lo juro; y se marchó dejándome asustada.

—Ya sé quien es; gritó Manuel pegándose un golpe en la frente; él si que no sabe lo que le aguarda.

—No puede ser otro que Lázaro, el nieto de la tia Avedúcula, dijo Julian; no hay en el pueblo quien tenga tal atrevimiento.

—Es el sargento? preguntó su madre á Adela, dílo, hija mia.

—Sí, el sargento es: respondió Adela.

—Va!... el sargento murmuró en tono de mofa, aquel anciano que antes le habia contradicho; como ha de ser el sargento si marchó hace tantos dias.

—Calle V.; le dijo Julian con mal ceño.

—Ese fantasma no es otro, replicó el anciano, que el difunto padre de Andrés.

—Que calle V. le ha dicho, repitió Julian; ó cae usted por la ventana.

El anciano calló á tal amenaza.

—Y habia de ser ese infame... exclamó la tia Tomasa.

—No queda duda, respondió Julian; ahora recuerdo que la tia Avedúcula es la primera que dice lo ha oído.

—Y aquella mania, repuso otro anciano, de que todos lo vieran irse...

—Y aquel plurito, añadió Julian, de decir su abuela á todo el que se encontraba, que su nieto se habia marchado...

—Sí, el es, repitió Adela, mi corazon me lo dice.

—Sí; pero el corazon engaña muchas veces, contestó el viejo á quien habia amenazado Julian.

—Hombre, haga V. el favor de callar, le dijo Andrés.

—La misma suerte que el fantasma va V. á correr si habla una palabra mas, gritó Manuel enfurecido.

El viejo se retiró un poco atrás refunfuñando entre dientes.

—Pues por qué no has dicho antes todo esto? prosiguió Manuel dirijiéndose á Adela, y nos hubieras ahorrado muchos disgustos.

—Por qué? porque me daba vergüenza decir que yo hacia un hombre por casarse conmigo.

Su padre y su madre se sonrieron al escucharla.

—Vamos, y qué se hace con el fantasma, preguntó Andrés.

—Eso de mi cuenta corre, contestó Manuel; yo reuniré á mis amigos, le esperaremos al salir de la orre, y le asestaremos un tiro en parte que no lo matemos.

El anciano hizo un gesto de miedo y de duda.

—Nosotros os acompañaremos también, dijeron Andrés, Julian y los otros tres ancianos; y como usted suelte una palabra le estará cara la fiesta, y señalaron al cuarto.

—Pues señor, avancemos en el cuento, me dijo mi amigo, descansando un rato, que ya se hace tarde.

— En efecto.

Llegó la noche, y á eso de las diez se veían apostados en un portal próximo á la choza de la Avedúcula un grupo de hombres con cinco escopetas, aunque no del todo tranquilos. La puerta en que estaban cogía casi de costado á la del torreón y la separaba de ella una distancia de cuarenta pies. La tia Avedúcula que descubrió semejante aparato, salió disimuladamente de su choza, donde residía aun cuando hacia creer que la abandonaba de miedo, y rodeando mucho se dirigía al torreón; pero advertida por los apostados, la atraparon, y á pesar de sus instancias, protestas y chillidos, la encerraron con llave en otro portal. La salida de la Avedúcula confirmó sus sospechas, y les hizo cobrar algo de ánimo, que bien lo necesitaban.

Dieron las once y se dejaron oír como siempre los quejidos y el clujir de las cadenas. A pesar del valor que se procuraban infundir unos á otros los de la ronda, temblaban como el azogue, y se metieron en casa aterrados, quedando solo tres en la entrada, Julian, Andrés y Manuel.

Se abrieron las puertas de la torre y apareció el fantasma; pero acostumbrado al triunfo, no podía imaginarse que tres escopetas bien cargadas enfilaran hácia él la boca de sus cañones.

Adelantó un paso; rechinaron las cadenas y tocó

la campanilla ; pero al sonido de la campanilla sucedió el estruendo de una descarga cerrada, y el fantasma cayó de golpe en el suelo. La casualidad hizo que una bala le quebrara un zanco, dejando el cuerpo sin lesion ninguna.

Entonces corrieron todos gritando :

—Luces... luces...

Cargaron sobre él, y Manuel, arrancándole el paño que le cubria el rostro, exclamó :

—El es, él es ; bien decia Adela.

Acosado el sargento por la gente que se echaba sobre él y lo maltrataba, disparó un pistoletazo, y al pistoletazo siguió el ruido sordo de una persona que caia en tierra ; levantaron asustados al herido, y al ponerlo derecho espiró. Este herido era Manuel.

Todos á porfia rompieron los zancos del fantasma, le rasgaron la túnica, y quitándole otra pistola, que igualmente se disponia á disparar, lo llevaron á la cárcel entre insultos, amenazas, y un grito general de reprobacion.

Tambien la tia Avedúcula, á quien sacaron por fin de su encierro, tuvo su parte de castigo ; pero á esta se lo dieron principalmente los muchachos.

—Usted, señor. puede figurarse mejor que yo explicar, me dijo mi compañero, cuál seria el dolor de Julian aquella noche, al encontrarse en sus brazos con su hijo muerto ; y cuál seria el dolor de Adela al recibir la noticia de la muerte de Manuel, á quien tanto amaba, y de la cual bajo todos conceptos se acusaba ella como única causa.

Al llegar á este punto, señor, cuando el cuento se refiere en alguna cocina de los pueblecillos inmediatos, se paran un momento, toman aliento y rezan un Padre nuestro por el alma de Manuel. Despues continúan así :

A los ocho días de la muerte de Manuel vino un piquete de infantería y se llevó al traidor sargento al juzgado competente. A Manuel lo enterraron con pompa pastoral; todos los jóvenes del pueblo iban con ramos de carrasca en las manos; y las doncellas formaron coronas de las flores mas hermosas del campo y las derramaron sobre su sepultura.

Desde aquel momento acabaron para Adela todos los placeres del mundo, y una melancolía, un astio terrible se apoderaron de su ánimo. Nada le causaba placer, nada la distraía; cualquiera cosa le hacia prorrumpir en suspiros, y arrancaba de sus ojos dos lágrimas de dolor; y la amargura que devoraba su alma se pintaba bien á las claras en su rostro pálido y abatido.

Las mañanas las pasaba junto á su madre que la acariciaba con muestras de un sincero y profundo cariño, que no la importunaba con vanas reflexiones de consuelo, y tocaba solo las conversaciones que conocia le halagaban. Las mañanas las pasaba en el regazo de su madre; y por la tarde se desprendia de sus brazos, cortaba en estas praderas manojos de violetas y margaritas; iba á la iglesia, y en medio del silencio del templo se arrodillaba sobre la losa que guardaba las cenizas de Manuel; oraba largo rato con verdadero fervor; recogia las flores secas que la tarde anterior habia esparcido sobre la sepultura de su amante; las besaba, las humedecia con sus ardientes lágrimas, echaba las nuevas que llevaba, besaba el suelo y huía de la iglesia. Es de advertir que ningun vecino osaba arrodillarse sobre aquel sepulcro cubierto de violetas y margaritas.

Cuando Adela concluía tan piadoso entretenimiento ya era la última hora de la tarde: se subía

al monte acompañada de su mastin y se sentaba debajo de la carrasca negrala, en la misma piedra que para ella habia colocado en otro tiempo mas feliz la mano de Manuel: el mastin se tiraba á sus pies; el sol se despedia como siempre de ella, bañando su rostro, y sin embargo Adela padecia... ah! aquel grupo estaba incompleto... la piedra que ocupaba Manuel estaba vacía .. y aunque en aquel punto se hallaba Adela mejor que en ningun otro, ninguno con mas fuerza le rascaba el corazon.

Señor, aquella carrasca habia sido la cuna y el sepulcro de sus amores, la cuna y el sepulcro de su felicidad: reclinando la niña la cabeza sobre el anciano tronco: dirigia su lánguida mirada á la piedra vacía, ó ya cerrados los ojos, ó bien fijos en el suelo, repasaba en su memoria todo lo que le habia sucedido desde la tarde que desde aquel mismo punto, en compañía de Manuel, habia visto salir el arco Iris.

Desde alli oia el balido de los rebaños que corrian á las majadas, oia los alegres cantares de las zagalas que los arreaban; oia el eco de las zampoñas de los pastores; y el balido de los rebaños, la voz de las zagalas y el eco de las zampoñas atravesaban su alma, la llenaban de congojas, porque le recordaba con demasiada viveza un tiempo halagueño que acabó para siempre.

—Para siempre!... se repetia con amargura respondiendo á su reflexion, y brotaban de sus ojos dos raudales de lágrimas.

De este modo la cogia la noche, y cuando en el cielo comenzaban á lucir las estrellas, se enjugaba las lágrimas, exhalaba un suspiro, y seguida de su mastin se bajaba á casa donde Julian y su padre la esperaban con impaciencia, y su madre la re-

cibia con los brazos abiertos. Toda la aldea se interesaba en la desgracia de Adela.

Durante el tiempo que el sargento estuvo preso en Maseboso, solo una vez suplicó que le permitieran hablar con su abuela la Aveducula; y esta fue para encargarle que le llevase en una papeleta cuatro docenas de taberneras vivas.

—Señor, llamamos taberneras á esos sapos negros que V. vé en los escombros á orillas de la fuente; y tienen la propiedad de despedir así que entran en el agua un jugo espeso que es un veneno muy activo. Varios segadores mueren hoy mismo por haber tenido el descuido de dejarse el jarro del vino sin tapar. Pues señor, el sargento pidió á su abuela cuatro docenas de esos sapos, y su abuela se los llevó la tarde antes de ser trasladado al juzgado: le preguntó para qué los quería; pero el taimado se guardó muy bien de decírselo.

El día que acompañado de ocho soldados salió de Maseboso, era lunes á las tres de la tarde. El pueblo lo seguía detrás mirándolo con asombro; pero al pasar por la fuente pidió licencia al oficial de la escolta para beber un trago de agua; se lo concedió: se echó á pechos, y despues de haber bebido arrojó á la fuente las cuarenta y ocho taberneras. Se levantó alegre, satisfecho, y volviéndose hácia aquella turba que lo contemplaba sin rechistar, les dijo con descaro:

—Tunantes; pensais verme colgado de la horca? Cuando á mí me quiten la vida, ya habeis de estar vosotros comidos de cuervos.

La turba hizo un movimiento de ira, y el sargento comenzó á andar empujado bruscamente por

el gefe de la escolta, pero dejando envenenadas las aguas de Maseboso.

Recuerdo á V., prosiguió mi compañero, lo que le dije al principio; que en todo el pais, como puede usted observar en el pueblo que habitamos, no se usan como en otras partes las tinajas, si es que por la mañana se trae en cántaros el agua suficiente para el gasto del dia.

A la tarde del lunes sucedió la noche, y á la noche la mañana del martes, clara y templada como acostumbran á serlo en agosto. Aun se conservaba el rocío en las praderas cuando las muchachas del pueblo salian risueñas y frescas á llenar sus cántaros en la fuente; y las pobres cuando regresaban cantando á casa no sabian que llevaban sobre sus cabezas su propia perdicion y la de sus familias.

Aquella misma mañana ocurrieron ya dos ó tres muertes repentinas que sobrecogieron la aldea; pero á las cuatro ó seis horas de haber comido, el terror subió de grado; no hubo casa en que no murieran dos ó tres personas; un llanto general resonó en la aldea, y los semblantes de los vivos aparecian mas lívidos aun que los de los muertos. Al oscurecer se veian ya las calles y las cocinas sembradas de cadáveres, y un lamento comun poblaba los aires. No podian los desgraciados estar en casa, porque veian al padre espirando; no podian salir á la calle, porque veian al amigo muerto.

Varios propios fueron á los lugares vecinos á pedir socorro, pero los infelices sucumbieron tambien en el camino.

La noche aumentó el terror; no se descubrían con la oscuridad los cadáveres tendidos en la calle; pero se oia el téttrico llorar de las familias.

Asi que amaneció salió el sacerdote por las ca-

lles llamando á misa á los pocos vecinos que habian quedado, y afligidos se acogieron todos bajo el sagrado asilo de la iglesia. Cuando el sacerdote se presentó en el altar les dijo volviendo el rostro hacia ellos:

—Hijos míos, haced actos de contrición, yo os absuelvo; y les echó la absolución: nuestro fin es llegado.

Un silencio profundo reinaba en la misa; y durante el sacrificio se oía de vez en cuando un ruido sordo; era el ruido de una nueva persona que caía muerta. Cuando el sacerdote acabó de leer el último Evangelio fue á cerrar el misal, pero no pudo; le llegó su hora, y espiró al pie del altar. Los pocos que aun vivían huyeron de la iglesia despavoridos: y cuatro piadosos ancianos abrieron en ella una fosa para enterrar á su sacerdote: lo practicaron; pero sobre la sepultura que habian abierto y cerrado con sus manos quedaron ellos también muertos. En fin, todo estaba lleno de cadáveres: el pastor que arrea su ganado muere en el campo; el sacerdote cumpliendo su ministerio, muere en el templo; la madre muere dando el pecho á su niño; el niño llora sobre los brazos fríos de su madre, hasta que él muere á su vez.

En una palabra, el martes á las seis de la tarde Maseboso era un gran cementerio: allí no había un ser viviente.

El miércoles, esto es, el día siguiente, vinieron comisionados del juzgado á examinar testigos sobre la causa del sargento, y lo primero que tropezaron en el camino fue con los cadáveres de los propios que habian salido á implorar socorro. Su sorpresa fue grande; pero fue todavía mayor cuando descubrieron una inmensa nube de cuervos y buitres sobre

los tejados de Maseboso y volando en los alrededores. Se volvieron atrás maravillados, y dieron parte al tribunal de un suceso tan extraordinario.

El tribunal, acompañado de una porcion de gente, acudió al momento, y V. puede figurarse la impresion que les produciría semejante espectáculo.

No podian ahuyentar ni á tiros los cuervos y demás aves, y muchos cadáveres estaban ya medio despedazados.

Atraídos por un hecho tan ruidoso, llegaron gentes de las vecinas aldeas, y por orden de la autoridad, toda clase de personas se ocupó en trabajar para dar sepultura á aquellos infelices. Abrieron una gran fosa que les duró veinticuatro horas, en la cual fueron colocados todos los cadáveres del pueblo; salieron á recoger los diseminados por el campo y un cuadro demasiado horroroso se ofreció á su vista. Aquí hallaban una zagala tendida en el suelo; allá un rebaño muerto con su pastor detrás; mas allá... una yunta de mulas huncidas todavía, y el labrador junto á ellas. Todo murió en Maseboso, hombres, mujeres, niños y bestias.

Por último, dando la vuelta por este monte de la izquierda los que habian ido en busca de cadáveres, encontraron muerta debajo de una carrasca una jóven de diez y siete años, que luego reconocieron ser la hija de Andrés. Con efecto; era la pobre Adela que habia subido como todas las tardes á llorar un rato al pie de la carrasca negrala; y en aquel sitio, que tanto le agradaba, donde tanto habia gozado, y donde tantas lágrimas habia vertido, vino la muerte á poner fin á sus desgracias.

Estaba sentada en la piedra que colocó su amante para ella la primera tarde que se citaron: tenia la

cabeza recostada en el tronco del árbol, los ojos cerrados, las manos en cruz y caídas sobre los muslos. Un rayo de sol le bañaba el rostro, que aunque pálido, aún se conservaba dulce: no parecía muerta, sino dormida con el sueño de la infancia.

El mastín se hallaba también muerto á sus pies.

Levantaron conmovidos el cuerpo de la joven, pero dejaron el del mastín, que al parecer quedaba cuidando los dos asientos de sus malhadados amos.

Cuando cubrieron el sepulcro común que habían abierto para un pueblo entero, sacó un sacerdote del sagrario la reserva y la trasladó al templo de otro pueblo.

Los médicos comenzaron á investigar la causa de aquella desgracia, y se horrorizaron tan pronto como vieron en la fuente las taberneras. Para confirmar del todo sus sospechas, hicieron beber á un perro de aquella agua, y murió al instante.

El juez interrogó al sargento sobre este suceso, pero respondió que no sabía nada; mas cuando dos días después se le notificó la sentencia de muerto por el pistoletazo que disparó á Manuel, preguntó al escribano con frialdad:

—Ya no hay remedio?

—No señor.

—Pues bien; muero, pero muero contento. Sepan Vds. que quien ha acabado con Maseboso he sido yo: yo, que nunca he perdonado un agravio, y que hasta en la muerte he triunfado, porque han muerto antes que yo todos mis enemigos.

El tribunal lo miraba asombrado.

—No me miren Vds., prosiguió riéndose: yo amaba á una muchacha, y todo el pueblo se opuso á mis amores: todo el pueblo me insultó; yo debía

vengarme de todo el pueblo. Si no me hubiera vengado, hubiera dejado de ser el sargento Alvarez. Mi abuela me proporcionó cuarenta y ocho taberneras cuando me tenían en la cárcel, y al traerme aquí las derramé en la fuente. Ya han muerto todos mis enemigos, que muera yo nada tiene de extraño.

El juez, los escribanos, los esbirros, no veían en aquel hombre un criminal ordinario; veían un monstruo, veían un aborto del género humano.

Se le formó nueva causa, y se le condenó á ser ahorcado en la plaza de Maseboso, descuartizado y clavada su cabeza en el edificio mayor del pueblo.

Un viernes de setiembre en que el cielo aparecía nublado y el día triste, llegaron aquí á las diez de la mañana ocho soldados de caballería, un escribano, el sargento Lázaro montado en un burro y el verdugo.

Nadie... ni una sola persona lo siguió, porque amedrentaba el país solo el hablar de tales sucesos. Los ocho caballos formaron frente á la horca; el sacerdote con un cristo en la mano se colocó encima; el reo subió las escaleras, el verdugo le metió en el cuello el cordel.

Un silencio profundo le rodeaba.

Mientras el sacerdote rezaba en voz alta el Credo, se oían los esquilonos de las aldeas vecinas que tocaban á la agonía.

Al pronunciar el sacerdote *el su único hijo*, se arrojó el verdugo con el reo, y el sargento Lázaro recibió el merecido de sus crímenes.

Un momento despues solo se descubria en la plaza de Maseboso un cadáver colgado de una horca.

Por la tarde lo descuartizaron cuatro caballos;

enterraron sus miembros, clavaron la cabeza en ese torreón donde habia fraguado su crimen, y el cura, el escribano, los soldados y el verdugo se retiraron á la aldea.

—Este es, señor, el cuento del *Fantasma de Maseboso*. Desde entonces pie humano no ha pisado estos sitios: el pastor aleja su ganado; el cazador retrocede antes de salir del carrascal; los edificios se han ido hundiendo poco á poco, y solo esas palomas que anidan en lo alto del torreón, y el conejo que huye acosado por los perros son los habitantes de estas tristes ruinas.

Mi abuelo aun alcanzó á ver de niño los huesos de la cabeza del sargento clavada en la torre; mi padre alcanzó á ver el clavo que la sostenia; mas á nosotros no ha llegado nada.

—Pero conservan Vds. pura la tradicion, contesté yo. Estoy admirado de ese mónstruo, y solo la guerra ha podido producir un aborto semejante; la guerra, esterminio de la sociedad, que la ambicion de un rey ó el desenfreno de una nacion encienden las mas veces. Hoy mismo existen pueblos en que no se ha conocido el crimen hasta que han ido soldados licenciados, hombres educados en la guerra, y el ejemplo de Maseboso lo prueba palpablemente; pero es una lástima, amigo, que concluya una tradicion tan interesante.

—No señor, me respondió con candor mi compañero, lo saben todos los del pais.

—Ah!... lo saben!... pero atienda V.; su abuelo de V. vió la cabeza del malvado pendiente de la torre; su padre solo vió el clavo que la sostenia;

nosotros ya no vemos sino el torreón donde se hallaba hincado el clavo; ese torreón se hundirá mañana, y nuestros hijos no verán nada; oirán un cuento de un pueblo que no conocen; ese cuento que hoy es un cuento histórico, mañana se convertirá en un cuento de vieja. La tradición sin monumentos que la garanticen es muy débil. Sin embargo, yo procuraré conservar en la memoria todo lo que V. me ha referido, lo escribiré, lo imprimiré, y haré que la imprenta conserve y generalice esta tradición.

Hablando así nos levantamos, cojimos las escoquetas, y nos encaminamos á la aldea en que estaba hospedado, porque ya era de noche.

Fiel á la palabra que di á mi compañero, te he presentado, ó lector, literalmente trasladado el cuento del FANTASMA DE MASEBOSO.

FIN.

LAS FLORES DE LA RIBERA.

Brilla en el monte la Aurora,
Se vé en el campo el rocío,
Y advirtiéndole que ya es hora,
Una bella pescadora
Mueve su barca en el río.

Hermosa, pura y lozana
Está la niña gentil,
Y sonriendo se afana
Por gozar una mañana
De las mejores de abril.

Sus ojos tiernos y bellos
Dirige á su alrededor,
Y se arregla los cabellos
Porque ha juzgado que en ellos
Debe poner una flor.

Se dirija donde quiera,
Verá millares de flores,
Mas la niña considera
Que en cruzar esta ribera
Puede encontrarlas mejores.

Y entonando una canción
Su navichuela apresura,
Pues juzgó con presunción
Que aquellas flores no son
Iguales á su hermosura.

Alza alegre su cabeza
Mientras boga su barquilla,
Y rie que el sol ya brilla
Prestando mucha belleza
A las flores de la orilla.

Colmar ahora debia
El deseo que tenia,
Que estas flores son mas bellas,
Y pienso que bien podria
Coger algunas entre ellas.

Mas dice «busque otras flores»
De mas hermosos colores;
Boguemos con rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»

Y riendo sin cesar,
Casualmente, al contemplar
La agua del rio en buenhora,
En ella vió reflejar
Su rostro la pescadora.

Y con mil satisfacciones
Vió en sus mejillas los rojos
Y encendidos bermellones,
La igualdad en sus facciones
Y el brillo ardiente en sus ojos.

Llena de orgullo exclamó:
«¡Qué bella Dios me crió!
Ver esas flores me enoja,
Que no merecen las coja
Para ponérmelas yo.

Bogue mi barca ligera,
Que bogando y mas bogando,
Hallaremos la ribera
Mas florida y plácentera
De cuantas vamos cruzando.»

La navichuela bogó
Por las aguas conducida;
Pero la niña encontró
La ribera mas florida
Por quien las otras dejó?

Mirando las nuevas flores
Grita entre agudos clamores,
«Boguemos sin rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando peores!»

La pobre! de una manera
Angustiada y lastimera,
Lanza un suspiro llorando,
Pues mira que van pasando
Las flores de la ribera.

Ella volverse querria,
Pero en vano intentaria
Volver la barca jamás,
Que es el tiempo quien la guia,
Y el tiempo no vuelve atrás.

Aunque la niña le ruega,
Ni un solo instante sosiega
En el rio la barquilla;
«Ay! y conforme navega
Mas pobre encuentra la orilla.

Los campos vé en derredor,
Y ya no hay galas en ellos,
Y suspira con dolor;
Pues ya no encuentra la flor
Para adornar sus cabellos.

Por fin al agua miró,
Y al ver su rostro exclamó:
¡Este es mi rostro, Dios mio!
O mi hermosura acabó
O es mal espejo este rio.

Mis ojos sin resplandores!
Mis mejillas sin colores!
Mi cuerpo sin gentileza!
Ay! acabó mi belleza
Y ya no encuentro las flores!

Ay Dios!... ay Dios, por qué fui
Incauta jóven un día?
Por qué una flor no coji,
Cuando de flores habia
Millares cerca de mi?

Si yo la hubiera cojido
Y con ella me adornara,
Pues mis gracias he perdido,
Con ella hubiera suplido
La fealdad de mi cara.»

Ay! con acerbo dolor
Gimiendo está la doncella,
Pues deseando una flor,
Por cojer otra mejor
Vino á quedarse sin ella.

Dejó, aunque niña sincera,
Que la barquilla corriera
Por la codicia sin duda,
Y la poblada ribera
Hoy aparece desnuda.

La esperanza de la flor
Cayó rodando al abismo;
Pero nos hizo el favor
De advertirnos que lo mismo
Sucede con el amor.

Cuando es jóven la doncella,
Y vé su cara tan bella,
Y con ardientes afanes
Muchos y hermosos galanes
Están sufriendo por ella;

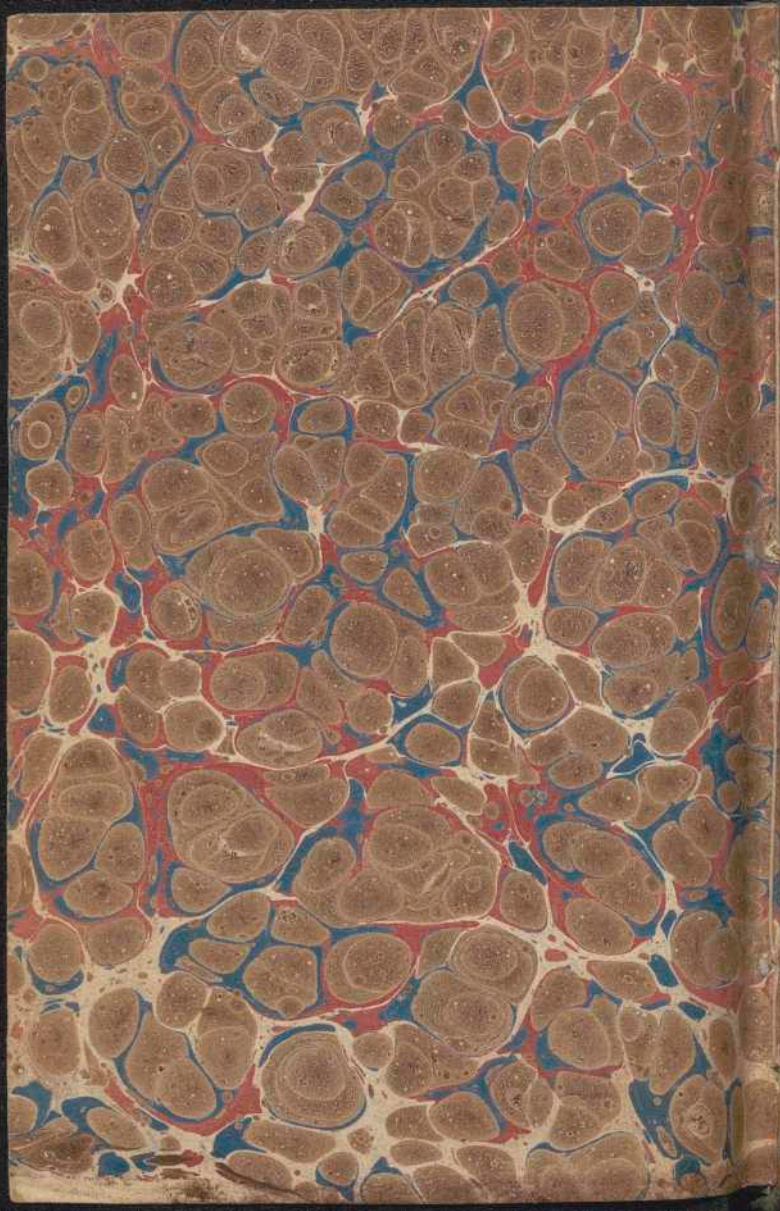
Desoyendo estos amores,
Dice buscando otras flores:
«Boguemos con rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»

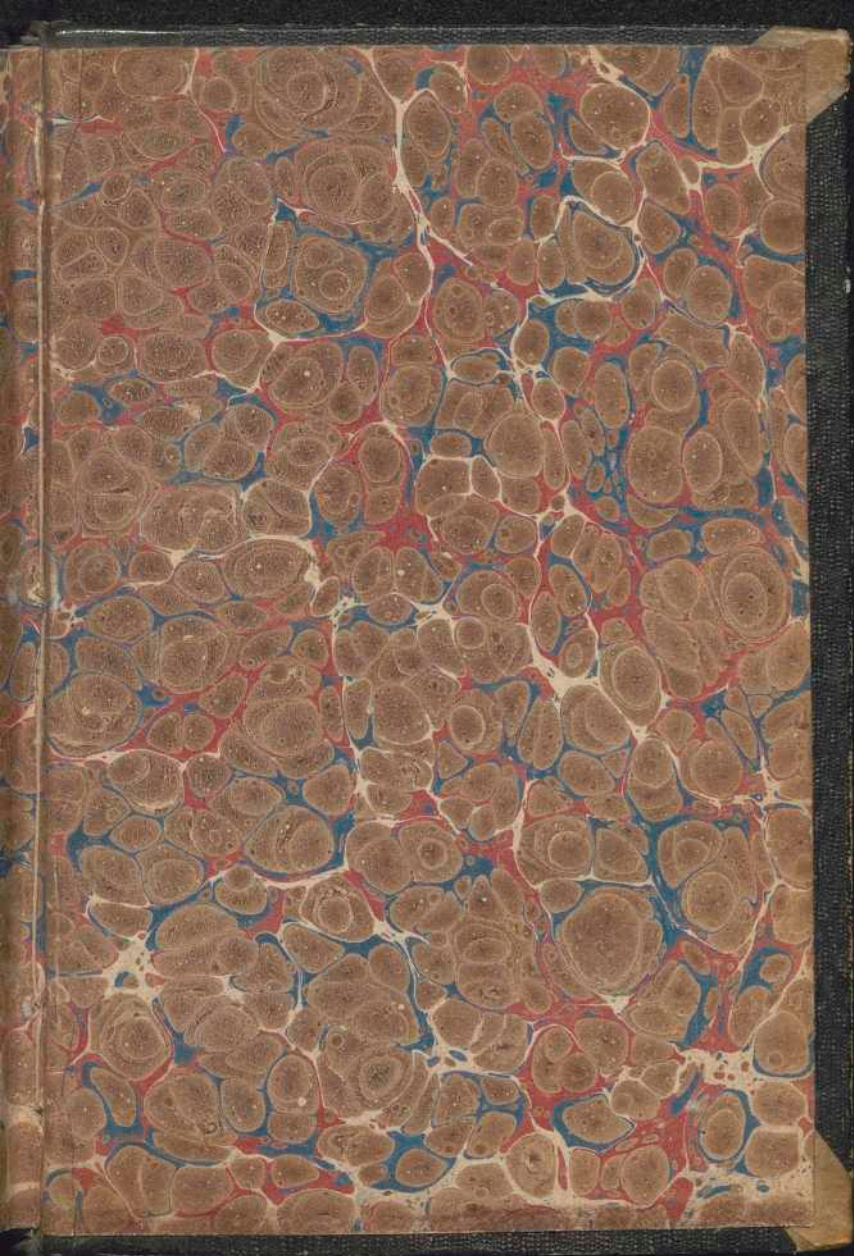
Y buscando con placer
La ribera mas florida,
De los galanes querida,
Boga la hermosa mujer
Por el rio de la vida.
Mas siempre y siempre bogando
Por conseguir lo mejor,
Su juventud acabando
Viene á encontrarse llorando
Sin un galan ni una flor.

TIMOTEO ALFARO.



4357



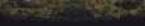
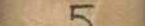


86

A



EL
ORGULLO
Y EL
AMOR



860-31

ALF

5

